Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 26



ECONOMÍA ORGÁNICA

UNA ALTERNATIVA A LA ECONOMÍA DE MERCADO



UrKultur



UrKultur

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Escuela de Pensamiento Metapolítico

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea

Director:

Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com

Número 26

ECONOMÍA ORGÁNICA

UNA ALTERNATIVA A LA ECONOMÍA DE MERCADO

Sumario

Salir de la Economía

Rodrigo Agulló

¿Es la economía el motor de la historia? ¿Es el egoísmo individual la mejor forma de servir al interés general? ¿Es el Mercado la forma universal y permanente de la actividad económica? ¿O es, por el contrario, "la economía" una *invención*?

Todas las reflexiones que, desde diferentes ángulos y perspectivas, la Nueva Derecha ha efectuado en este ámbito tienen en común denominador: cuestionar el dominio que la economía ha establecido sobre nuestras vidas, en la teoría y en la práctica, pero sobre todo en nuestras cabezas. Combatir el "desencantamiento del mundo" perpetrado por la monetarización de nuestra existencia. Reivindicar valores como la gratuidad, la reciprocidad o la solidaridad. En suma: reconducir el ámbito de lo económico a sus justos límites: al ámbito de los medios, y no al de los fines.

Para la Nueva Derecha, el Mercado no es algo "natural", en el sentido de algo que haya existido siempre y en todo momento, sino que se trata de una institución histórica ligada a prácticas sociales bien precisas. Históricamente se han dado otras formas de circulación de bienes –tales como la reciprocidad (don-contra don) y la redistribución- que, o bien han existido sin un Mercado, o bien han coexistido con el mismo. Por otra parte, y contrariamente a los presupuestos tanto del marxismo como del liberalismo, la economía nunca ha formado "la infraestructura" de la sociedad. Al contrario, "la sobredeterminación económica ("economicismo") es la excepción, y no la regla. Los numerosos mitos asociados a la maldición del trabajo (Prometeo, la violación de la Tierra-Madre), del dinero (Creso, Gullweig, Tarpeya), de la abundancia (Pandora), revelan que la economía, desde edades muy tempranas, era percibida como "la parte maldita" de toda sociedad, la actividad que amenaza con romper la armonía. La economía era desvalorizada no porque no fuera útil … sino porque no era más que eso. La función productiva, al representar la esfera de la necesidad, ocupaba el escalón más bajo en el antiguo sistema trifuncional indoeuropeo. El "fetichismo de la mercancía", característico del capitalismo moderno, era claramente reconocido como intrínsecamente peligroso" (*Manifeste pour une renaissance européene, GRECE, 2000).*

Es a partir de la modernidad y de la "ideología de las Luces" cuando tiene lugar la instalación de la economía como centro de producción simbólica, de forma que ésta termina invadiendo todas las esferas que hasta entonces se mantenían aparte. La economía, en palabras del economista francés Serge Latouche, constituye una "invención": no en el sentido de que aparezca en un momento dado como reflexión teórica sobre un fenómeno transhistórico o "natural", sino que surge precisamente como prolongación de una práctica que se desarrolla a partir de un momento histórico concreto, y que prospera, entre otras formas, generando y manteniendo una teoría que la dota de sentido. Es el sistema capitalista del mundo moderno, del cual Marx decía que se anunciaba por "una inmensa acumulación de mercancías", y que extiende su racionalidad basada en cálculos coste-beneficio hasta los lugares más recónditos de la existencia humana. Hoy más que nunca vivimos en esa época (posmodernidad para algunos, hipermodernidad o modernidad tardía para otros) qn la que las relaciones mercantiles se apoderan hasta de la vida privada y de la intimidad. Es la apoteosis de la era económica, la *omnimercantilización* del mundo, el momento en que la economía no solamente se ha emancipado de la política y de la moral, sino que las ha literalmente fagocitado y ocupa en solitario toda la escena. Un mundo en el que ya nada tiene valor, pero todo tiene un precio.

En esta tesitura, el desafío esencial consiste, para la Nueva Derecha, en acabar con la hipertrofia de lo económico, en

"desmercantilizar" el mundo, en "re-incrustrar" (Karl Polanyi) la economía en la totalidad de las relaciones sociales, en la política y en la ética. En pasar de la *sociedad de Mercado a la economía con un Mercado*. Algo que necesariamente implicaría el abandono de la primacía de los valores mercantiles y la ruptura con la "religión" del progreso.

La corriente de pensamiento liderada por Alain de Benoist recoge el utillaje analítico de toda una serie de escuelas y de autores considerados como "heterodoxos" en relación a la economía política clásica y neoclásica, tal y como ésta fue acotada por la tradición liberal. En esta progenie intelectual se incluyen Fiedrich List y las teorías del proteccionismo, la crítica de la mercantilización del mundo y del *homo oeconomicus* de Karl Polanyi, la obra de los autores del MUSS (Movimiento Anti-Utilitarista en las Ciencias Sociales) como Serge Latouche y Alain Caillé, de Edward Godsmith y de gran parte del pensamiento ecologista actual, de la socio-economía (Amitai Etzioni), de los teóricos del desarrollo cualitativo (Amartya Sen) y del "decrecimiento" (Nicolas Georgescu-Roegen), de los partidarios de la re-localización y del biorregionalismo.

Muchas de estas corrientes de pensamiento abogan, en líneas generales, por una economía *contextualizada*, es decir, una economía que utilice índices sintéticos que incluyan valores no mercantiles (tales como la satisfacción subjetiva, la salud pública, la biodiversidad, etc) y que permitan valorar el estado global de las sociedades más allá de los usuales índices de crecimiento. Y abogan también por una economía *auto-centrada*, es decir, que priorice las relaciones de proximidad tanto regionales como continentales, y que se dirija a proteger los sectores productivos clave en función de los niveles relativos de desarrollo.

Para la Nueva Derecha no se trata de negar la legitimidad del Mercado, mucho menos de negar la eficacia del sistema capitalista. La historia ha demostrado que, en economía, nada hay más eficaz que el capitalismo. Cualquier intento de derrotar el capitalismo en su propio terreno y desde su sistema de valores –el de la eficiencia econóomica cuantificable- está condenado al fracaso. La experiencia del comunismo lo prueba. De lo que se trata más bien es de "interrogarse sobre sus límites y sobre su alcance", de poner de relieve las distorsiones que su lógica expansiva tiene sobre los vínculos sociales, sobre las libertades y sobre las culturas de los pueblos. De lo que se trata es de contener la invasión de la esfera mercantil sobre el resto de los órdenes de la vida.

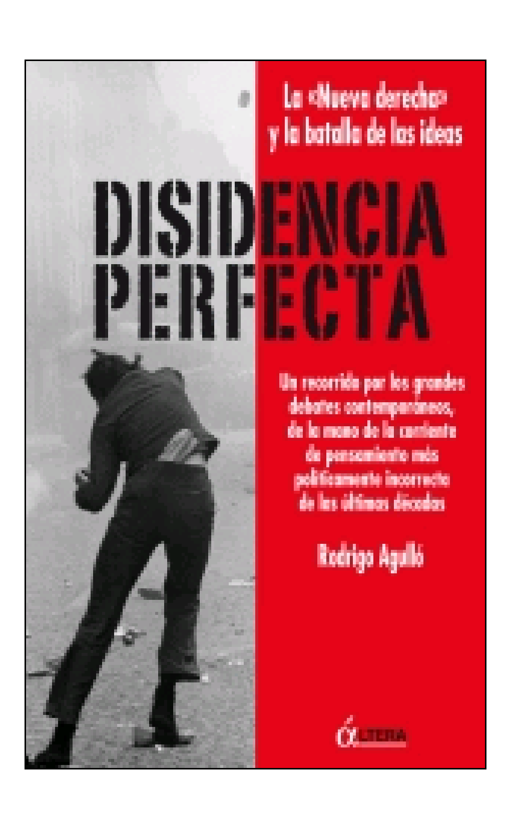
Es por ello que la Nueva Derecha ha prestado singular atención a todas aquellas experiencias sociales que configuran un "Tercer sector", ni público ni privado, que se enfrenta a las necesidades de los ciudadanos de forma ajena a la lógica del Mercado. Experiencias que, lejos de confinarse al ámbito de la teoría, suponen un ejercicio práctico de crítica al capitalismo. Es el caso del movimiento coopertivista, de las mutualidades o de los Sistemas de Cambio Locales (SCL): sectores que, al fundarse sobre principios como la responsabilidad compartida, la libre adhesión y las finalidades no lucrativas, plantean una alternativa real tanto a la ineficiacia del sector público como al Mercado guiado por criterios de coste-beneficio.

La gran vulnerabilidad de muchos de estos enfoques e iniciativas reside en que lindan peligrosamente con la utopía. Ya sea desde una postura liberal como desde una postura de extrema izquierda, parece fácil estigmatizar toda crítica de la ideología del "desarrollo" (y su corolario de defensa de las sociedades tradicionales) como un "sueño revolucionario" derivado de una nostalgia por los "viejos buenos tiempos" pre-capitalistas, por un mundo idílico de artesanos y campesinos. O lo que es peor, como un "lujo de ricos" que niegan el Tercer Mundo la prosperidad de la que ya disfrutan las sociedades occidentales. No en vano toda la dercha y toda la izquierda oficiales, herederas al fin y al cabo de la filosofía de las Luces, suscriben esa visión del crecimiento indefinido y del productivismo occidental como modelo exportable al resto de la humanidad. Desde esa óptica está claro que toda invocación a favor de las economías

auto-centradas, del proteccionismo o de los límites al crecimiento constituye un brindis al sol, o un disparate sólo apto para descoyuntar la economía mundial. ¿Fin del debate?

El núcleo de la cuestión consiste en decidir si el primado de la economía y el modelo ultraliberal de globalización constituyen el *fait accompli* determinante y definitivo, ante el cual sólo cabe plegarse, o bien si la voluntad de los pueblos y las instancias políticas tienen algo que decir al respecto. La mayor astucia del *pensamiento único* consiste en hacer pasar cualquier idea alternativa no sólo como intrínsecamente errónea, sino también como impensable o como pruducto de la pura demencia. No obstante, una vez trascendida esa *matrix* mental, no es difícil observar que las ideas desarrolladas por la Nueva Derecha apuntan hacia toda una serie de cuestiones tan reales como ineludibles: ¿hay límites al crecimiento? ¿Hay alternativas al modelo actual de globalización? ¿Es la sociedad de consumo planetaria el horizonte inevitable de la humanidad?

© Rodrigo Agulló. *Disidencia perfecta. La "Nueva Derecha" y la batalla de las ideas*. Ed. Áltera, Madrid, 2011. www.altera.net



La economía no es el destino

Guillaume faye

"*Las únicas realidades que cuentan para nuestro futuro son de orden económico*", declaraba durante un debate un ministro, que es también, al parecer, el mejor economista de Francia. "*Estoy totalmente de acuerdo con usted*", le replicaba el adversario político al que se oponía, pero usted es un gestor muy malo y somos más fuertes que usted en economía. Diálogo revelador.

Como Nietzsche, sepamos descubrir a los falsos sabios bajo la máxima de "especialistas", destrocemos los ídolos, pues la falsa ciencia –la metafísica también– de nuestra época, y la primera de sus ídolos, es la economía."Vivimos en sociedades, anota Louis Pauwels, para las cuales la economía es el único destino. Limitamos nuestros intereses a la historia inmediata, y limitamos ésta a los hechos económicos». Nuestra civilización, por supuesto –que no es más una «cultura"– está fundada sobre una concepción del mundo exclusivamente económica. Las ideologías liberales, socialistas o marxistas, se unen en su interpretación "economista" del hombre y de la sociedad. Postulan todas que el ideal humano es la abundancia económica individual; aunque se diferencian por los medios de cómo llegar a ese estado, admiten unánimemente que un pueblo no es más que una "sociedad", reducen su destino a la exclusiva consecución del bienestar económico, explican su historia y elaboran su política sólo a través de la economía.

Es lo que en el GRECE (Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea) negamos. Rechazamos esta reducción de lo humano a lo económico, esta

única dimensión de la Historia. Para nosotros, los pueblos deben primero asegurar su destino: es decir su duración histórica y política y su especificidad. La historia no está determinada, y menos con relaciones y mecanismos económicos. La voluntad humana hace la historia. No la economía.

La economía para nosotros no debería ser ni una contradicción ni una teoría, sino una estrategia, indispensable, pero subordinada a lo político. Administrar los recursos de una comunidad según criterios primero políticos, ese es el sitio de la economía.Entonces, entre las opciones liberales o socialistas y nosotros, no hay entente posible. Anti-reduccionistas, no creemos que la "felicidad" merezca ser un ideal social exclusivo. Al igual que los etólogos modernos, pensamos que las comunidades humanas sólo sobreviven físicamente si tienen un destino espiritual y cultural. Podemos incluso demostrar que privilegiando la economía y la búsqueda del bienestar personal, llegamos a sistemas tiranos, a la desculturización de los pueblos, y a corto plazo, a una mala gestión económica ya que la economía funciona mejor cuando no ocupa el primer lugar, cuando no usurpa la función política. Por lo tanto hay que asumir un cambió intelectual en economía, como en otros campos.

Otra visión de la economía, según los desafíos contemporáneos, y ya no fundada sobre axiomas de burgueses del siglo XIX, será posiblemente la Economía Orgánica, objeto de nuestras investigaciones actuales. La revuelta "en el sentido que Julius Evola da a este término" se impone contra esta dictadura de la economía, fruto de una dominación de los ideales burgueses y de una hipertrofia de una función social.

Para nosotros europeos del oeste, es una revuelta contra el liberalismo. "Nuestra época –escribía ya Nietzsche en Aurora– que tanto habla de economía es muy derrochadora; derrocha el espíritu". Fue profeta: hoy, un Presidente de la República se atreve a declarar: "*El problema mayor de nuestra época, es el consumo*". El mismo, a estos "ciudadanos" reducidos a simples consumidores, afirmar que desea el "nacimiento de una inmensa clase media, unificada por el nivel de vida". También el mismo se ha felicitado de la sumisión de la cultura a la economía mercante: "La difusión masiva –esta palabra que tanto le gusta– del audiovisual lleva a la población a compartir los mismos bienes culturales. Buenos o malos, es otra cuestión (sic) pero en todo caso por primera vez los mismos". Clara apología, del jefe de fila de los liberales, del rebajamiento de la cultura al tráfico.

Así, lo político desciende hasta el nivel de la gestión, fenómeno bien descrito por el politólogo Carl Schmitt. El dominio obsesivo de las preocupaciones económicas no corresponde, sin embargo, al antiguo psiquismo de los pueblos europeos. En efecto, las tres funciones sociales milenarias de los indoeuropeos, funciones de soberanía política y religiosa, de guerra, y en tercer lugar de fecundidad y de producción, supondrían un dominio de los valores de las dos primeras funciones, hechos puestos a la luz por G. Dumézil y E. Benveniste. Pero, no sólo la función de producción se encuentra hoy dominada por una de sus sub-funciones, la economía, sino que ésta, a su vez, está dominada por la sub-función «mercante». Por consiguiente el organismo social está, patológicamente, sumiso a los valores que produce la función mercante.

Según los conceptos del sociólogo F. Tonnies, este mundo al revés pierde su carácter "orgánico" y vivo y se convierte en "sociedad mecánica". Tenemos que reinventar una "comunidad orgánica". Así el liberalismo económico y su colaborador político adquieren su significado histórico: esta ideología ha sido la coartada teórica de una clase económica y social para "librarse" de toda tutela de la función soberana y política, e imponer sus valores –sus intereses materiales– en vez y en lugar del "interés general" de la Comunidad entera.

Solamente la función soberana y sus valores propios pueden asegurar el interés general. La única revolución ha sido la del liberalismo, que ha usurpado la soberanía en interés de la función económica, revindicando primero la "igualdad" con los

otros valores, pretexto para marginarlos después. Según un proceso cercano al marxismo, el liberalismo ha construido un reduccionismo económico. Los hombres sólo son significativos para él como participantes abstractos en el mercado: clientes, consumidores, unidades de mano de obra; las especificidades culturales, étnicas, políticas, constituyen obstáculos, "anomalías provisionales" hacia la Utopía a realizar: el mercado mundial, sin fronteras, sin razas, sin singularidades; esta utopía es más peligrosa que la del igualitarismo "comunista" ya que es más extremista todavía, y más pragmática.

El liberalismo americano y su sueño del fin de la Historia en el mismo way of life comercial planetario, constituye la principal amenaza. Así señalamos claramente a nuestro enemigo. Tenemos costumbre de designar como "sociedad de mercado" a la realizada según la ideología liberal; podemos señalar que el marxismo y el socialismo nunca han conseguido, ellos, a realizar su proyecto igualitario, la "sociedad comunista", y aparecen así menos revolucionarios que el liberalismo, menos "reales". Esta "sociedad de mercado" se nos aparece pues como el objeto actual y concreto de crítica y de destrucción.

Nuestra sociedad es "de mercado", pero no especialmente mercantil. La república de Venecia, las ciudades hanseáticas vivían de un sistema económico mercantil pero no constituían sociedades de mercado. Pues el término mercado no designa estructuras socioeconómicas sino una mentalidad colectiva, un sistema de valores que caracteriza no sólo la economía sino todas las instituciones. Los valores del mercado, indispensables a su único nivel, determinan el comportamiento de todas las esferas sociales y de Estado, e incluso la función puramente productiva de la economía.

Se juzga –y al Estado en primer lugar– desde un punto de vista totalmente mercantil. Esto no quiere decir que dominación mercante signifique dominación por el dinero, no planteamos una condena moral del dinero o del beneficio del empresario. Hay que admitir el comportamiento mercantil o provechoso si acepta subordinarse a otros valores. No hay que ver pues en nuestra posición un "odio a la economía" o un nuevo reduccionismo opuesto a la ganancia y a la función mercantil como tales.

Sociedad de mercando significa pues sociedad donde los valores sólo son mercantiles. Podemos clasificarlos en tres figuras mayores: la mentalidad determinista, el espíritu de cálculo y la dictadura del bienestar económico individual.



Guillaume Faye

La mentalidad determinista, útil sólo para la única actividad mercantil, tiende a eliminar los riesgos y a minimizar los vaivenes. Pero, adoptada por el conjunto de una sociedad y en particular por los decididotes políticos y económicos, la mentalidad determinista se convierte en coartada intelectual para no actuar ni arriesgar. Sólo el mercante (comerciante) puede por derecho, para maximizar sus ganancias, subordinar sus actos a determinismos: leyes del mercado, coyunturas, curvas de precios, etc…

Pero el poder político, no más que la economía nacional no deberían, como un comerciante, someterse o "dejarse llevar" por una racionalidad excesiva que dispensa todo

juego de riesgo. La sociedad mercante se administrada a corto plazo, bajo la hegemonía de las previsiones económicas pseudos científicas (la industrialización ineludible del Tercer Mundo, la mundialización de la competencia internacional, la tasa de crecimiento de las rentas y del PNB, etc.), pero paradójicamente no tiene en cuenta las más elementales de las evoluciones políticas a medio plazo: por ejemplo el oligopolio de los poseedores del petróleo.

Por lo tanto, nada menos independiente que las naciones mercantes. Los gestores liberales van en el sentido de lo que creen mecánicamente determinado (por estar racionalmente formulado) haciendo la economía de la imaginación y de la voluntad. En el siglo de la perspectiva, de la previsión estadística e informática, nos dejamos llevar por el corto plazo y se prevé menos que los soberanos de los siglos pasados. Todo pasa como si las evoluciones sociales, demográficas, o geopolíticas no existieran y no fuesen a tener efectos mayores. Lo mismo en todos los sitios –según la fórmula estúpida de los economistas liberales- solamente son tomadas en cuenta por los que deciden las restricciones o pseudos previsiones económicas a corto plazo. La sociedad mercante es pues ciega. Sometida a las evoluciones y a las voluntades exteriores, porque cree en el determinismo histórico, trata a los pueblos europeos como objetos de la historia.

Segundo rasgo de la mentalidad mercante: el espíritu de cálculo.

Adaptado al comerciante, este espíritu no conviene a los comportamientos colectivos. Hegemonía de lo cuantificable sobre lo cualificable, es decir, sobre los valores, dominio de lo mecánico sobre lo orgánico, el espíritu de cálculo aplica a todo la tabla única del valor económico. No pensamos que el dinero se haya convertido en la norma general: sino que todo lo que no se puede medir ya no cuenta. Se pretende calcularlo todo, incluso lo no-económico: se programan los momentos de jubilación, las horas de trabajo, los tiempos de ocio, los salarios, en el mismo nivel –pero mucho antes– los niños que van a tener. Existe incluso un "coste de la vida humana" tomado en cuenta para ciertas inversiones. Pero todo lo que escapa al cálculo de los costes, es decir precisamente lo que más importa, es rechazado, los aspectos incontables económicamente de los hechos socio-culturales (como los costes sociales de la pérdida de raíces resultante de la inmigración) llegan a ser indescifrables e insignificantes para los "tecnomercantes". Incluso en economía, el exceso de cálculo perjudica: ¿cuántas inversiones útiles a largo plazo, pero que un cálculo de previsión declara no rentables a corto plazo, son abandonadas? El individuo, seguro, calcula su existencia, pero ya no piensa en su herencia, en su descendencia. Los Estados obsesionados por la gestión a corto plazo, sólo toman en consideración los aspectos calculables y cifrables de su acción. Estos "hombres de negocios" demagogos sólo actúan ahí donde se pueden rendir cuentas y sobre todo en lo inmediato, incluso si es necesario falsificando algunas cifras. ¿Una región muere de anemia cultural? ¿Qué importa si por el turismo de masas, su tasa de crecimiento es positiva? Y, entre adversarios políticos, el argumento político se reduce a batallas de porcentajes.

Esta superficialidad de la gestión tecnocrática (ersatz [falsificación] mercante de la función soberana) puede incluso desembocar en el marketing político, reducción de la política al negocio comercial. Hoy, Francia o Alemania, son más o menos asimiladas por sus gobiernos a sociedades anónimas por acciones. La Casa Francia con sus ciudadanos asalariados. Ni que decir que, también, la política exterior e incluso la política de defensa, están determinadas por intereses de salidas comerciales inmediatas. Incluso para la economía no es lo mejor ya que este mercantilismo a corto plazo resulta ser aleatorio y no sustituye una política económica.

Cuando los Jefes de Estado en visita se convierten en V.R.P., como verdaderos VRP, se rinden bajo la dependencia de sus clientes. ¿Qqué es eso? La sociedad de mercando puede describirse como una dictadura del bienestar individual según los términos de

Arnold Huelen; dictadura porque el individuo, obligado a entrar en el sistema providencialista del Estado, ve desintegrarse su personalidad en el ambiente consumista. Paradójicamente, el Estado-providencia liberal castiga la iniciativa productiva (cargas sociales excesivas) y desanima indirectamente la iniciativa individual.

Asegurados sociales, asalariados, parados remunerados: ya no dominan su destino. Inmenso desprecio de su pueblo por el Estado-providencia, el "monstruo frío" de Nietzsche. Tiranía suave. ¿Cómo extrañarse entonces que se desprecie un soberano transformado en dispensador de entretenimientos? El Politólogo Julián Freund habla justamente del fallecimiento político del Estado. El liberalismo produce un doble reduccionismo: por una parte el Estado y la sociedad sólo deben responder a las necesidades económicas de los pueblos; y, por otra, estas necesidades son reducidas al nivel de vida individual. En el liberalismo mercante se prohíbe, en parte por interés, juzgar si estas necesidades son deseables o no: sólo cuentan los medios técnicos a poner en marcha para conseguirlas. De ahí el predominio político del nivel de vida y por necesidad igualitaria: sueño burgués –y norteamericano– de pueblos nivelados e igualados por el mismo nivel de vida. Los pueblos y los hombres siendo todos semejantes para un liberal, la única desigualdad subsistente es la del poder adquisitivo: para obtener la igualdad, es pues suficiente difundir a través del mundo el modo de vida mercante.

Así, ahí están reconciliadas milagrosamente (la mano invisible de Adam Smith) el humanismo universalista y los negocios, la justicia y los intereses, como confesaba puerilmente Jimmy Carter; Bible and Business.Los particularismos culturales, étnicos, lingüísticos, las personalidades, son obstáculos para la sociedad mercantil. Lo que explica que la ideología moralizadora de los liberalismos políticos lleva al universalismo, a la mezcla de los pueblos y de las culturas, y a las diversas formas de centralismo. La sociedad mercantil y el modelo norteamericano amenazan a todas las culturas de la Tierra.

En Europa o en Japón la cultura ha sido reducida a un "modo de vida" (way of life) que es justo lo inverso a un estilo de vida.El hombre es así clasificado, es decir reducido a las cosas económicas que compra, produce o recibe, según el mismo proceso (pero más intensamente aún) que en los sistemas comunistas. Su personalidad se acaba en los bienes económicos que solos estructuran su individualidad. Cambiamos de personaje cuando cambiamos de moda. Ya no estamos caracterizados por nuestros orígenes (reducidas al "*folclore*") ni por nuestras obras, sino por nuestros consumos, nuestro "*standing*". En el sistema mercantil, los modelos cívicos dominantes son el consumidor, el asegurado, el asistido; y no el productor, el inversor, el empresario. No hablemos de los tipos no-económicos: el jurista, el médico, el soldado, que se han convertido en tipos sociales secundarios. La sociedad mercantil difunde un tipo de valores cotidianos perjudiciales respecto al trabajo como tal: vender y consumir el capital parece más importante que construirlo. Y no hay nada más igualitario que la función de consumo. Los productores, los empresarios, se diferencian por sus actos; ponen en juego capacidades desiguales.

Pero consumir, es el no-acto al que todo el mundo, sean sus capacidades las que sean, o su origen, puede acceder. Una economía de consumo se mete en una vía inhumana en la medida en que el hombre es etológicamente un ser de acción y de construcción. Así, paradójicamente la alta productividad de las industrias europeas subsiste a pesar de la sociedad liberal mercantil y no a causa de ella. ¿Por cuánto tiempo? Hay que precisar que nuestra crítica de la sociedad mercantil no es un rechazo, muy al contrario, de la industrialización o de la tecnología.

La noción de comunidad orgánica, que oponemos a la sociedad mercantil, no tiene nada que ver con la "sociedad de convivencia" de los neo-rousseanistas (Illich, etc…). La técnica es para nosotros una adquisición cultural europea, pero debe ser considerada como una herramienta de poder y de dominio del medio y ya no como una droga al servicio del bienestar. Entonces no compartimos las críticas izquierdistas con

resonancia bíblica, sobre la "maldición del dinero" y sobre la voluntad de poder de la sociedad contemporánea. La sociedad mercantil no afirma ninguna voluntad, ni en el nivel del destino global, ni siquiera en el de una estrategia económica.

Las consecuencias de esta civilización de la economía son graves para el destino de nuestra especie, y al mismo tiempo, para nuestro futuro político y económico. Konrad Lorenz ve en la "unidad de los factores de selección", todos de naturaleza económica, una amenaza de empobrecimiento humano. "*Una contra-selección está en marcha –revela Lorenz en Nouvelle Ecole– que reduce las diversidades de la humanidad y le impone pensar exclusivamente en términos de rentabilidad económica a corto plazo. Las ideologías economistas, que son tecnomórficas, hacen del hombre una máquina manipulable. Los hombres, unidades económicas, son cada vez más iguales, como máquinas precisamente*".

Para Lorenz, la subordinación de los valores no económicos es una catástrofe, no sólo cultural sino biológica. El consumir constituye una amenaza psicológica para los pueblos. Lorenz, como médico, habla de patología colectiva. Morimos de arteriosclerosis. La civilización del bienestar económico nos lleva lentamente, según Lorenz, hacia la muerte templada. Escribe: "*hipersensibles al no placer, nuestras capacidades de gozar se debilitan*". La neofilia, este gusto siempre insatisfecho de nuevos consumos, tiene, para los antropólogos, efectos biológicos nefastos y desconocidos. Pero, ¿qué es la supervivencia de la especie al lado de la subida del precio de los *croissants* de mantequilla? En fin, si nadie piensa en estos problemas, nosotros sí. Muerte templada, pero también declive demográfico. L

a dictadura de la economía ha hecho de nosotros europeos unos pueblos corto-vivientes según el análisis de Raymond Ruyer. Atacados a nuestras preocupaciones económicas inmediatas, nos hemos convertido en objetos y en victimas de la historia biológica.Nuestros economistas son sensibles al declive demográfico solamente porque comprometerá la financiación de la jubilación. Nuestra civilización economista –escribe Raymond Ruyer– es por esencia anti-natalista y suicida porque es, por esencia, anti-vital, anti-instintiva. Pero el consumo de masas ha convertido a la cultura en primitiva. Los mercaderes de bienes de consumo poseen un poder cultural, que se ejerce en el sentido de un desarraigo, y de una masificación igualitaria. No son los consumidores quienes eligen su estilo de vida –mito democrático querido por los liberales– sino son firmas mercantes quienes crean comportamientos de masa destruyendo las tradiciones específicas de los pueblos. Mediante el marketing, mucho más que por la propaganda política, se impone casi científicamente un nuevo comportamiento, jugando sobre el mimetismo de las masas desculturizadas. Una sub-cultura mundial está naciendo, proyección del modelo norteamericano. Se orientaliza o se americaniza a voluntad.

Desde el final de la primera guerra mundial, del "*new look*" a la moda "disco", un proceso coherente de condicionamiento sub-cultural está en marcha. El rasgo común: el mimetismo de los comportamientos lanzados por los mercantes norteamericanos. Así, la economía se ha convertido en uno de los fundamentos cualitativos de la nueva cultura, sobrepasando ampliamente su función de satisfacción de las necesidades materiales. Incluso en el plano estrictamente económico, que no es, según nuestro punto de vista, capital, el fracaso del sistema mercantil dado hace algunos años es patente.

No hablemos ya del paro y de la inflación, sería muy fácil. Jean Fourastié anota: "*la indigencia de las ciencias económicas actuales, liberal o marxista*" y las acusa de usurpación científica. "Asistimos – dice– sobre todo desde 1973, a la carencia de los economistas y al inmenso naufragio de su ciencia", y Añade: "*los economistas liberales o socialistas han pensado siempre que sólo lo racional permitía conocer lo real. Sus modelos matemáticos se han construido sobre la ignorancia o el odio de las realidades elementales. Ahora bien, en cualquier ciencia, lo elemental es lo más difícil. Se llega a ser despreciarlo porque no se presta a los ejercicios clásicos sobre los que los economistas universitarios se otorgan sus diplomas*". Fourastié concluye: "*Nuestro pueblo, nuestros economistas, nuestros dirigentes viven*

sobre las ideas del siglo XIX. Los impasses de la racionalidad empiezan a ser visibles. El hombre vive al final de las ilusiones de la inteligencia".

Un reciente premio Nobel de economía, Herbert Simon, acaba de demostrar que en sus comportamientos económicos u otros, el hombre, a pesar del ordenador, no podría optimizar sus elecciones y comportarse racionalmente. Así, la "Teoría de los Juegos y del Comportamiento Económico" de Von Neumann y Morgenstern, una de las bases del liberalismo, se revela falsa. La elección razonada y óptima no existe. Herbert Simon ha demostrado que las elecciones económicas eran primer término, al azar, arriesgadas, voluntaristas.

Estas ilusiones de la inteligencia han causado a los liberales graves fracasos; cojamos algunos al azar: El sistema liberal mercante despilfarra la innovación y utiliza mal la acción técnica. Esto es, como lo había visto Wagemann, porque la contabilidad en términos de provecho financiero a corto plazo (y no en términos de excedente global) frena cualquier inversión y cualquier innovación no vendible y no rentable a corto plazo. Otro fracaso, con consecuencias incalculables: la llamada a la inmigración extranjera masiva. Los provechos inmediatos, estrictamente financieros, resultado de una mano de obra explotable y maleable es los que ha contado frente a los costes sociales a largo plazo de la inmigración, que nunca han sido considerados por el Estado y por la patronal. La codicia inmediata de los importadores de mano de obra no ha hecho pensar en lo que no se gana en términos de no modernización provocado por esa elección económica absurda.

El responsable de una gran empresa me decía recientemente con un tono despectivo que su ciudad estaba llena de inmigrantes y que esto le molestaba personalmente. Pero después de algunos minutos de conversación, me confesaba con muy buena conciencia que diez años antes, había "sondeado" en el extranjero para "importar" mano de obra que fuese barata. Tal inconsciencia se asemeja a una nueva esclavitud. Es impresionante constatar que incluso la ideología marxista, a pesar de su desprecio a las diversidades culturales y étnicas, no se ha atrevido, como el liberalismo, a utilizar para su provecho el desenrazamiento masivo de las poblaciones rurales de los países en vías de desarrollo.

Gobiernos irresponsables y una patronal ignorando las realidades económicas, y desprovistos del menor sentido cívico y ético, han garantizado una práctica neo-esclavista cuyas consecuencias políticas, culturales, históricas –e incluso económicas– son incalculables (precisamente) para los países de acogida y sobre todo para los países que proporcionan la mano de obra. Más preocupados de los negocios y del bienestar, los liberales no se han enfrentado a los desafíos más elementales: crisis de la energía, crisis del patrón dólar, subida de los costes europeos y competencia catastrófica de los países del Este y de Extremo-Oriente.



Guillaume Faye

¿Quién se preocupa de ello? ¿Quién propone una nueva estrategia industrial? ¿Quién piensa en que el final de la prosperidad ya ha empezado? La respuesta a los desafíos gigantes del final del siglo sólo es posible en contra de las prácticas liberales. Solamente una óptica económica fundada en las elecciones de un espacio económico europeo semi-autárquico, de una planificación de una nueva política de sustitución energética a medio plazo, y de una retirada del sistema monetario internacional, se adaptaría a las realidades actuales.

Los dogmas liberales o "libertarios" del libre intercambio, de la división internacional del trabajo, y del equilibrio monetario se revelan no solamente económicamente utópicos (y estamos dispuestos a demostrarlo técnicamente) sino también incompatibles sobre todo con la elección política de un destino autónomo para Europa. Como para los nuevos filósofos que se contentaban en reactualizar a Rousseau, hay que tomar conciencia de la impostura de la operación publicitaria de los "nuevos economistas". No se trata ni más ni menos que de una vuelta a las tesis bien conocidas de Adam Smith.

Pero los nuevos economistas franceses (Jenny, Rosa, Fourcans, Lepage) no son nada por ellos mismos y sólo vulgarizan las tesis norteamericanas. Miremos del lado de sus maestros. Partiendo de una crítica pertinente, es verdad, del "*Welfare State*" (el Estado providencia burocrático aunque neoliberal), la escuela de Chicago, monetarista y conservadora, con Friedmann, Feldstein, Moore, etc., predica un retorno a la ley micro-económica del mercado, rechaza cualquier obligación del Estado hacia grandes empresas, reencontrando así la despreocupación de los liberales del siglo XIX hacia el paro y las cuestiones sociales. Y la escuela de Virginia, con Rothbard, David Friedman, Tullock, etc… quiere ser "anarco-capitalista", partidaria del estallido del Estado y de la reducción total de la vida social y política a la competencia y a la única búsqueda del provecho mercantil.Se puede criticar estas tesis, conocidas y recalentadas desde el punto de vista económico.

Pero que sea suficiente decir que, para nosotros europeos, incluso realizable y próspero, un programa tal significa la muerte definitiva como pueblos históricos. Los "friedmanianos" y los "libertarios" nos proponen la sumisión al sistema del mercado mundial dominado por leyes que favorecen a la sociedad norteamericana pero que son incompatibles con la elección que debemos tomar, de permanecer como naciones políticas y pueblos evolucionando en sus historias específicas. La economía orgánica no quiere ser una Teoría, sino una estrategia que se corresponde únicamente con la elección, en la Europa del siglo XXI, de sociedades donde el destino político y la identidad cultural se sitúan antes que la prosperidad de la economía. Subsidiariamente, la función económica es además mejor dominada.

Reflexionamos, en el GRECE (Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea), sobre esta nueva visión de la economía, a partir de los trabajos de Tomar Spann y de Ernst Wagemann en Alemania, Johan Akerman en Suecia y François Perroux en Francia. Wagemann compara la economía liberal a un cuerpo sin cerebro, y la economía marxista a un cerebro subido en zancos. La economía orgánica, modelo práctico que no pretendemos exportar, quiere adaptarse a la tradición trifuncional orgánica de los europeos. Según los trabajos de Bertalanffy sobre los sistemas, la función económica se consideraba como un organismo parcial del organismo general de la comunidad.

Según los sectores y las coyunturas, la función económica puede estar planificada o actuar según las leyes del mercado. Adaptable y flexible, admite el marcado y el beneficio, pero los subordina a la política nacional. El Estado deja a las empresas, en el marco nacional, actuar según las restricciones del mercado pero puede, si las circunstancias lo exigen, imponer con medios no económicos la política de interés nacional.Las nociones irreales de macro y micro economía dejan paso a la realidad de la economía nacional, también las nociones de sector público y privado pierden sentido, ya que todo es a la vez privado en el nivel de la gestión y público en el sentido de la orientación política.

Los bienes colectivos duraderos son preferibles, y no la producción de bienes individuales obsoletos y energéticamente costosos. Los mecanismos y manipulaciones económicos son considerados poco eficaces para regular la economía con respecto a la búsqueda psicológica del consenso de los productores. La noción contable de excedente y de coste social sustituye los conceptos criticables de rentabilidad. Por su elección de centros económicos autoritariamente descentralizados, y de un

espacio europeo de gran escala y semi-autárquico (caso de los EE. UU. de 1900 a 1975) la economía orgánica puede pretender una potencia de inversión y de innovación técnica superior a lo que autoriza el sistema liberal, frenado por las fluctuaciones monetarias y la competencia internacional total (dogma reduccionista del libre intercambio según el cual la competencia exterior sería siempre estimulante).

En última instancia, la economía orgánica prefiere el empresario al financiero, el trabajador al asistido, el político al burócrata, los mercados públicos y las inversiones colectivas, al difícil mercado de los consumidores individuales. Más que las manipulaciones monetarias, la energía del trabajo nacional de un pueblo específico nos parece como lo único capaz de asegurar a largo plazo el dinamismo económico. La economía orgánica no es en sí misma la finalidad de su propio éxito. Pero quiere ser uno de los medios de asegurar a los pueblos europeos el destino, entre otros posibles (lit: parmi d´autres posibles), de pueblos con larga vida.

Para concluir, habría que citar la conclusión que el economista Sombart ha dado en su tratado El Burgués, pero sólo mencionaremos el pasaje más profético: "*En un sistema fundado en la organización burocrática, donde el espíritu de empresa habrá desaparecido, el gigante convertido en ciego estará condenado a arrastrar el carro de la civilización democrática. A lo mejor asistiremos entonces al crepúsculo de los dioses y el Oro será devuelto a las aguas del Rin*".

François Perroux ha escrito también que deseaba el fin del culto de Mamón que brilla hoy con una prodigiosa luz. Hemos elegido contribuir al fin de este culto, asegurar el relevo del último hombre, el de la civilización de la economía, de la que el Zaratustra de Nietzsche decía: ¿Amor, creación, deseo, estrella? ¿Qué es eso? Así pregunta el último hombre y guiña el ojo. La tierra se hará más exigua y sobre ella saltará el último hombre, este que reduce todo.

Hemos inventado la Felicidad, dicen los últimos hombres.Y guiñan el ojo».

La concepción de la Economía Orgánica en la Nueva Derecha

Carlos Pinedo

Si el objetivo de un Estado es asegurar el dinamismo histórico y el equilibrio político de un pueblo, hay que volver a poner la economía en su sitio, considerarla como una estategia secundaria, y no como el medio privilegiado del desarrollo humano. La concepción general de la economía de la Nueva Derecha puede calificarse como "economía orgánica". Las sociedades son organismos compuestos de seres vivos y de funciones en interacción constante. Esta concepción de la economía describe las relaciones económicas como lugares de conflictos-cooperaciones por los recursos escasos y como sistema viviente de intereacciones energéticas. Supone igualmente el principio de toda economía equilibrada: la compatibilidad entre el Estado y la función económica. La síntesis de un Estado fuerte y una economía potente no es imposible. La economía es u subsistema del sistema general de la sociedad, la cual funciona según sus reglas propias: búsqueda de la rentabilidad y de la racionalización financiera y productiva, pero la economía queda subordinada a la función soberana, y su finalidad es determinada por un cerebro, que es el Estado político. Una economía dirigida políticamente adoptaría los principios estimuladores de la competitividad y del dinamismo empresarial, y limitaría las intervenciones burocráticas. En definitiva, la Nueva Derecha se pronuncia a favor de un Estado ligero pero fuerte, que no interviene en la economía, pero sí que la dirige, que nos sustituye a la sociedad civil, sino que la gobierna. Una economía basada en empresas desfiscalizadas y desocializadas, un sistema

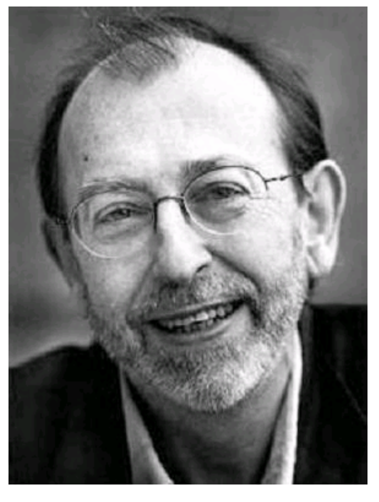
económico flexible compuesto de unidades de todos los tamaños, organizadas en torno a áreas nacionales con la sufiviente elasticidad para escapar de la fragilidad de toda economía-mundo. Una economía nacional subordinada a la política y dirigida por un Estado estratega de carácter soberano.

Esta economía orgánica es doblemente revolucionaria: en primer lugar, porque tiende a la desaparición progresiva de las producciones masivas de bienes individuales, para poner fin a la domesticación del hombre por el bienestar. Esto no significa caer en la economía de penuria, sino diversificar la producción, sin concentrarse única y exclusivamente en los bienes de consumo. En segundo lugar, porque supone el nacimiento de nuevas élites económicas (los creadores de empresas encargados de renovar el tejido industrial). Las nociones de macro-economía y de micro-economía son sustituidas por los conceptos de comportamientos intra-económicios y supra-económicos. El primero designa los comportamientos económicos necesarios para toda economía. El segundo se refiere a comportamientos que tienen en cuenta los intereses del conjunto del sistema económico, e incluso de carácter no exclusivamente económico. Es la noción de "supletoriedad". Este concepto completa el tradicional de beneficio. La regulación del beneficio, en este caso, es un medio suplementario de dirección de la economía, pues la estrategia económica puede, en función de sus objetivos, limitarlo o extenderlo, para estimular la actividad económica. La noción de "supletoriedad" evalúa en función de criterios globales el coste social a medio y largo plazo de una operación. El manejo de este concepto es privativo de la estrategia política del Estado. La supletoriedad permite integrar variables numerosas (económicas, sociales, geopolíticas) para prever de antemano el sentido de toda evolución económica. Este criterio se impone desde el momento en que hay decisiones macro-económicas en juego. Este concepto, de orden político, y no económico o jurídico, concierne ante todo a la transformación de la ideología del Estado y no a una simple reforma económica.

Contrariamente a las demás doctrinas, la concepción orgánica de la economía no es dogmática y utiliza tácticas muy diferentes al servicio de la política nacinal (simultaneidad de un sector público y un sector privado). La economía orgánica propone asimismo distinguir, no un sector público, ni un sector privado, sino un sector de interés nacional y un sector de interés económico […]

Para la ND, los valores económicos no son en sí mismos nocivos si se subordinan a un proyecto político y comunitario. Desear la destrucción de un aparato industrial tal como desean los ecologistas anti-industrialistas es absurdo, porque éste puede ser utilizado al servicio de otro proyecto de sociedad. Ahora bien, lo que critican los ecologistas, no es tanto la economía y la técnica como proveedores de riquezas, sino como instrumento de poder y de transformación sacrílega de la naturaleza, en la línea del russonianismo y del biblismo. Por otra parte, la potencia económica y técnica forma parte de la herencia cultura europea y siempre ha sido el soporte del dinamismo cultural y político. La economía y la técnica deben ser reconocidas como posibilidades para "reencantar" al mundo a través de un sobrehumanismo fáustico, capaz de construir una nueva civilización.

© Alain de Benoist, Guillaume Faye. Las ideas de la Nueva Derecha. Una respuesta al Colonialismo cultural. Introducción de Carlos Pinedo. Ed. Nuevo Arte Thor, Barcelona, 1986.



Alain de Benoist

Adam Müller:

La Economía Orgánica como vivencia romántica

Luis Fernando Torres

I. Notas biográficas

Adam Müller nació en Berlín en 1779. Estudió Derecho en la Universidad de Göttingen. En su época juvenil era partidario del liberalismo de Adam Smith. En 1805 se trasladó a Viena, donde desarrolló su obra hasta su muerte, en 1829.

Su obra más conocida es *Die Elemente der Staatskunst* (Berlín, 1809), de la que existe traducción española (1). Las citas que entresacamos en este artículo proceden de ésta edición en castellano. También merece destacar *Deutsche Staatsanzeigen* (1816-1819).

La ideología de Müller es una mezcla de medievalismo, estatismo y romanticismo: defensa indiscriminada de todos los valores e instituciones de la Edad Media; catolicismo sentimental; culto al Estado de clara raíz pagana, y todo ello expresado en ese estilo exaltado, lleno de imágenes y algo confuso de los románticos.

El Romanticismo significó una reacción contra las concepciones materialistas y racionalistas del hombre y de la vida; destacó lo que el mundo y la existencia tienen de misterioso e incomprensible. Este estado de espíritu, es el que Müller (y también Gentz y Haller) (2) traslada al campo de la economía.

La influencia de Müller ha sido tan intensa como insospechada. Influyó en F. List y sobre la *Escuela Histórica*; el nacionalismo económico tiene en él un punto de arranque. Su influjo político se ha dejado sentir igualmente, en el tradicionalismo, el nacionalismo y en el fascismo.

II. Adam Müller: clasicismo político, Estado y ciencia

Adam Müller destaca especialmente dentro del panorama delimitado por la llamada *Escuela Histórica* Alemana de Economía. Si algunos de sus planteamientos pueden considerarse hoy en día anacrónicos, otras de sus intuiciones fueron la impronta epifánica que ayudó a constituir la ciencia económica con el rigor y amplitud interdisciplinar con que la conocemos en la actualidad.

En contraposición con la metodología de la *Economía Clásica* representada por Adam Smith, Müller sostiene que el hombre actúa por medio de una articulación de índole *social* donde se realiza la posibilidad de sus anhelos, luego la perspectiva social no puede ser ignorada para comprender a la propia economía, ya que ésta es parte del orden primordial y no mera consecuencia de la búsqueda de la riqueza. Todo orden social sería, entre otras cosas, económico, pero de tal forma que la economía pura sería una mera abstracción (útil tan sólo para un marco de trabajo de aplicación operativa o analítica) que disgregaría aspectos, factores y elementos que de suyo siempre se encuentran agrupados e integrados en un *todo orgánico* (3). Por ello, el sentido genuino del Derecho, de las costumbres, de la concepción del Estado perman ecerán ignorados si no llegamos a descubrir primero la trabazón y las correlaciones específicas entre todas las creaciones del civilizador de la humanidad, donde la economía es un aspecto más.

Pero el epicentro paradigmático y la clave descifradora de la cultura humana, entendida como tendencia natural y como re-creación artificiosa en su plenitud racional, se encontraría, según A. Müller, en el Estado: "El Estado es la totalidad de los asuntos humanos, su conexión en un todo vivo". Esta realidad superior del Estado no es una hipóstasis absorbente, ni una plenitud transfiguradora al estilo del estatismo hegeliano, sino que todo valor humano está permanentemente presente en la actuación del Estado; el carácter *humano* procurará no apartarse en ningún punto esencial del carácter *civil*. El Estado, para ser fecundo,

debe ser sentido e interpretado como fenómeno de vida humana, por consiguiente debemos desechar los falaces límites, vanos, generados por las teorías políticas ajenas al pálpito de la vida, porque turban la vista con la voraz p arálisis de las meras abstracciones.

Así, el Estado se convierte en un ente con vida y finalidad propia: "La constitución de un Estado es algo tan grande, vario e insondable, que debe justamente extrañarnos el apresuramiento y la ligereza con que se lleva a cabo su estudio en la actualidad (...). Pero ¿es posible considerar al Estado como una máquina, y sus miembros como un inerte juego de ruedas? ¿O como un edificio, y sus partes constitutivas, tan delicadas y sensibles, como piedras frías que el cincel tiene primero que labrar y la escuadra, luego, que ordenar? Si tratamos de describir la primera sensación que el espectáculo de la sociedad civil nos produce, tendremos que recurrir forzosamente a los dominios del arte" (4)

Para Müller, debemos sobrepasar estos límites del acumulado escombro utópico antes de mostrar los límites verdaderos: "Aquellos que, lejos de impedir el movimiento del Estado, lo estimulan". Paradójicamente, la utopía política cercenaría posibilidades magníficas de progreso, abortándolas, e indicaría horizontes de ilusión colectiva que serían un puro escenario de representación donde la mueca y la máscara sustituirían al gesto y al rostro de lo que cristaliza en la realidad reflejando el sol fecundo y no bañándose en las brumas del sueño de la noche (*utopismo* que puede ser presuntuoso racionalismo conceptualista en sus formas de Liberalismo o Socialismo). Un Estado *verdadero* es consciente de sus auténticos límites, que guían al político práctico y al legislador "en cuanto tienen que resolver el asun to más nimio o decidir el caso jurídico más insignificante". Cuando la teorización, desvertebrada, no se ancla en los hechos, en las vivencias y en las experiencias, necesariamente considerará los límites del Estado erróneamente, distorsionándolos y dándoles una consistencia fija; arrebatándoles la vida y el crecimiento y, por consiguiente, perturbando la acción del político.

La Ciencia Política alcanza su conciencia máxima en el Estado, y éste en aquella: "Ciencia y Estado serán lo que tienen que ser cuando formen una unidad, como el alma y el cuerpo, que son una cosa en la misma vida, y sólo el concepto es quien los disgrega mortalmente" (5).

Y no sólo la Ciencia Política, sino todas las ramas del vigoroso árbol del saber deben entroncarse con el impulso de la savia vivificante que emana de la experiencia de la vida social. *Patria* y *Estado* son sentimientos y razonamientos grávidos de conocimiento y de saber integrados: "Esto es lo que hizo grande la ciencia de los antiguos, y tan menguada, tan confusa, tan muerta la de los alemanes de hoy".

A. Müller afirmará que las manifestaciones aurorales de las ciencias naturales en Francia y Alemania habían tenido, con Lavoisier y Schelling, un impulso especial debido precisamente a que supieron sintonizar selectivamente con lo mejor del espíritu conformador de sus pueblos. Müller, adelantándose prodigiosamente a la sociobiología de E. O. Wilson, afirmará que es la "historia natural del Estado" la que nos puede ofrecer otras perspectivas esclarecedoras que fecunden y abonen otros campos de estudio propios de las ciencias naturales. De esta forma, la ciencia se hubiese mantenido muy cerca "del corazón y de los hombres aún en sus especulaciones más profundas, y hubiese conservado su equilibrio y su vivacidad".

III. El organicismo económico

El pensador alemán considerará que el concepto de *dinero* de Adam Smith representa un gran paso frente a las ideas predominantes en torno al mismo en su época. Pero, por otra parte, el sistema del economista británico no podrá eludir la maldición que pesa sobre todos los sistemas de su época. Müller reprochará a Smith su tratamiento del factor *trabajo* como un concepto y no como una idea, con lo cual se perdía, con graves consecuencias, la flexibilidad y la necesaria capilaridad entre la vida real y los esquemas del pensamiento. Según el organicismo de Müller, la economía clásica británica debió ampliar el contenido

de su visión del trabajo: "Hasta que toda la vida nacional le hubiera aparecido como un único gran trabajo". El trabajo individual estaría por lo tanto en permanente relación con el "Trabajo Nacional", y cada uno sería causa recíproca del otro. El planteamiento de economía orgánica que hace Müller implica un *Estado orgánico* que constituye y encauza la fuerza social que necesariamente se expresa en círculos concéntricos bien trabados por su propio impulso natural. Por ello, Müller somete a crítica y eleva a rango de ideas lo que eran meros conceptos esclerotizados en la tradición económica inglesa, tales como: riqueza, dinero, trabajo, producción,...

El "sentido reverencial del dinero" de nuestro Ramiro de Maeztu parece tener uno de sus máximos precedentes en el pensamiento de Müller, que ve en el "contrabalanceo" entre el dinero y la letra de cambio, el papel moneda, el valor y el crédito; entre el dinero efectivo y el simbólico, junto con las consecuencias comerciales redistributivas y ampliadoras de la eficacia económica que traen consigo, un hermanamiento entre los *hechos económicos reales* y los *hechos espirituales ideales*. En el dinero confluiría el interés individual con la necesidad del todo nacional. El dinero, paradójicamente, humanizaría la vida colectiva frente a las tesis rousseaunianas de corrupción de la sociedad, y al mismo Estado, ya que al ser el dinero símbolo "verdadero y vivo", posibilitaría la más precisa expresión de las conexiones ideales de todos los principios, qu e es uno de los significados, según este economista romántico, de la idea misma de *Dios* (6).

La teoría organicista de la economía de Müller critica tanto la hipótesis de la teoría mercantilista acerca de lo productivo, como los planteamientos de las escuelas *fisiócratas* o Smithiana, ya que todos estos "sistemas conceptualistas" padecen el grave estigma de considerar la economía como un mero proceso mecanicista. La identificación que Smith hace entre productividad real-material y productividad económica, le parecerá a Müller un error que malograría el desarrollo de posteriores razonamientos en el avance del conocimiento científico. Este reproche se explicitará así: "Las necesidades espirituales, aunque intervienen directa, viva e ineludiblemente en la producción que él (Smith) trata de abarcar, queda al margen de la economía, y el importante comercio espiritual queda fuera de la teoría de la riqueza de las naciones".

La Ciencia Económica no podría, para el organicismo romántico alemán, basarse en la mera producción de cosas, sobre el simple valor de cambio. Es preciso descubrir la *energía espiritual* del hombre, que en el orden cívico y en la libre iniciativa articula la posibilidad óptima convertida en realidad, donde lo social y lo personal apaciguan su distancia a la par que se autoafirman en esa interrelación. Vuelta a la savia primigenia (espíritu de unidad no homogeneizadora) y decidida reacción diversificadora, donde la propia libertad se expande en sus ramajes fecundos dando sombra a todo el cuerpo social, que es su propia base y su propio sustento.

El valor económico no se podrá fundamentar exclusivamente en el mercado, ya que la utilidad privada y social, en ocasiones, transciende al mecanismo del mercado, aunque sea un magnífico procedimiento de asignación de recursos y servicios.

Un capítulo de especial interés en la obra de Müller es el que hace referencia a sus ideas en torno al "capital espiritual", donde la concepción clásica de riqueza se ve desbordada por su tesis en torno a los "bienes inmateriales recibidos del pasado": las tradiciones de la sociedad, la realidad nacional, el lenguaje, el carácter del pueblo y diferentes aspectos no materiales de la cultura.

Riqueza, por cierto, hoy en día, en grave peligro de liquidación y decadencia, declinación penosa en nuestra España, esperemos que episódica y momentánea debilitación de nuestra conciencia nacional, porque, como decía E. D'Ors: "España no puede morir". Pero si no concebimos que nuestra riqueza económica está en nuestro *ser nacional* y que incluye y presupone nuestra lengua, nuestro afán colectivo de mejora y nuestra cultura, hoy más que nunca

necesitados de defensa, no podremos potenciar nuestra riqueza, porque nos resultará ya ajena e impersonal. Y esa riqueza volatilizada es la que alimenta al sistema mundialista, desangrando a los pueblos y a las naciones.

Notas:

1. Müller, Adam, *Elementos de política*, Ed. Baxa, Madrid, 1935.

2. Para un estudio más extenso se puede consultar Spann, Othmar: *Die Hauptheorien der Volkwirtschaftslehre* (Heidelberg, 1949; existe versión española: *Historia de las doctrinas económicas*, Madrid, 1934).

3. Planteamiento también defendido por los resultados de la Nueva Ciencia Económica, fruto de la aplicación de métodos interdisciplinares. Tal es el caso de las conclusiones de Gary S. Becker, premio Nobel de Economía en 1992. Las ideas de Becker están expuestas, entre otros textos, en: Becker, Gary S., *The economic approach to human behaviour*, University of Chicago, 1976.

4. Müller, A.: *Elementos de política*, Madrid, 1935, pp. 5 y 6.

5. La incomprensión de la naturaleza del Estado es, según Müller, uno de los grandes defectos de Adam Smith: "El famoso libro de Adam Smith..., su doctrina de la libertad de comercio y de la industria no tienen bastante en cuenta la personalidad cerrada de los Estados, su carácter distinto y su ineludible actitud bélica entre sí" (*op. cit.* pág. 15). Por ello, Müller se opone al librecambio; defiende la protección de la industria nacional e incluso la prohibición de cierto comercio exterior, cuando tales medidas sirvan para dar carácter nacional a la riqueza de su pueblo.

6. Por otro lado, Müller combate la vigencia única del derecho romano de propiedad, según el cual las cosas pertenecen a una persona de manera absoluta y están completamente a su servicio. Hace el elogio de las vinculaciones familiares y de los bienes colectivos. Al lado de la propiedad privada, de tipo romano, debería existir la propiedad corporativa y la familiar.

Friedrich List:

Economía Política: ¿Proteccionismo?

Arturo C. Meyer, Carlos Gómez, Jurgen Schuldt

I. Introducción de Arturo C. Meyer

Los estudiosos de la historia del pensamiento económico han sub-valuado la contribución de Friedrich List al desarrollo de nuestra ciencia. Esta es una afirmación muy fuerte, y parecería más adecuado incluirla bajo el "comentario final" y no en la sección introductoria de un artículo. Preferimos el temperamento adoptado para comunicar de inmediato a los lectores la idea central que nos llevó a escribir este trabajo: mostrar que List realizó importantes contribuciones al análisis del proceso de desarrollo económico.

Debemos aclarar que no intentamos una evaluación de toda la obra de Friedrich List; el análisis que presentaremos se basa exclusivamente en su principal obra, *Sistema Nacional de Economía Política*, pero creemos que las contribuciones realizadas en este trabajo son suficientemente importantes para justificar su consideración aislada. Además, parece haber una gran escasez de trabajos sobre la contribución de List; aparte del usual par de páginas que se le dedican en la mayoría de manuales de historia del pensamiento económico, sólo hemos podido detectar cuatro artículos publicados en los que va de siglo y una biografía. Esta aparente falta de interés resulta particularmente sorprendente si consideramos la popularidad actual de todo aquello que se vincule al desarrollo económico, y que la obra de List trata predominantemente sobre temas vinculados con el desarrollo del principal país subdesarrollado a mediados del siglo XIX, Alemania. Además, vale la pena recordar que List vivió en los Estados Unidos desde 1825 hasta comienzos de la década de los treinta, y por consiguiente fue testido

presencial de una etapa sumamente interesante en el desarrollo económico de ese país.

Existen al menos dos razones que pueden contribuir a explicar la falta de interés contemporáneo en la obra de Friedrich List. En primer lugar, el más conocido de sus trabajo –pero no muy bien conocido- es *Sistema Nacional de Economía Política*; este trabajo constituye, primordialmente, un ataque frontal a las doctrinas librecambistas expuestas por Adam Smith en su *Riqueza de las Naciones*. Sucede que Adam Smith es generalmente considerado el "padre" de la ciencia económica, y parece lógico presumir que a ningún economista le place ver a su antepasado más distinguido vapuleado en el estilo un tanto crudo que utilizó List. Aquí es necesario reconocer que los ataques de List contra las doctrinas librecambistas de Smith fueron injustificados en algunos casos, ya que no discriminó entre las teorías de Smith y las de algunos de los autores que escribieron versiones "populares" y que a menudo exageraron o tergiversaron las teorías de Smith. En segundo lugar, List escribió algunos ensayos en los que abogó por la unificación de los estados germánicos, y que posteriormente fueron utilizados con fines propagandísticos por los gobiernos alemanes que desencadenaron la primera y la segunda guerra mundiales. Sin duda, esto no contribuyó a aumentar la popularidad de List en Europa y los Estados Unidos.

Sin embargo, nosotros pensamos que List originó varias ideas interesantes e importantes a la vez. Las páginas que siguen tienen un único propósito: sin intentar un análisis exhaustivo de todas las ideas contenidas en el *Sistema Nacional de Economía Política*, pretendemos mostrar que esta obra contiene ideas originales sobre problemas de desarrollo económico,

II. De Adam Smith a Friedrich List: ¿del libre comercio al proteccionismo?, de Carlos Gómez Chinas

List concentró su crítica en la teoría y política del comercio internacional de la teoría clásica y, sobre todo, en Adam Smith y en menor medida en Say.

Según List, la falta de la teoría clásica del comercio internacional es que ignoró la posibilidad de la manipulación comercial a través de la influencia política. La razón de esta falla radica en el supuesto de que el comercio tiene lugar entre países de igual fortaleza econòmica e igual nivel de desarrollo económico y, por lo tanto, igual poder de negociación. De manera contundente afirma que: "como no penetra en la naturaleza de las fuerzas productivas, ni abarca en su totalidad la situación de las naciones, la escuela desconoce especialmente el valor de un desarrollo armónico de la agricultura, de las manufacturas y del comercio, del poder político y de la riqueza interna y, en particular, ignora el valor de una energía manufacturera peculiar de la nación y perfectamente desarrollada en todos sus sectores".

Según List, con base en la historia, "existen razones muy poderosas y, a juicio nuestro, incontrovertibles, para asegurar que, en las actuales circunstancias del mundo, de una libertad general de comercio no puede derivar una república universal, sino la esclavitud de las naciones más adelantadas bajo la supremacía de la potencia manufacturera, comercial y mercantil que ahora aparece como dominante". Para List, entonces, el libre comercio en los bienes manufacturados debe ser un objetivo distante que se conseguirá cuando todos los países con potencial para el desarrollo alcancen el mismo nivel de desarrollo indusstrial y así estar en posición de participar en una genuina competencia internacional. Mientras eso ocurre el desarrollo debe tener lugar mediante la protección.

La protección debe otorgarse a través de aranceles no muy elevados y de ninguna manera caer en las prohibiciones a las importaciones. List se pronuncia en contra tanto de los subsidios directos a las exportaciones como de las prohibiciones y los aranceles a las mismas. La protección sólo debe darse por el lado de las importaciones. List rechaza el argumento de la teoría clásica de que los aranceles protectores favorecen a la industria a costa de los agricultores ya que para él, los beneficios que la agricultura

obtiene a través del desarrollo industrial compensan los costos de la protección.

Adam Smith se pronunció a favor del libre comercio y en contra de las restricciones comerciales. En donde List manifiesta desacuerdo con Smith respecto de los argumentos que justifican la intervención gubernamental en el comercio exterior, es con las llamadas medidas de retorsión y que se dan, de acuerdo con Smith, cuando un país extranjero restringe con derechos elevados la entrada a su mercado de productos foráneos; las represalias no son un fin en sí mismas sino sólo un medio para revocar las restricciones del extranjeros. Esto es, Smith las contempla como una medida temporal

Para List, el principio de retorsión ocasiona grandes perjuicios ya que si las represalias surten efecto, los logros alcanzados a través de la retorsión se desperdiciarían de la peor forma posible cuando se tengan que desmantelar las medidas proteccionistas porque el otro país ya hizo lo propio. Aquí List, más bien presenta una posición en contra del fomento de la industria manufacturera que surge sin protección aduanera, a consecuencia de las restricciones extranjeras a la importación.

O sea, es razonable y ventajoso que una nación replique una restricción a sus exportaciones de productos agrícolas con la limitación de las importaciones de productos manufacturados, pero sólo cuando estas naciones se sientan con vocación para instituir una rama manufacturera propia y para defenderla del provenir. Aquí se puede percibir lo importante que es para List mandar señales permanentes y no estar cambiando permanentemente de dirección la política económica y nos confirma que no es un proteccionista a ultranza.

El mérito de F. List es, precisamente, haber destacado que una de las fallas de la teoría clásica del comercio internacional es haber supuesto que el comercio internacional tiene lugar entre países de igual fortaleza económica y, consecuentemente, igual poder de negociación. Aunque él es partidario del fortalecimiento de la industria nacional a través de la protección no es de ninguna manera un proteccionista a ultranza o un neomercantilista y más bien puede califcársele como un economista liberal, en el sentido de que el libre comercio es la mejor situación posible en el largo plazo simpre y cuando se realice en igualdad de circunstancias, o sea, entre países con igual nivel de desarrollo. Mientras esto no suceda, lo mejor es el comercio restringido pero siempre pensando en el fortalecimiento de las fuerzas productivas. Proceder de otra forma es poner en peligro la supervivencia como nación.

Por su argumentación a favor de los tratados comerciales y las uniones aduaneras, algunos lo consideran como el precursor de la Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, y otros más ven a List como el inspirador de las estrategias de desarrollo de los países asiáticos, especialmente Japón y Corea del Sur.

III. Economía de Mercado e Industrialización, de Jurgen Schuldt

La experiencia y reflexiones del economista alemán de la primera mitad del siglo pasado son muy ilustrativas sobre algunos de los requerimientos teóricos y de política necesarios para remontar el "subdesarrollo". Esa era precisamente la preocupación de este autor en vista al retraso y "dependencia" (término éste que usó List entonces) de Alemania respecto a Gran Bretaña. Sus marcos teóricos y propuestas de política, que expondremos a continuación, nos servirán para aprender del pasado, sin que por ello nos esperancemos en su transposición mecánica al presente.

La principal obra de Federico List (1841) se puede trabajar básicamente como una crítica y una propuesta alternativa a la de los economistas clásicos entonces dominantes; sobre todo en torno al libre comercio internacional y a la doctrina de las ventajas comparativas. Nadie como él, a contracorriente, se empeñó en cuestionar -aunque básicamente por razones políticas- la teoría de las ventajas comparativas y las políticas de librecambio.

Como punto de partida, cuestionó la visión "cosmopolita" de esos autores, quienes

partían del comportamiento económico egoísta individual y de ahí saltaban a la noción de comercio libre a escala mundial, dejando de lado el estudio de las condiciones del desarrollo nacional:

"Llegó a ser evidente para mí que, entre dos países muy adelantados, la libre competencia no puede sino reportar ventajas a uno y a otro si ambos se encuentran en el mismo grado de educación industrial (...). En una palabra, distinguí entre la economía cosmopolita y la economía nacional".

De manera que List no cuestionaba en sí -y en el largo plazo- la teoría clásica del comercio internacional, sino únicamente para el caso de las naciones que no habían alcanzado aún el desarrollo interno necesario para sujetarse a la doctrina de las ventajas absolutas o comparativas del comercio internacional. Esta debía seguirse, en su concepto, únicamente a partir del momento en que una nación lograse alcanzar el desarrollo general y generalizado de la "educación industrial", lo que -en su época- no se aplicaba sino a Inglaterra (que se beneficiaba de la doctrina dominante, como lo demostró nuestro autor con una sutileza ejemplar), mientras los demás países (Alemania, Francia, EE.UU.) aún estaban "subdesarrolladas" respecto a aquella. De donde deduce que

"La misión de la economía política es llevar a cabo la educación económica de la nación y prepararla para entrar en la sociedad universal del porvenir”), momento a partir del cual le "convienen" las lecciones de los economistas clásicos y, por tanto, la apertura al libre comercio internacional.

El otro eje del enfoque listiano radica en la noción de las Fuerzas Productivas, paradigma que contrapone a la doctrina clásica de los Valores de Cambio, distinción que puede iluminarse en sus propios términos:

"Las causas de la riqueza son cosa muy distinta de la riqueza misma. Un individuo puede poseer riquezas, es decir, valores de cambio; pero si no es capaz de producir más valores de los que consume, se empobrecerá. Un individuo puede ser pobre, pero si está en situación de producir más allá de su consumo, llegará a ser rico. (...). El poder de crear riqueza es, pues, infinitamente más importante que la riqueza misma; garantiza no solamente la posesión y acrecentamiento del bien ya adquirido, sino, además, el reemplazo de lo perdido. Si esto es cierto tratándose de personas privadas, lo es aún mucho más aplicado a las naciones, que no pueden vivir en rentas"; donde salta a la vista el parangón con los conceptos de Amartya Sen.

En su libro principal señala los factores que potencian las "fuerzas productivas" de una nación (base del futuro desarrollo), tales como la educación y el capital intelectual, determinadas instituciones y circunstancias sociales, la capacidad de innovar y de adaptar tecnologías, la unidad nacional, el desarrollo integrado entre ramas económicas, entre otros. Más concretamente, el desarrollo de las fuerzas productivas, según List, estaría garantizado por tres factores centrales.

En primer lugar, señalaba que es esencial para toda nación, a fin de alcanzar su independencia, desarrollar independientemente su industria manufacturera, cuestionando la "especialización" productiva que sugerían los economistas clásicos. Luego de destacar la "desigualdad de género de vida y de educación de agricultores y manufactureros", que no percibían los clásicos, propugna la industrialización de los países, ya que la manufactura estimula el desarrollo de las ciencias, las artes, la política y los demás sectores económicos, en especial de la agricultura (que sola hace permanecer "una porción considerable de las fuerzas productivas y de los recursos naturales, ociosa e desempleada"), "populariza" las ciencias y las artes, etc.:

"Las manufacturas y las fábricas son las madres y las hijas de la libertad civil, de las luces, de las artes y las ciencias, del comercio interior y exterior, de la navegación y de los medios de transporte perfeccionados, de la civilización y de la potencia política. Son el medio principal de libertar la agricultura, de elevarla al rango de industria, de arte, de ciencia; de aumentar la renta de la tierra, los

beneficios agrícolas y el salario y dar valor al suelo. La escuela (se refiere a la Clásica) ha atribuido ese poder civilizador al comercio exterior; pero en este caso ha tomado al intermediario por causa".

Ligado a lo anterior, List era plenamente conciente de la diferencia cualitativa existente entre la producción de tela (un típico producto industrial) y la de vino (sujeto a la ley de rendimientos decrecientes) en el ejemplo usado por Ricardo para sustentar su modelo de dos países (Gran Bretaña y Portugal), en que el comercio libre llevaría a la especialización según los diferenciales de costo (a pesar de lo costos absolutos más bajos de Portugal) y, con ello, a la maximización de bienestar de ambos en conjunto.

En segundo lugar, reconocida la "superioridad" de la manufactura (respecto a los demás sectores económicos, como ya lo reconocía Adam Smith) y que las exportaciones apenas son un instrumento secundario para el desarrollo de las fuerzas productivas, sin embargo, List no propugnaba una especialización en esa dirección. Todo lo contrario, su propuesta iba hacia una "Asociación de las Fuerzas Productivas", con lo que se convierte en el antecedente más lejano y lúcido de la teoría moderna del "desarrollo equilibrado", cuando propugnaba la importancia que cada nación debía darle al desarrollo integral y homogéneo de sus fuerzas productivas (que, en nuestra terminología actual, sólo es parcialmente sinónimo de lo que llamamos sectores y ramas económicas:

"(...) la escuela desconoce en particular la importancia de un desarrollo paralelo de la agricultura, la industria manufacturera y el comercio, del poder político y de la riqueza nacional, y, sobre todo, de una industria manufacturera independiente y desarrollada en todas sus ramas. Comete el error de asimilar la industria manufacturera a la agricultura, y de hablar, en general, de trabajo, fuerzas naturales, capital, etcétera, sin considerar las diferencias que existen entre ellos".

Al efecto era plenamente conciente de la importancia que debían tener en esa dirección los encadenamientos hacia adelante y hacia atrás, en el consumo y fiscales, en la línea planteada por Albert O. Hirschman.

En tercer lugar, a estas alturas el lector seguramente estará considerando -como lo han hecho apresurada y erróneamente varios autores- que List fue el antecesor inmediato, tanto de los facismos europeos, como de la escuela "cepalina" (o de sus intérpretes), en tanto otorgó contundentes argumentos a favor de una industrialización del tipo "sustitución de importaciones". Sin embargo, repasando el texto original, se observará inmediatamente que este autor siempre centró el énfasis en el desarrollo del mercado doméstico para las mayorías, es decir, la producción de artículos de primera necesidad, o como él las llamó: "industria de las masas", "productos fabricados ordinarios", "objetos de consumo general", "artículos ordinarios de uso común", más que de mercancías destinadas a los estratos de ingresos altos y medios. Ello es así porque estimó -correctamente- que sólo un mercado masivo de bienes básicos permite dinamizar y desarrollar las fuerzas productivas internas, a la vez que es alentado por la ampliación de éstas.

A partir de estos principios, largamente sustentados en el texto principal de List, presentando muchos casos extraídos de la experiencia histórica europea, concluye que los países requieren desconectarse selectivamente del comercio exterior, mientras no hayan desarrollado plenamente sus fuerzas productivas domésticas (pensaba entonces que Alemania requeriría de un siglo para alcanzarlo), ya que de lo contario todos los países se convertirían en colonias inglesas:

"Francia se repartiría con España y Portugal la misión de proporcionar al mundo inglés los mejores vinos, bebiendo ella los peores; (...). Alemania apenas tendría otra cosa que suministrar a este mundo inglés que juguetes para niños, relojes de madera, escritos filológicos y, a veces, un cuerpo auxiliar destinado a ir a consumirse a los desiertos de Asia y Africa para extender la supremacía manufacturera y comercial, la

literatura y la lengua de Inglaterra. No transcurrirían muchos siglos en que en ese mundo inglés se hablase de los alemanes y de los franceses con tanto respeto como hablamos hoy día de los pueblos asiáticos".

A fin de evitar ese "mundo inglés", por tanto, era indispensable implantar un sistema de protección que permitiera la expansión del empleo, de las fuerzas productivas domésticas y del mercado internos, como paso previo a la libertad de comercio con otras nacionales. List justificaba así su propuesta central de política (otra de sus sugerencias nucleares incluía el desarrollo del sistema interno de transportes a través del establecimiento de una densa red de ferrocarriles): "A fin de que la libertad de comercio pueda actuar naturalmente, es preciso, ante todo, que los pueblos menos adelantados sean elevados por medio de medidas artificiales al mismo grado de desarrollo a que Inglaterra ha llegado artificialmente". Ningún país podía prosperar, según él, si no se decidía -como lo hizo Alemania en su época- a "asegurar, por medio de un sistema comercial fuerte y general, el mercado interior para su propia industria", instaurando un "sistema aduanero, considerado como medio de ayudar al desarrollo económico de la nación regulando su comercio exterior, debe tener como regla constante el principio de la educación industrial del país".

A ese efecto, no sólo propuso elevar sustancialmente los aranceles a los productos manufacturados y a algunas materias primas, sino que asimismo planteó la necesidad de potenciar tal política: con la modificación de la estructura tributaria del país; con la aplicación de una política expansiva de la demanda efectiva (del tipo "keynesiano", cien años antes de Keynes); y con la inversión masiva en vías de comunicación que estrecharan lazos al interior de la nación (más que con el resto del mundo). Sabiamente, estimaba que -para el desarrollo de una economía- la integración interna de la nación estaba antes de la integración al mercado mundial.

La teoría económica contemporánea, en cambio, ha recogido estas propuestas de List en forma recortada y deformada (con pocas excepciones, como la de Samuelson, quien reconoció sus méritos en un texto de 1960), encontrándose en los textos apenas como base del argumento de la "industria infante".

Es importante señalar que en la época de List las regiones al interior de la Nación que él propugnaba (hay que recordar que entonces Alemania se iría a constitutír sobre la base de 30 estados relativamente autónomos) ya habían desarrollado sus propias fuerzas productivas y habían fortalecido sus grados de "educación industrial", lo que les permitiría a su vez "abrirse" a un espacio mayor, el propiamente "nacional". Este es un aspecto importante para la propuesta de autocentramiento a plantearse más adelante, en especial respecto a la relación que debería existir entre los desarrollos de los espacios regionales y el de la Nación.

Pero List también era conciente de la lógica política que estaba a la base de la doctrina de los costos comparativos. Sabía que Inglaterra no sólo tenía interés en el comercio libre, sino que era una necesidad para ella, a fin de exportar sus excedentes de productos industriales a cambio de la importación de insumos o bienes finales agrícolas (sobre todo de cereales; ver Ricardo, 1816) para mantener los salarios relativamente estables (y reducidos). En cambio, durante el siglo XVII, previamente a la Revolución Industrial, Inglaterra no era muy propensa al comercio irrestricto a escala mundial (p.ej. prohibió la exportación de lanas para establecer su propia industria textil).

List terminó suicidándose en 1847, aparentemente cuando percibía que sus propuestas no tenían acogida y asidero en la realidad alemana de entonces. Paradójicamente, algunas décadas más tarde, los principios de política adelantados por él fueron aplicados casi al pie de la letra, a pesar de su "heterodoxia" en materia económica y de su "utopismo" en materia política (si bien tenía muy claras las alianzas políticas que era necesario establecer para materializar su proyecto).

Crear la Economía Orgánica

A. L. Arrigoni

Hay una gran acusación en marcha. Es una acusación que vive todavía y que tiene toda la razón para vivir. Se ha acusado a la economía en general y al economicismo en particular. Igualmente, la condena del homo œconomicus se ha convertido en algo normal, habitual, cansino. La razón de este fastidio está en el hecho de que, generalmente, aquellos que se aprestan a lanzarse y a acusar son precisamente aquellos que –más allá de la acusación– no saben construir nada positivo. No basta acusar: es absolutamente necesario construir. Ésta constituye la primera y la más sincera de exigencia doctrinal del momento presente. Por otro lado, existen instrumentos –en el campo jurídico, en el político, en el económico y, en algunos aspectos, también en el científico– mediante los cuales toda nueva construcción realizada no sólo se ha demostrado anacrónica sino verdaderamente dañina para nuestra concepción de un corporativismo integral. Es preciso huir del equívoco. Subordinar la economía a la política o a la ética no debe significar negar la economía, sino que debe querer decir hacer la economía a través y a favor de la política. La economía debe, por tanto, convertirse en un instrumento de la política, pero negarla sería el error más funesto que podríamos cometer. Pero ¿Qué economía? Éste es el primer punto fundamental a resolver ¿La economía del hombre económico, individualista, mecanicista, formal, cientifista y puramente utilitarista? ¿O bien, otra economía que de ella conserva solamente el nombre y olvida completamente –mediante abstracciones corporativas tan absurdas como las cientifistas– las reglas fundamentales del problema económico? Puesto que aquí está el punto esencial de nuestra elaboración corporativa. O de aquí o de allí. O admitir o negar. O economistas puros o pseudo-corporativistas.

Una antítesis a superar

Ahora bien, a nuestro parecer esta antítesis existe, pero un posicionamiento realmente corporativo de la economía no está en el contraste, ni en la conciliación de las dos tesis: está fuera. Se trata, a saber, de asumir nuevos datos para la elaboración del problema económico, de usar nuevos instrumentos para nuevos fines. Puesto que nosotros, corporativistas, precisamente porque miramos hacia los fines, no podemos dejar de plantearnos el problema de alcanzarlos a través del menor coste. Negar a la economía corporativa su característica esencial de mejor adecuación de los medios económicos a los fines nacionales sería como negar a la técnica la característica esencial análoga de mejor adecuación de los medios técnicos a los fines nacionales. Negar ambas cosas significaría en el fondo hacer la mayor exaltación de derroche técnico y económico y querría decir que se hablaría de cualquier cosa que no es ni técnica ni economía. Pero nuestro razonamiento va por otro lado. Para nosotros, transformar paciencia económica tradicional no quiere decir hacerla corporativa mediante un proceso de etiquetas más o menos bien encoladas; quiere decir crear la economía corporativa. Crear la economía corporativa quiere decir replantear todos los conceptos fundamentales que rigen la economía a la luz de las nuevas orientaciones. De esta manera no se considera en absoluto inútil todo el imponente proceso de elaboración doctrinal realizado hasta hoy, pero se utiliza tanto como dato cultural como dato de experiencia científica. Se clarifica de la manera más exacta y, a la vez, más realista, la profunda historicidad de la economía corporativa que es una nueva economía no sólo porque niega los postulados precedentes, sino, sobre todo en tanto que crea otros nuevos, vinculados a nuestra concepción social, política y ética.

Existe una exigencia típicamente moderna que no queda satisfecha por el prevalecer de una tesis sobre otra, ni tampoco por el predominio absoluto del concepto de producción (productivismo), o

por el de distribución social (socialismo), o por el de utilidad (economicismo individualista) o por el del carácter mecánico de los fenómenos sociales (mecanicismo). El prevalecer absoluto de todas estas tendencias y concepciones particulares es precisamente el resultado típico de la concepción individualista y materialista del mundo. Pero el negar las exasperaciones de estos conceptos no quiere decir, en absoluto, afirmar la negación del propio concepto; al menos, según la concepción corporativa que rechaza al individuo como ser unilateral y abstracto, pero asume al hombre como ser universal y concreto. Precisamente la existencia de esta exigencia, típicamente moderna y en absoluto exclusiva de Italia, es lo que ha hecho nacer las corrientes del institucionalismo (Estados Unidos de América: Veblen), del neoclasicismo inglés, del universalismo (Austria), del corporativismo administrativo en Alemania y algunas corrientes francesas que toman como referente a Bodin. Esta exigencia moderna procede a la vez de una necesidad de justo límite y de superación de estos conceptos. De aquí el factor predominante representado por la política –como medio de ordenación, de límite, de orientación y de nuevas síntesis– en el pensamiento moderno. Se trata, por tanto, no de negar la ciencia (por negar el cientifismo), no de negar la razón (por negar el racionalismo), no de negar la producción (por negar el productivismo), no de negar la economía (por negar el economicismo), etc.; sino se trata, por el contrario, de encontrar un punto superior de contacto entre estas elaboraciones científicas, de manera que actúen en una dirección común hacia el objetivo unitario de la nación. Negando, por ejemplo, las abstracciones matemáticas de Walras o Pareto no negamos toda su obra en bloque. Existe un problema de síntesis superior, tal de no excluir completamente el análisis anterior, sino, al contrario (por aquello que se puede salvar a la luz de las nuevas ideas), tal de comprenderlo y extraer de él normas de conducta útiles y principios de actuación.

Es necesario, en otras palabras, elaborar nuevos conceptos, lo cuales, permaneciendo restringidos y poseyendo valor también en cada rama de los estudios particulares, puedan unificarse en una síntesis superior representada por la política y la ética. Por ello, subordinar la economía a la ética y a la política no puede significar solamente una subordinación externa y mecánica, ni tampoco puede significar una negación –a efectos prácticos irreal– de la economía. Debe significar, por el contrario, subordinación íntima, continua (capilar se diría). Y todo esto puede verificarse si no sólo se absorben en la política las conclusiones de la economía (por su naturaleza particularista), sino si el propio realizarse de la economía se sitúa en la política. Hoy el nuestro quiere ser un planteamiento de esta nueva concepción de la economía corporativa.

Las bases del problema económico

Establecido lo que entendemos por problema económico corporativo (mejor adecuación de los medios económicos a los fines nacionales), se trata de ver el planteamiento que más se vincule a la realidad corporativa. La base del problema económico clásico, individualista y mecanicista, es un problema de utilidad (es necesario recordar, en efecto, que los mayores exponentes de las doctrinas económicas clásicas: Ricardo, James Mill, John Suart Mill, hasta Pantaleoni, parten esencialmente, directa o indirectamente, de la filosofía utilitarista de Bentham), por tanto un problema de satisfacción (por consiguiente de bienestar).

Este problema de utilidad no es negado para nada en una economía corporativa, ni tampoco son negados la satisfacción y el bienestar individual. Solamente esta misma utilidad económica, individual o colectiva, está jerárquicamente encuadrada en un sistema (Estado corporativo) que la modifica, ya sea preventivamente (a través de un influjo sobre la situación psicológica del individuo), ya sea durante la actividad económica (a través del ambiente, creado por los organismos corporativos).

Ahora bien, el fin –encuadrado en este sentido– no es ya solamente ni un problema de utilidad colectiva, ni un problema resatisfacción colectiva, ni tampoco un problema de bienestar colectivo, elementos,

éstos, esencialmente económicos, unilaterales e individualistas. Puesto que se refieren al individuo o a la colectividad, considerada ésta, no obstante, únicamente como la suma de los individuos, mientras que nosotros concebimos la sociedad de manera jerárquica y como algo diferente de la mera suma de sus componentes.

Por lo tanto, utilidad, bienestar, hedonismo –en tanto que se puedan, por su propia definición, referir exclusivamente a un individuo o a una suma de individuos– permanecen vivos en una economía corporativa sólo para aquello que concierne al individuo singular o a una colectividad de individual, mientras que es absurdo hablar (en términos rigurosamente científicos), por ejemplo, de utilidad nacional, o, peor, de utilidad social, puesto que aquí entran otros elementos (el político, el militar, el social, etc.) que no permitirían jamás plantear el problema (en una economía corporativa) en términos exclusivamente económicos.

Por esta razón, si hedonismo, utilidad y bienestar continúan estando presentes en una economía corporativa –referidos a individuos o a grupos de individuos– si bien modificados, por otro lado deber ser integrados en otro concepto que, queda claro, no se agota en ellos. Es cierto que el individuo tiende, también en una economía corporativa, hacia su propia satisfacción, pero es igualmente cierto que esta satisfacción, si bien puramente económico, encuentra toda una serie de limitaciones que el propio agente se ha impuesto (a través de los órganos corporativos) voluntariamente y jerárquicamente para alcanzar un determinado fin. Y, en definitiva, este fin transforma (es su expresión, en su desarrollo y en su realización) la figura primitiva del estímulo económico, social, humano, militar etc. La antigua utilidad, aun continuando viva, se transforma en una entidad mucho más compleja y, a la vez, diferente.

Dos ejemplos

Existe ya un ejemplo, quizás demasiado exaltado en superficie, pero en absoluto definido como precisión en profundidad: la autarquía. La autarquía es un concepto que defino como integral, en el sentido que integra corporativamente todos los posibles significados del término en una síntesis que quiere ser superior, es decir, no quiere (y esto es el verdadero sentido de la autarquía tal y como nosotros lo interpretamos) agotarse en la reglamentación, en el freno de los fenómenos del comercio exterior sino que quiere ir más allá, hacia un incremento efectivo de todas las posibilidades nacionales. Por esta razón, encontramos una autarquía económica, una autarquía científica, una autarquía política, una autarquía militar y una autarquía espiritual.

Ahora bien, la existencia de esta concepción superior de autarquía, no quiere decir desvincularse de las exigencias particulares (por ejemplo, ignorar las obras literarias de autores extranjeros, o clausurar los intercambios comerciales con otros países) de carácter cultural, científico, económico, etc., sino que quiere decir, servirse de estos medios particulares para alcanzar mejor nuestro fin. Lo que significa, por ejemplo, tener en cuenta las reacciones puramente económicas que puede provocar una determinada medida autárquica.

Este carácter de multiplicidad de significados, característico de la autarquía, siempre ha hecho y siempre hará difícil el encasillamiento de este concepto en una categoría de pensamiento o en un sistema lógico de ideas. Todas las definiciones de autarquía existentes son evidentemente particulares; y esto es lógico si se mira sobre todo hacia el valor (que no es contingente) de la autarquía y no a su preciso significado (que sí puede ser contingente). Todo esto quiere decir que la autarquía –al igual que otro concepto: el de la justicia social– si bien se puede traducir a términos rigurosamente económicos, no se reduce en su totalidad a la economía, si bien se puede traducir en términos militares, no se puede reducir en su totalidad a una doctrina militar, etc.

Y quiero decir una cosa que, a mi juicio, es fundamental y que ya fue escrita por Niccolo Giani: «La nomenclatura cuenta poco. Por el contrario, lo que importa es que se trate de idea-fuerza, es decir, de principios vitales vivos». Comprendidas claramente por todos y, a la vez, capaces de proponer a los

estudiosos los más arduos problemas de análisis particular, éstas dos: autarquía y justicia social, constituyen términos esencialmente elípticos en el verdadero sentido de la palabra. Forman parte de aquellas ideas-fuerza que animan la síntesis fascista y que permiten adaptarse –fijada la dirección– a todas las posibles situaciones contingentes o históricas ¿Se trata, por tanto, de una negación de la economía o de las otras ciencias en este campo? A mi parecer, no. Más bien creo que este proceso sitúa el problema en su aspecto económico o científico real, planteado según lo asumido anteriormente. Siguiendo las líneas enunciadas, examinamos hoy un nuevo planeamiento del elemento fundamental de toda economía: el problema del bienestar; y entiendo enmarcarlo, según lo que asumo, en el cuadro real corporativo.

Los planteamientos más recientes

A través de las breves notas precedentes, habíamos hecho notar cómo el intento de llegar a la formulación de un bienestar entendido en sentido netamente materialista y económico está fatalmente destinado a fracasar en una economía corporativa. El máximo de bienestar colectivo o de utilidad colectiva constituyen siempre conceptos atomistas y mecánicos que representan, como señala justamente Gino Arias, la negación de la sociedad. Por tanto, no son aplicables al sistema corporativo. Sea porque el ideal del placer no es el ideal del corporativismo, sea porque, como ya se ha dicho, la sociedad corporativa no el la suma de los individuos. Este escollo de la teoría económica resulta de un notable alcance; sobre él se han afanado economistas de prestigio proponiendo soluciones determinadas.

Un intento especialmente notable ha sido llevado adelante por el inglés Alfredo Pigou en su obra The economics of Welfare, en la cual, al concepto de bienestar, que el denomina económico (economic Welfare) contrapone el bienestar compresivo (total Welfare) intentado definir el contenido. Pero la concepción utilitarista y materialista del bienestar por el bienestar, a pesar del esfuerzo por superarla, permanece inmutable y, si Pigou posee el mérito de haber distinguido la colectividad del individuo, se guarda bien de reunir la indagación sobre la «conveniencia» individual y colectiva con la de las finalidades individuales y sociales. Para Pigou, el bienestar económico de una sociedad depende de la importancia del volumen medio de dividendo nacional producido anualmente, de la uniformidad mayor o menor de las partes medias de dividendo nacional distribuidas anualmente, de la constancia obtenida en la producción y la distribución del dividendo nacional. Sobre este punto, Arias hace una crítica muy densa al pensamiento del economista inglés y no cabría disentir de ella.

En resumen, se puede afirmar:

1. El bienestar de una sociedad no puede conocerse sin el conocimiento de sus ordenamientos políticos. 2. El bienestar en sí es una falsa concepción del bien. 3. Es falsa la relación entre bienestar (concepción subjetiva y cualitativa) y cantidad de riqueza (concepción objetiva y cuantitativa. 4. La economía corporativa, afirmando la unidad de la economía nacional, proclama que la coordinación y la subordinación recíproca de las energías productivas no se alcanzan inspirándose exclusivamente en el criterio utilitario e individualista.

Incluso, la óptima distribución de la renta nacional se sustrae a cualquier criterio de valoración política y morar (ejemplo: criterio de justicia social) y toda se vincula al mayor consumo y, por tanto, al mayor bienestar que derivaría de la transferencia de una parte de la renta nacional de los ricos hacia los pobres. Donde se puede observar que el criterio de determinación del bienestar es puramente subjetivo y cuantitativo. Según este párrafo se debería poder medir exactamente las cuotas de bienestar que alcanza un individuo en función de un aumento de la renta y –donde fuese posible– se llegaría probablemente a creer que el bienestar que un individuo A recibe de una cuota de renta X es diferente del bienestar que recibe un individuo B de la misma cuota. Sobre esta posición se ha mantenido, por ejemplo, Fovel, quien resume los objetivos de la economía corporativa en los tres siguientes: máximo bienestar de la

colectividad presente; máxima potencia de la producción; máximo ahorro. El mismo razonamiento –si bien ligeramente atenuado– expone Fanno en su último libro, Introduzzione alla teoria economica del corporativismo.

Eficiencia, bienestar, utilidad

La cuestión es ciertamente compleja y por nuestra parte no nos hacemos ilusiones de que podamos hacer una contribución notable sobre este terreno surcado de mentes ilustres. Pero nos parece oportuno hacer algunas consideraciones de una cierta importancia, dirigidas a transformar radicalmente el marco del problema. El concepto de bienestar es un concepto esencialmente materialista, «sensitivista», individualista. Constituye función de sí mismo. El intento de definir el bienestar social y colectivo sólo se justifica si se admite como postulado que la sociedad sea una suma de individuos. Si se considera la sociedad como algo distinto a los individuos separados, no se puede aplicar ese concepto porque se niega la identidad de fines entre individuo y sociedad. Un solo caso puede admitir que el bienestar colectivo –considerada la sociedad ficticiamente distinta del individuo– sea también el individual: pero es aquel donde el individuo se identifica con el Estado y se está ante el comunismo. Pero partiendo del presupuesto de una sociedad que persiga determinados fines (nacionales) superiores, por importancia y por duración, a los individuales, el significado de bienestar y de utilidad cambia profundamente de naturaleza. Si el fin del individuo debe estar subordinado al del Estado también su utilidad y su bienestar sufren la misma suerte.

Por consiguiente, se debe buscar aquel bienestar para el individuo que lo haga más idóneo para los fines superiores del Estado. Esto no significa identificación del bienestar individual y del nacional, ni tampoco significa la identificación de los fines; significa jerarquía de fines (y, lo que no haremos por falta espacio y no ser el lugar para ello, se podría aclarar esta idea considerando por separado el ordenamiento corporativo en sus órganos y en sus realizaciones prácticas). Ahora bien, el máximo de bienestar para el individuo no es un máximo absoluto, sino que es relativo; el bienestar no es materialista, ni cuantitativamente determinado según una igualdad o desigualdad de necesidades, sino que está cualitativamente determinado según una escala de diversas necesidades, no consideradas por sí mismas (materialismo) sino en función de un deber y de una jerarquía en la sociedad (corporativismo). En este punto, el problema que se plantea es el acoger en el criterio de la distribución el postulado ético de la economía corporativa (fines nacionales). Al igual que en una economía individualista, en la satisfacción del hedonismo individual estaba la asunción del principio ético individualista –es decir, el máximo de satisfacción del individuo– así, en una economía corporativa, en la mejor satisfacción de aquellas necesidades que el individuo experimenta en tanto que parte real, factual, colaboradora de un complejo social que persigue determinados fines, está el asumir el principio ético corporativo.

Otra característica que diferencia completamente los dos conceptos de bienestar y de utilidad está relacionada con el tiempo. El bienestar y la utilidad individualistas son términos estáticos: se refieren a una suma de bienes presentes, no consideran los bienes futuros; dan a cada uno según su producción presente, no por la del futuro. Nuestros conceptos de bienestar y de utilidad son extremadamente dinámicos, consideran el presente y el futuro, el rendimiento del presente y el del futuro.

Por este cúmulo de razones, estos términos no son los idóneos para definir, por ejemplo, la mejor satisfacción de las necesidades de un individuo en un régimen corporativo. Utilidad y bienestar no se consideran en función del sujeto, sino que se emplea un concepto superior que no excluya o niegue, sino que más bien comprenda el bienestar y la utilidad de este sujeto. Y esta cuestión, que –¿Hace falta decirlo?– no es una cuestión de terminología, creemos que se resuelve mediante el empleo de otro término más compresivo y menos subjetivo: se trata del término eficiencia. La ineficiencia de un individuo no puede considerarse

aisladamente, sino que debe ser ambientada en un determinado clima moral, en un determinado estadio de la civilización humana, en un determinado método de trabajo; no se trata de un concepto subjetivo, sino que se debe siempre expresar en función de un determinado fin (que no es el individual, pues, en este caso sería bienestar); no expresa sólo el presente estático, sino también las posibilidades futuras, por tanto es un concepto dinámico.

Sin embargo –lo que nos parece especialmente notable– este concepto no es unilateral como los términos bienestar y utilidad (que deben por fuerza ser individualistas o colectivistas) en cuanto que la existencia de una eficiencia en el individuo presupone el máximo de bienestar y de utilidad compatibles con esta eficiencia, esto es, presupone la existencia de otros fines (los del individuo) distintos de los nacionales, los cuales se consideran y potencian dentro de sus justos límites.

El principio de eficiencia

El concepto individualista-materialista queda automáticamente excluido. En el principio de eficiencia se asume necesariamente un criterio de valoración y de juicio diferente del puramente individual o colectivo, pero queremos llamarlo corporativo (en tanto que este criterio no es solamente ni el del individuo ni el del Estado, sino que es el de los órganos corporativos en su conjunto). Por lo tanto, el fin económico general a buscar será: un máximo de eficiencia de los productores y un máximo de eficiencia de la producción, términos éstos que lógicamente es imposible distinguir en realidad, pro que nosotros distinguiremos sólo por las oportunidades de investigación. No basta, es necesario observar, que el primero y el segundo exigen una valoración que vendrá de los fines nacionales y que no pertenece al ámbito puramente económico. Planteado así el problema, el marco cambia radicalmente, se ha realizado la subordinación de la distribución de la riqueza a los fines éticos y políticos: ahora se puede hablar, por ejemplo, de la igualación de las rentas desde un punto de vista diametralmente opuesto, no se basará ya en la máxima satisfacción de los individuos, sino sobre la máxima eficiencia de los escasos medios utilizados para un determinado fin nacional. El máximo de producción nacional se convertirá en el máximo de eficiencia posible (esto es, el máximo de producción compatible con las exigencias presentes y futuras, compatible con el ideal nacional, con los principios sociales o políticos asumidos y las posibilidades nacionales existentes: Autarquía). El criterio de valoración individual todavía está presente pero sólo en la fase inicial y solamente encuadrado dentro de un determinado «ambiente» que podemos llamar corporativo constituido por los órganos que encuadran, orientan y dirigen la actividad económica del individuo según un determinado fin nacional y social.

Por tanto, al considerar el uso que haremos de los términos tradicionales es necesario tener presente, para no exponernos a fáciles equívocos, esta premisa de principio. Así planteado, el problema de la eficiencia máxima de una economía corporativa, ignorando la economía el resto de aspectos de la eficiencia, vinculados a la educación, la medicina, la técnica, la psicología, se puede ver bajo un doble aspecto: a) Eficiencia máxima de la producción nacional. b) Eficiencia máxima de los trabajadores (entendidos en le sentido corporativo e integral de participantes en la producción).

La primera se obtendrá a través de un máximo de eficiencia en la producción; en su regularidad, en su distribución (conceptos que éstos comprenden: de disfrute autárquico de los recursos del país; de reglamentación y control de la producción; de «óptima» distribución respecto a los fines nacionales y sociales).

La segunda se obtendrá a través de un aumento del rendimiento del trabajo manual y un aumento de las cogniciones técnicas subjetivas (estas dos condiciones significan en otras palabras: a) Bienestar físico-psíquico del trabajador, su «óptimo» tratamiento a efectos de rendimiento, no sólo productivo sino nacional, por lo tanto, demográfico, militar, etc., b) Progreso técnico, por lo tanto, aumento de la capitalización, incremento de

la innovación tecnológica, aumento del rendimiento de la máquina, etc.).

El máximo de eficiencia del trabajador

Ilustrado brevemente nuestro planteamiento, examinaremos ahora (para entrar más en la ejemplificación y para demostrar como prácticamente se introduce de manera directa en la economía la concepción de eficiencia) según sus líneas esenciales el problema del máximo de eficiencia del trabajador (entendido éste en el sentido integral de participante en la producción según la definición de la Carta del Trabajo; trabajo = deber social). Este máximo de eficiencia del trabajador se considera sólo económicamente, obviando los demás aspectos, íntimamente vinculados, de la eficiencia (demográfico, militar, político, social). El máximo de eficiencia del trabajador se sitúa bajo un aspecto unitario con relación al fin y bajo un aspecto complejo con relación a los medios. Los medios económicos para alcanzar este máximo se pueden derivar lógicamente de las consideraciones precedentes. Si, por ejemplo, la desigualdad de las rentas (como es fácil demostrar) lleva a la negación de la eficiencia de algunos trabajadores (desocupados) y a la reducción al mínimo de la eficiencia de otros trabajadores (ocupados por el salario mínimo) sobreviene lógicamente el problema de aumentar el salario de estos trabajadores. Por lo tanto, la transferencia de cuotas de renta desde las clases más poseedoras a las que menos (justicia social). Pero –y esto es importantísimo– desde este punto de vista no es ya el bienestar o la utilidad del individuo lo que se sitúa como fin sino aquel bienestar relativo que permite al individuo alcanzar las condiciones de máxima eficiencia.

La primera conclusión importante que surge de nuestro tema es esta (verdaderamente corporativa): El máximo de eficiencia de los trabajadores no se obtiene con la prefecta igualdad de las rentas: en efecto, en una economía corporativa las necesidades de bienestar del individuo para alcanzar el máximo de eficiencia son relativas a la cualidad, al las funciones y a las posiciones que el individuo ocupa en el cuadro nacional. El problema de la definición de estas cualidades, funciones y posiciones, se convierte en un problema de ordenación resuelto o a resolver por el Estado corporativo. De tal modo, el principio jerárquico fijado en la base de la moral corporativa es plenamente respetado también en la concepción económica.

La segunda conclusión, que nos parece más importante, es que en una economía corporativa la riqueza no es un fin en sí misma sino un medio para alcanzar un determinado fin (función social). De aquí deriva la consecuencia que el rico (empleo la gastada terminología de ricos y pobres porque no se ha encontrado una mejor; en efecto, no creo en una clase de los ricos contrapuesta a una clase de los pobres; creo, por el contrario, en la existencia de un complejo ordenado de categorías sociales distintas de las funciones, de los fines nacionales y particulares, etc.), por muy eficiente que pueda ser por un aumento de sus rentas, no podrá obtener un grado de eficiencia mayor que el pobre que tenga este acrecentamiento. El rico que aumenta su renta no aumenta su productividad en proporción ni tampoco aumenta en proporción su consumo, mientras que el pobre que aumenta su renta, aumenta su productividad y su consumo. Sin embargo –otra consecuencia importante y corporativa– no es el pobre en tanto que pobre, sino que es el pobre en tanto que presente determinadas características el que merece el impulso de eficiencia (por ejemplo: capacidad, inteligencia, requisitos demográficos o políticos, etc.).

La tercera conclusión es relativa a un caso particular de la primera. Las rentas más elevadas pueden actuar en sentido favorable sobre la eficiencia de un trabajador de modo semejante. Esta mayor renta le permite alimentarse mejor, y en consecuencia ser más fuerte; le abren la puerta a nuevas ocasiones de recrearse y de mejorar la su educación; y le ofrecen además indirectamente aquellas ventajas que se derivan de un mayor descanso y de su mejor utilización, puesto que muchas de las cosas que el pobre debe hacer por sí mismo, puede hacerlas realizar por otro si está mejor remunerado. Sobre este tema Hicks (en su Teoría dei salari) hace

unas observaciones que compartimos plenamente. Escribe: «Es bueno que los gastos deban acrecentar el placer de las existencia, pero el placer y la eficiencia (laboral) no van siempre unidos. Después de que los salarios hayan alcanzado un cierto nivel, sólo algunos pocos gastarán los ulteriores aumentos en cosas que desarrollen su eficiencia de trabajadores. Si se aumentan los salarios de un grupo amplio de trabajadores habrá casi siempre alguna reacción favorable sobre la eficiencia; pero cuanto más altos sean los salarios probablemente más pequeña será esta reacción». Exacto. Proceden, en consecuencia, unas consideraciones de orden general.

Admitido que se quiera dar a la eficiencia corporativa del trabajador la máxima valoración posible y nacionalmente útil, es necesario plantear el problema de impedir que un aumento del bienestar material lleve a la disminución de esta eficiencia. De aquí, los problemas colaterales de la formación de una conciencia nacional. De tal manera este continuo mejoramiento de las condiciones materiales no es ya un fin en sí mismo, sino el medio a través del cual se pueden alcanzar integralmente los fines del Estado.

Las conclusiones que hemos sacado de todo esto se encuadran perfectamente en el marco corporativo, lo que demuestra que esta superación de la economía, que no es identificación ni tampoco simple subordinación a la política, se exprese (corporativamente) de la forma más real, se adhiere a la vez a la realidad y a la teoría. Resulta evidente que esta nueva concepción abre posibilidades infinitas, siendo susceptible de aplicaciones más vastas y comprehensivas, tales de poder definir de modo integral y preciso la economía corporativa: economía de eficiencia, y fijando de tal modo a ésta su carácter preciso no sólo en los fines, sino también en los medios. Nos hemos limitado ha ofrecer un primer punto de salida, esperando que éste pueda ser retomado y debatido y hacerlo más extensamente en el futuro.

El principio de reciprocidad de los cambios

Alberto Buela

Hace ya muchos años […] publicamos uno de nuestros primeros artículos sobre la subordinación de la economía a la política donde enunciábamos el principio de reciprocidad de los cambios. Pasados [muchos] años pareciera que todo sigue igual, ni los economistas han acusado recibo de la idea ni los políticos se han honrado en meditarla […]

El asunto consiste en lo siguiente: El proceso económico inicial nos muestra que el hombre puede producir uno o algunos productos o brindar uno o algunos servicios, pero no todos. Y como para vivir se ve obligado a consumir muchos productos o utilizar muchos servicios que él no realiza o produce, el hombre (y la mujer) se ve obligado a intercambiar sus productos o servicios por el de los otros.

De este hecho elemental surge la ley primera de la economía: La de la oferta y la demanda, la que sostiene que existe una relación de mutua dependencia entre el valor de los bienes y la demanda que de ellos se hace. Así, bienes que existen en cantidad reducida y muy demandados suben de valor, mientras que bienes poco demandados y muy ofertados bajan de valor.

En las sociedades donde rige un minimum de justicia los intercambios se realizan entre individuos diversos y bienes diversos y esto no puede ser reglado por la justicia correctiva expresada en la ley del Talión: Ojo por ojo y diente por diente. Por otra parte se necesita algo más que la ley de acero de la oferta y la demanda pues todo cambio económico afecta e implica cambio social.

Así mientras que tanto en la justicia distributiva como en la conmutativa el acto de la justicia aparece representado verticalmente por la acción del juez, en la justicia recíproca el acto de justicia es horizontal lo realizan las partes interesadas o en juego. Aquellas que intercambian.

La justicia correctiva o conmutativa, aquella que regula las relaciones entre las personas privadas hace que los cambios se efectúen según la ley de igualdad aritmética sin consideración de las cualidades o méritos personales (una mercadería y su precio; un trabajo y su salario). En cambio en la justicia distributiva que regula las relaciones entre la sociedad y sus miembros se debería asegurar una distribución de los bienes, proporcional a los méritos y capacidad de cada uno.

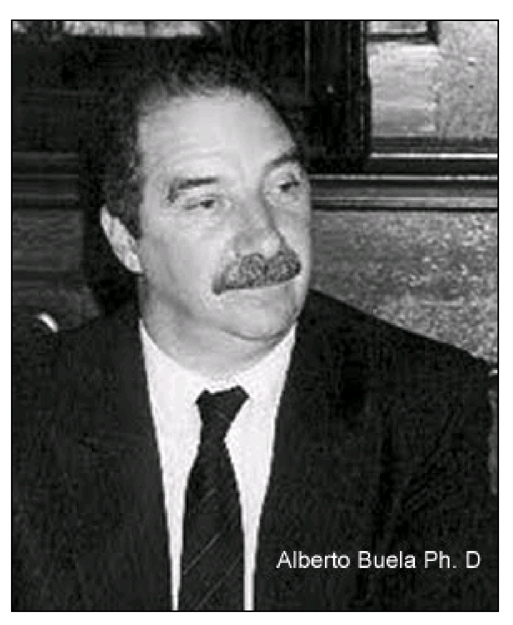
A diferencia de estas dos clases de justicia, la ley de reciprocidad de los cambios que venimos a estudiar acá, enunciada por Aristóteles en su Etica Nicomaquea dice así: "la reciprocidad (de los cambios) debe ser según la proporción y no según la igualdad aritmética" 1132 b 33, nos muestra un aspecto postergado por los economistas profesionales y jueces en lo económico.

La importancia del análisis de la reciprocidad de los cambios para el problema de la justicia económica estiba en que se aplica en transacciones voluntarias, al contrario que la ley del Talión, que se aplica generalmente a transacciones involuntarias.

Es que lo justo en toda transacción económica es que cada parte ofrezca "proporcionalmente" a lo que recibe y no "igualmente", de ahí que es injusto cambiar un paquete de cigarrillos por un automóvil o una computadora por una cerveza, incluso más allá de la razón de necesidad que pueda obligar al intercambio, habida cuenta que cada hombre en el ámbito económico reviste el doble carácter de productor y consumidor.

En el intercambio de bienes económicos el valor del producto o servicio está dado no solo por la calidad y cantidad de trabajo humano para su realización (hecho rescatado por la teoría económica marxista) sino también por la capacidad del bien de satisfacer una "necesidad humana".(verdaderas o, en su defecto, falsas, como son las creadas por la publicidad).

"La ley de reciprocidad de los cambios, decíamos en ese primerizo trabajo, viene a responder a la pregunta que dice: ¿Cómo debe ser el intercambio para que el productor-consumidor tenga interés y posibilidades de seguir produciendo y consumiendo? El cambio debe realizarse de tal manera que al final del mismo tanto el productor como el consumidor, tanto el que vende como el que compra, puedan conservar, incrementado o disminuyendo aquello que tenían antes de la transacción en forma proporcional.



Alberto Buela

Nuestra experiencia en muchas charlas con economistas, recuerdo una con Eric Calcagno, prestigioso economista del campo nacional y popular, quien ante mi ponencia respondió que la economía no se ocupa de los problemas morales, reduciendo así el principio de la reciprocidad de los cambios a un postulado ético. ¡Qué grave error! ¡Qué visión limitada e Ilustrada de la economía! Y eso que se trata de un emblemático economista "nacional", imagínense Uds. qué sucede con los economistas liberales que son mayoría. Con justa razón afirmaba don Arturo Jauretche que: la economía es demasiado importante par dejarla en manos de los economistas.

En nuestro último trabajo *Notas sobre el peronismo*, hemos sostenido que: "Perón

propuso en su libro de economía *Los Vendepatria* la capitalización del pueblo y la morigeración de la ley de oferta y demanda del capitalismo salvaje, por la vieja ley griega de reciprocidad de los cambios, según la cual luego de un trueque comercial justo las dos partes deben quedar en posiciones medianamente equivalentes de las que tenían antes de dicho trato comercial, y no una empobrecida y la otra, enriquecida a costa de la primera".

Así funciona el principio de reciprocidad de los cambios en la economía y si miramos con atención vemos como las leyes recientes de defensa del consumidor y las nuevas secretarías de Estado creadas al efecto se apoyan en este principio fundamental de la economía, ignorado por los economistas.

Si bien, "el verdadero valor de cambio es la necesidad" y la que determina a un bien como "bien escaso", sin embargo, es la moneda la que realiza la intermediación proporcional entre bienes diversos, valorando en tres dólares un café y en diez un almuerzo.

Así la moneda que es una medida convencional viene a traducir la verdadera medida que es: la necesidad, pues "si de nada tuviesen necesidad los hombres, o las necesidades no fuesen semejantes a todos, no habría cambio"

Vemos como el precio según la ley de reciprocidad de los cambios no puede quedar librado al monoteísmo del mercado y su ley de la oferta y la demanda sino que tiene que estar regulado además por la reciprocidad proporcional de toda transacción económica justa.

Y como el valor de los bienes económicos no es un valor absoluto sino relativo en tanto bien útil dentro de ciertos límites, que imponen los fines objetivos de la naturaleza humana, nada impide que los bienes económicos (algunos, sobre todo los estratégicos) sean fijados por una instancia superior jurídica o política en vista a los verdaderos intereses del bien común general del pueblo de la nación.

¿Homo oeconomicus o idiota moral?

Ramon Alcoberro

Uno de los conceptos fundamentales de la economía y de la política liberal es el de «Homo economicus», el sujeto de las supuestas decisiones racionales en una sociedad adulta, donde los individuos son responsables de construir su propio bienestar mediante elecciones reflexivas y calculadas. Las páginas siguientes están dedicadas a analizar la racionalidad y los límites de este concepto, que tantas veces se da por sobreentendido en cursos de sociología y economía, y cuyas consecuencias morales están hoy más presentes que nunca.

En la Antropología del liberalismo hay un concepto fundamental que se ha acabado convirtiendo en una especie de fetiche a la hora de hablar sobre economía y política: «HOMO ECONOMICUS». Mediante esa expresión se designa una abstracción conceptual o, mejor, un modelo y una previsión que hace la ciencia económica sobre el modelo de comportamiento humano perfectamente racional, que es definido por tres características básicas: el «homo economicus» se presenta como "maximizador" de sus opciones, racional en sus decisiones y egoísta en su comportamiento. La racionalidad de la teoría económica descansa sobre la existencia y las "virtudes" calculadoras de ese individuo, que actua en forma hiper-racional a la hora de escoger entre las diversas posibilidades.

El origen conceptual de este «homo economicus» puede situarse en el libro II de LA RIQUEZA DE LAS NACIONES de Adam Smith (1776). Les propongo leer primero un fragmento (es corto, ¡no se espanten!) para analizarlo a continuación. Dice así:

«En todos los países donde existe una seguridad aceptable, cada hombre con

sentido común intentará invertir todo el capital de que pueda disponer con objeto de procurarse o un disfrute presente o un beneficio futuro. Si lo destina a obtener un disfrute presente, es un capital reservado para su consumo inmediato. Si lo destina a conseguir un beneficio futuro, obtendrá ese beneficio bien conservando ese capital o bien desprendiéndose de él; en un caso es un capital fijo y en el otro un capital circulante. Donde haya una seguridad razonable, un hombre que no invierta todo el capital que controla, sea suyo o tomado en préstamo de otras personas, en alguna de esas tres formas, deberá estar completamente loco».

La idea fundamental que rige el comportamiento del «homo economicus» es estrictamente esa: está "completamente loco" quien no maximiza sus preferencias (es decir, aumenta sus ganancias). Y esa maximización puede cuantificarse estrictamente en magnitudes económicas, sea por ahorro, por acumulación o por intercambio. La libertad, si se organiza de forma inteligente, conduce a maximizar la utilidad de los individuos concretos que son considerados a la vez como egoistas y como calculadores.

El «homo economicus» constituye un modelo teórico que pretende explicar cómo actuaría en condiciones ideales el sujeto "perfectamente racional". Un individuo tal sería exclusivo, excluyente e insaciable o, si se prefiere, sería "maximizador" de sus preferencias: actuaría siempre de manera que consiguiera "más" por "menos"; el modelo da por supuesto que todo lo que hacen los hombres tiene sentido en y para el marcado.

Es racional quien toma sus decisiones en términos de "coste de oportunidad": cada opción (estar aquí en vez de ahí, trabajar en esto o en aquello) conlleva, a la vez e inseparablemente, alguna ganancia y alguna pérdida. Pues bien, será máximamente racional quien mejor sepa escoger en términos de oportunidad entre las diversas posibilidades reales que se le ofrecen. Casarse o no, estudiar o no (o hacerlo más o menos años), tener hijos o no (y, en su caso, cuántos), trabajar en una u otra cosa, etc., tiene unos costes de oportunidad que producirán más o menos bienestar.

En esquema, esa hipótesis surge de un razonamiento más o menos fundado en Hume, en Smith y en Bentham (aunque ninguno lo simplificó tanto como luego lo ha presentado un cierto neoliberalismo) que dice así:

1.- Todo hombre busca la felicidad

2.- La felicidad se logra a través de la posesión

3.- Para que sea posible la posesión de un bien se necesita la propiedad

4.- Sólo la propiedad efectiva de un bien permite su intercambio

5.- El intercambio lo garantiza el mercado

6.- El mercado está movido por dinero

7.- El dinero da la felicidad porque permite la posesión.

Como se ve, el cogollo del problema se halla en el significado de la palabra "posesión". Posesión es el remedio a la necesidad material y cuantificable que se concibe como una situación de falta. Resultaría así más feliz quien posee que quien no posee; y se entiende que esa posesión permite subvenir a las "necesidades" de los individuos.

Para comprender la significación del «homo economicus» conviene situarse en la mentalidad empirista del siglo 18. En una concepción del mundo propia de sociedades casi preindustriales, con fuertes déficits de alimentación, de salud y de cultura, podía resultar más o menos claro qué significaba "necesidad" y cúal era la manera de subvenir a ella. Se necesitaba comer, saber y curar; y la forma de hacerlo pasaba por lograr que la economía creciese.

En tiempos de Adam Smith la acumulación de capital era todavía muy rudimentaria –mientras los bienes de la naturaleza parecían inagotables– y eso justificaba socialmente la ideología del crecimiento, sobre la que Marx ironizó que constituía «la Ley y los Profetas» del liberalismo; además la realidad del comportamiento del «economicus» era obvia:

describía un sujeto fácil de encontrar en la tipología de los emprendedores.

Consumir, ahorrar o invertir eran las opciones racionales que según la economía clásica permiten satisfacer necesidades. Pero hoy por hoy podemos preguntarnos si esas tres opciones son necesariamente traducibles a bienes y servicios, o si nuestras necesidades pueden expresarse ya en otras formas. Tal vez hoy a un «economicus» postmoderno y postmaterialista le beneficia más utilizar que poseer. Cultivar relaciones sociales, dedicarse al ocio o colaborar gratuitamente en asociaciones cívicas no pueden identificarse sin más con ninguna de las tres opciones clásicas al alcance del «homo economicus», pero son también acciones que maximizan prefrencias.

Pierre Lévy en su libro WORLD PHILOSOPHIE (2000) llega a suponer que en una sociedad de la información el auténtico «economicus» será el «homo academicus» que pondrá su conocimento en el mercado y establecerá nuevos tipos de relación social basados en la "cooperación competitiva" de las ideas. La competición económica, que exige a la vez colaboración empresarial, se deslizaría así, sin romper con la lógica de la eficacia del mercado, hacia una competición en el conocimiento.

Después del capitalismo "macho" (de los altos hornos al coche) y del capitalismo "hembra" (de la linea blanca y el pequeño electrodoméstico hogareño) hoy vivimos en el capitalismo "narciso" (el del culto al cuerpo, la ideología de la salud, los productos desnatados y descremados). La pregunta es si la racionalidad de este capitalismo postindustrial se sigue planteando en términos de "economicus" cuantitativo, o si se exige al consumo un plus más o menos "estiloso" de calidad, de diseño y de ideas, por encima de la pura acumulación cuantitativa. Tal vez hoy, en sociedades postmaterialistas, lo que se acumula ya no es dinero, sino "sensaciones" o "estilo". De hecho, incluso nuestro ideal de ciencia postmoderno, mucho más escéptico que el del viejo positivismo ("macho"), o que el falsacionismo ("hembra"), quiere tener presente las consecuencias sociológicas y ambientales de nuestras decisiones tecnológicas y no sólo imponerlas despóticamente

En tiempos de Adam Smith el ideal de ciencia era newtoniano: la ley de la gravitación universal aparecía como el modelo de ley física que garantiza el equilibrio. Eso se podía traducir también a términos empresariales: se daba por supuesta la existencia de un equilibrio ideal en la economía (el que establece el mercado) como lo hay en el universo. Smith, y su maestro Hume, eran buenos conocedores de la teoría de las necesidades de Epicuro y creían como el filósofo helenístico que la felicidad se halla en poseer "lo natural y necesario", mientras que aspirar a lo no-natural y no-necesario es fuente de miseria humana y de embrutecimiento.



Hoy, sin embargo, son "lo no-natural" y "lo no-necesario" el motor principal de los mercados en las economías desarrolladas (que hacen crecer la economía, además, a un coste brutal para el equilibrio mental y la felicidad no material de los individuos). De hecho, actualmente menos del 3% de los flujos dinerarios mundiales se dedican al pago de bienes y servicios y más del 95% del dinero que se mueve en el mundo es especulativo; por lo tanto no está nada clara la racionalidad de los movimientos de capitales desde el punto de vista de la economía productiva.

La maximización de las opciones típica del «homo economicus», llevada a su extremo, se vuelve además incompatible con otro elemento nuclear para la existencia del

capitalismo: la confianza. Una broma muy típica entre profesores de economía dice que: «Ninguna "buena madre de familia" permitiría que su hija se casase con un "economicus"». La filósofa feminista Victoria Held se pregunta incluso: «¿Qué sucedería si sustituyéramos el paradigma del hombre económico por el de la relación entre madre e hijo?». Desde un punto de vista estrictamente liberal, la respuesta a esa pregunta retórica sería sencilla: "aumentaría el paternalismo, crecería el chantaje sentimental de los viejos sobre los jóvenes y disminuiría la innovación social". Pero que la pregunta de Held sea demasiado ingénua para un liberal, no significa que deba pasarse por alto una intuición que merece análisis más detallado: con el modelo de "economicus" convertido en dogma para uso de escuelas de negocios, se hace muy difícil mantener los valores morales que supuestamente dan sentido al capitalismo.

Todo el capitalismo se fundamenta sobre la "fiducia" (de donde "finanza") que etimológicamente hablando proviene de la "fide" [fe]. Pero si lo único importante es maximizar mis opciones, entonces podríamos preguntarnos si, contando con una adecuada ratio entre coste y beneficio, no resultaría provechoso engañar a la propia esposa, robar a los proveedores y clientes, o optar por la mentira en la oficina y por el fraude fiscal. Cuando el único criterio de valor es el aumento imparable de "profits", entonces ¿la misma racionalidad de un sistema maximizador basado en el egoismo, no nos llevará necesariamente a preferir el engaño si es útil para mejorar la cuenta de resultados?

Por si fuera poco, la hipótesis según la cual el «homo economicus» expresa la racionalidad estructural del comportamiento humano no acaba tampoco de funcionar. Encontraríamos muy fácilmente elementos emocionales, subjetivos e ideológicos que se imponen sobre nuestras opciones económicas y que "al cálculo resisten". Y, de hecho, el propio John Stuart Mill afirmó que confundir el dinero con la felicidad equivale a tomar la parte por el todo. En el cap. 4 de UTILITARISMO, Mill argumentó que:

«el dinero no se desea para conseguir un fin, sino como parte del fin. De ser un fin para la felicidad, se ha convertido en el principal ingrediente de alguna concepción individualista de la felicidad. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los grandes objetivos de la vida humana –el poder, por ejemplo, o la fama–; sólo que cada uno de éstos lleva aneja cierta cantidad de placer inmediato, que al menos tiene la apariencia de serle naturalmente inherente; cosa que no puede decirse del dinero»

En otras palabras: para Mill el dinero constituye un ingrediente (una parte) de la felicidad, pero no consiste en el único contenido de la felicidad cuya intensidad y permanencia (criterios clásicos de valoración utilitarista) no es realista valorar sólo en términos dinerarios, sino que implica los elementos cualitativos que la naturaleza nos proporciona. En palabras de Mill: «La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas [dinero, poder, fama] son algunas de sus partes [pero] La vida sería poca cosa, estaría mal provista de fuentes de felicidad, si la naturaleza no nos proporcionara cosas que, siendo originariamente indiferentes, conducen o se asocian a la satisfacción de nuestros deseos primitivos, llegando a ser en sí mismas fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos (...) La virtud, según la concepción utilitaria es un bien de esta clase».

Suponer que un individuo es siempre maximizador de preferencias significa considerar que otras opciones virtuosas no económicas (por ejemplo, la pertenencia a una comunidad, la lealtad a unas ideas...) resultarían siempre rechazadas cuando se nos ofrezca alguna otra posibilidad más rentable. Pero, como sabemos, afortunadamente, por muchas experiencias cotidianas, ello no siempre es así: las alternativas comunitarias pueden ofrecer mayor "utilidad agregada" que el individualismo posesivo.

La antropología pesimista del «economicus» no es científica porque no cumple con lo que debe ofrecer una ciencia: no es universal, no vale para todos los

humanos, ni se deba suponer que están "completamente locos" quienes investigan otras opciones, aunque así lo sostenga el texto de Smith... Parece más sencillo proponer la hipótesis de que no todas nuestras preferencias son convertibles en moneda. O incluso, razonando más cínicamente, tal vez habría que suponer que el capitalismo "ya no necesita" que todo sea convertible en moneda. Aceptando que, efectivamente, vivimos en una sociedad de personas inteligentes que toman decisiones racionales, cabe preguntarse ¿por qué debería ser más racional un trabajo agotador encaminado a conseguir sólo "la última moda" que otro más descansado pero con menor remuneración crematística? ¿Es verdaderamente racional ser «homo economicus» para morir de estrés en el empeño?

La sociología nos ofrece dos criterios para evaluar la racionalidad de una decisión. La "racionalidad" puede ser definida en términos de consistencia o de maximización de las decisiones que toman los individuos. El criterio de consistencia supone que yo decido algo porque es coherente con otras decisiones anteriores que ya he tomado y con un conjunto de intereses, grupos y asociaciones, en los que me muevo; pero se trata de un criterio interno, de base psicológica y no contrastable empíricamente. Una decisión puede ser, a la vez, consistente y fracasada.

Por ello, cuando pretendo evaluar si alguien ha logrado éxito al ejecutar una decisión necesitaré disponer de algún criterio externo, objetivable: la maximización del provecho nos ofrece ese criterio intersubjetivamente válido. En tiempos de Adam Smith no existía todavía el concepto de economía hoy vigente (economics) que se basa en el cálculo de utilidad marginal. La disciplina se denominaba entonces "economía política" y Smith no era profesor de economía (por entonces no reconocida aún como disciplina académica) sino de ética. Eso ha sido recordado por A. Sen y sería interesante releer el cap. II del libro Iº de «La riqueza de las naciones» para no olvidar que, por ejemplo, Smith era partidario del "salario mínimo" (cuya sola mención enfurece hoy a los neoliberales) y se indignaba –al contrario de Marx, por cierto– con la explotación inhumana de los mercados asiáticos por el imperialismo británico.

La opción de Adam Smith por la maximización y por el crecimiento como criterio tenían una indudable base moral: se trataba de enaltecer el trabajo productivo, el ahorro y la inversión por encima del consumo (en eso se alejaba de Mandeville, por ejemplo). Distinguir entre "riqueza" (que a Smith no le interesaba excesivamente en sí misma, sino como instrumento para hacer cosas) y "crecimiento" (que para él constituía un elemento necesario para evitar la pobreza) era en lo básico una innovación conceptual útil para la economía pero desde su óptica resultaba inseparable de una opción moral, porque sin crecimiento económico no hay oportunidad para los pobres.

En la sociedad industrial el crecimiento económico, que es el objetivo que justifica la actuación del individuo maximizador y racional, constituía la única manera de evitar que los pobres fuesen cada vez más miserables y que los salarios disminuyesen en su poder de compra. "Crecer" es como la varita mágica de la economía; el crecimiento puede compararse a la acción de la fuente y de lluvia con respeto al rio: si la fuente se seca y no llueve (crecimiento) el rio (riqueza) simplemente se secará.

Pero hoy no estamos en el siglo XVIII, tenemos Internet y robótica a precios ridículos: nos dirigimos a una sociedad de la información que aspira a ser "sociedad del conocimiento". Así que la pregunta es obvia: ¿crecer o distribuir? El «homo economicus» del liberalismo se ha ido convirtiendo en un "idiota moral" y en un peligro para la economía real, e incluso para las reglas de imparcialidad que deben presidir la libre competencia en la teoría liberal.

En su única conferencia pronunciada en España, en 1930, Keynes afirmó que:

«Cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los preceptos morales. Podremos librarnos de muchos de los

principios pseudomorales que han pesado durante doscientos años sobre nosotros, siguiendo los cuales hemos exaltado algunas de las cualidades humanas más despreciables, colocándolas en la posición de las más altas virtudes».

La pregunta es un momento tal no ha llegado ya en la hora de la sociedad postindustrial o de la sociedad de la información. Salvar el elemento ético del liberalismo (su valoración del esfuerzo personal, de la libre iniciativa, de la personalidad creadora) tal vez se ha hecho incompatible con una economía especulativa que, a base de buscar un crecimiento desaforado e inmoral, empieza a autodestruirse (y que ahora mismo ha empezando a financiar especulaciones improductivas devorando los fondos de pensiones, es decir, las reservas de futuro de sus propios partidarios). El futuro –sostenible y reformista– del capitalismo tal vez no dependa de la competencia sino de la cooperación competitiva y demanda una lectura cualitativa del concepto de "beneficio", que incluya la responsabilidad social... (es decir, que sea capaz de recuperar la vieja idea "política" de la economía).

Tal vez la hipótesis del "egoísta racional" permitía una evaluación clara de las decisiones racionales para sociedades de escasez. Pero suponiendo una concepción de racionalidad más amplia, el «homo economicus» debe ser evaluado como una hipotesis errónea: un ser unidimensional o, lo que es lo mismo, un "idiota moral" que nos conducirá directamente al "choque de civilizaciones". Y suponiendo que no sea usted un fanático, un famélico o un farsante, no creo que le guste ver ese escenario de egoismo elemental autodestructivo.

http://www.alcoberro.info/



Por una Economia Mundial con dos velocidades

Guillaume Faye

Dos ideas en perdición: progreso y crecimiento

Esta claro que el "progreso" es una idea moribunda, aunque el crecimiento económico continúa. Pero nadie ve realmente las consecuencias. La creencia generalizada es la del "hoy es mejor que ayer, y mañana será mejor que hoy", gracias a los perfeccionamientos de la tecnociencia y a una supuesta mejora educativa y moral de la humanidad, según el dogma de Augusto Comte y de los positivistas franceses, así como de los progresos de la "democracia". Pero ahora, la evidencia es que el "crecimiento", simulacro contable, evidentemente no conduce a una mejora del bienestar. El declive de la escatología laica heredada del mesianismo cristiano es terrible para la concepción del mundo igualitaria, porque es toda su filosofía de la Historia la que se cae.

Algunos piensan que es una suerte, porque así la humanidad conseguiría más lucidez y sabiduría. ¿Por qué el fin del mito del progreso impediría unas mejoras, un progreso más inteligente, y más igualitario? Este pensamiento, frecuente en los círculos de la "Nueva Izquierda", es erróneo.

El progresismo, pilar y subconjunto del igualitarismo, era una creencia mundial, una religión laica. No se puede "arreglar" un ideal colectivo como una planificación económica. Privada de su base religiosa –la creencia en el progreso como necesidad histórica- esta civilización está declinando. Pero un petrolero que para sus motores emplea mucho tiempo antes de inmovilizarse y derivar hasta los arrecifes.

El historicismo contra el progresismo

La cuestión importante es la siguiente: ¿para qué reemplazar este "progresismo" ya moribundo?

El fiasco del capitalismo liberal por realizar sus objetivos de justicia y de prosperidad generales e iguales para todos, como el hundimiento del sueño comunista que tenía los mismos objetivos, dejan el sitio libre a la invención de una tercera vía. En todo el planeta, diversas formas de regímenes autoritarios o de teocracias fundamentalistas lo han intentado sin éxito, porque una verdadera tercera vía no puede desarrollarse en un régimen sin libertad. Sin embargo, la alternativa al progresismo solamente puede ser construida sobre paradigmas inigualitarios, liberados de la visión reductora del hombre como homo œconomicus. Pero la clase intelectual mundial, todavía nostálgica del progresismo y obsesionada por el pensamiento único, -la utopía onírica igualitaria- se agarra al cadáver embalsamado de una idea muerta y hace como si aún estuviese sana.

En lugar de este mundo unificado y liberado de la Historia que debía ser la conclusión lineal y automática del progreso, estamos ante un mundo caótico, multipolar, pero en vías de globalización (por los mercados y las telecomunicaciones), un mundo explotado pero aglutinado, desordenado y laberíntico, un mundo que será cada vez más denso en Historia y en "historias". La línea ascendente del progreso, supuesto que conduciría a la escatología salvadora del fin paradisíaco de la Historia, es sustituye por el río sinuoso, aleatorio y misterioso de esta última.

Hundimiento del paradigma del "desarrollo económico"

Revolución mental. Se han dado cuento, sin atreverse decirlo, que el antiguo paradigma: "la suerte de la humanidad, individual y colectiva, está mejorando cada día, gracias a la ciencia, a la democracia y a la emancipación igualitaria", era falso.

Esta época se ha acabado. La ilusión cae. Esta mejora (discutible según algunos, como Illich) ha durado un pequeño siglo. Hoy, los efectos perversos de la técnica de masas empiezan a sentirse: nuevos virus resistentes, contaminación de los alimentos industriales, agotamiento de los suelos, degradación general y rápida del medio ambiente, invención de armas de destrucción masiva que se suman a las armas nucleares, etc. Además, la técnica entra en su época barroca. Las grandes invenciones fundamentales ya fueron hechas a finales de los años cincuenta. Los perfeccionamientos practicados después traen cada vez menos mejoras concretas, como motivos decorativos inútiles sumados a la superestructura de un monumento. Internet tendrá menos efectos revolucionarios que el telégrafo o el teléfono: es el perfeccionamiento de una pancomunicación ya existente. La tecnociencia sigue la ley energética de los "80-20": al inicio, se necesita 20 unidades de energía para obtener 80 unidades de fuerza; después, se necesita 80 unidades de energía para solamente producir 20 unidades de fuerza.

Objeción posible: ¿el pesimismo no exagera, las consecuencias negativas del progreso y del crecimiento mundial?

Respuesta: no. Contrariamente al discurso pomposo de Jacques Attali, el despegue económico de Asia no es una causa buena para la humanidad. La cuenta sería particularmente hinchada en términos de exacerbación de las concurrencias con los países industriales. Tal despegue se enfrentaría rápidamente al un umbral ecológico de tolerancia, y provocará disturbios sociopolíticos, incluso militares, masivos. La misma catástrofe cambiará el modelo general económico actual, en lugar de la voluntad de los dirigentes.

En realidad, algunos efectos positivos del crecimiento económico mundial son efímeros y frágiles, portadores de fuertes contrapartidas.

La universalización de la tecnociencia hace pagar cada uno de sus avances con un retroceso. La esperanza de vida crece (pero ya empieza a entancarse o a regresar en muchos países), ¿pero la vida es más armoniosa y con menor angustia? Los medios de destrucción masiva por las armas

atómicas, bacteriológicas y genéticas se desarrollan. La agricultura está mejorando, pero a medio plazo el retorno de las hambrunas amenaza a una humanidad pletórica, enfrentada al agotamiento de los suelos, a la deforestación tropical, a la disminución de las superficies laborables y al agotamiento de la fauna halieútica oceánica.

El efecto perverso ha sido incubando durante veinte o treinta años, pero, después de una fase ilusoria de mejora de las condiciones de vida (que se está acabando actualmente), golpea. La intensificación del volumen de las producciones y de los intercambios acentúa las cooperaciones, pero multiplica las causas de conflicto y los chauvinismos nacionales; y suscita en todos sitios unos cortafuegos de fanatismos integristas. La comunicación se ramifica en todo el planeta, pero el individuo está solo frente al Estado y las comunidades se desesperan.

El modo de vida urbano y técnico concierne a un 70% de la humanidad, pero en los países del Sur, las ciudades son un infierno de violencia, de miseria y de caos humano. ¿Sabemos que, en proporción, los hombres que viven en la miseria y la precariedad son más numerosos actualmente que antes de la Revolución Industrial? La medicación se extiende, pero provoca una explosión demográfica y desarrolla nuevas formas de virus resistentes, que se desplazan con las migraciones. El nivel de consumo energético crece, pero el medio ambiente se degrada y la amenaza de hundimiento ecológico se concretar. El campesino africano o brasileño dispone de maquinas para labrar pero, destruyendo las selvas, está programando la desertificación y las futuras hambrunas. Al final, después de un tiempo de latencia, el progreso, el crecimiento, la extensión incontrolada de la tecnociencia ven sus objetivos invertirse y nacer un mundo más duro de aquel que la gente quería transformar y mejorar.

La muerte anunciada del desarrollo económico mundial

La objeción seria a los intelectuales angelicales es la siguiente: nunca se podrá impedir a los países pobres o en "vía de industrialización" –que buscan industrializarse y enriquecerse por todos los medios- que sigan la vía de Occidente y de la "religión mundial del PIB creciente". De otra forma, ¡qué injusticia...! Claro, pero sin embargo los sueños y las esperanzas históricas no están determinados por resortes morales, sino por umbrales de imposibilidad física. Es la lógica de la catástrofe la que limitará las ambiciones de "desarrollo" de los países del Sur. Estos últimos, particularmente en Asia, todavía no han tomado conciencia de los desengaños del progreso. Con retraso sobre Occidente, todavía son positivistas, sujetos al universalismo igualitario que están descubriendo. Quieren hacer como el Norte, obtener su trozo del pastel. Desgradaciamente, es demasiado tarde. La crisis financiera asiática fue la primera señal. Nunca el planeta –y en consecuencia la humanidad- no podrá soportar el desarrollo tecno-industrial de Asia y de África hasta el actual nivel de los países del Norte. Creerlo, es entrar en este síndrome actual de la creencia en los milagros, propio del universalismo. La industrialización masiva de los "países emergentes" será físicamente imposible, por agotamiento de los recursos escasos y la destrucción de los ecosistemas. El Club de Roma ha tenido razón con cincuenta años de adelanto.

Pero hubo unos africanos en los años sesenta, como el Sudafricano Kredi Mutwa, que ya decían que las sociedades tribales precoloniales, eran mucho más agradables para vivir que las sociedades africanas actuales, fracasos totales, nacidas de una imitación fracasada, de un mal trasplante del modelo europeo que les es totalmente extraño. Después de todo, ¿por qué el conjunto de la humanidad desearía ir hasta Marte, circular a 500 km/h en trenobúses, volar en aviones supersónicos, comer helados en verano, vivir cien años, discutir por Internet, visionar series de t.v., etc.? Esta excitación solamente pertenece a algunos pueblos y grupos, y no puede comunicarse al conjunto de la humanidad. También en Europa y en los Estados Unidos, el modo de vida tecno-industrial podría, en caso de cambios estructurales mayores, solamente

aplicarse a una parte de la población. Pero, en este momento, nace una nueva objeción, avanzada por los medios tecnocráticos: no se puede luchar contra los efectos perversos de la técnica. Se puede descontaminar, encontrar nuevos recursos; es una cuestión de acuerdo y de voluntad. ¡Qué optimismo! Pero solamente son palabras. Este sistema es coherente en su lógica global y no es autotransformable. Es, en el sentido propio, incorregible. Se tiene que cambiar.

Además, el nuevo sistema se impondría él mismo, durante el caos. Se tiene que ser concreto y dejar de soñar despierto en las pajas mentales de pseudoexpertos, verdaderos impostores. Ninguna de las resoluciones de las Conferencias de Río y de Tokio -sin embargo, muy insuficientes- ha sido seguida. La naturaleza que los tecnócratas querían domar y obligar masivamente, tanto bajo su forma molecular y viral como bajo su forma terrestre, reacciona con violencia, por consecuencia, después de un periodo de afasia. Las certezas colectivas dejan el sitio a las dudas y a la angustia.

Un nuevo nihilismo aparece, muy pesado porque está desesperado, muy diferente de las filosofías del declive y de las profecías reaccionarias de la decadencia que solamente eran un progreso invertido y un pasadismo. Ahora, son las filosofías de las catástrofes las que van imponerse. La incertidumbre está presente y su halo inquietante tira de la sombra sobre la tecnociencia que la gente creía predecible y domable, cosa que no es. Heidegger que tenía razón contra Husserl y los racionalistas. La alegoría judía del Golem que era justa.

Hacia una "fractura civilizacional"

¿Pero qué nuevas ideologías o tipos de organización social, político o económico, podrían remplazar a los de la búsqueda del progreso y del individualismo? ¿Las teocracias, como ocurre ya en varios países islámicos?

Notamos en primer lugar que una ideología no progresista y que rechaza el igualitarismo no forzosamente es injusta, cínica o tiránica. Son los igualitaristas quienes, conscientes del fracaso de sus proyectos de justicia y de humanidad, diabolizan a sus adversarios de esta manera. Una nueva visión inigualitaria del mundo tendrá que ser concretamente antropófila cuando el igualitarismo solamente era idealmente humanitario. Evidentemente, este fin del progresismo también es el del idealismo racionalista hegeliano. Ya, espontáneamente, varias ideologías desordenadas e irracionalistas están desarrollando en todos sitios pensamientos anticientíficos y antiindustriales, que han llegado a inquietar a los firmantes de la petición de Heidelberg.

Pero cuidado: la ciencia y la civilización industrial no van a desaparecer remplazadas por culturas mágicas. La tecnociencia continuará su existencia y desarrollo, pero cambiará de sentido y de ideal. En poco tiempo, el crecimiento económico mundial va a encontrarse ante el hecho de barreras físicas. Es físicamente imposible realizar el ideal del progresismo: la sociedad de consumo tecno-científica para unos diez mil millones de hombres. Cuando el sueño se hunda, otro mundo nacerá.

Unos escenarios, menos irreales que el programa de un desarrollo económico mundial infinito en el cuadro de la ONU, proyectan la coexistencia de la globalización, del fin del estatismo y de la fractura civilizacional del planeta que será sufrida pero no escogida. Según este escenario, la nueva división del planeta ya no se efectuaría entre Estados políticamente independientes, sino entre tipos de civilizaciones. Coexistirían los que conservarán el modo tecno-científico e industrial de existencia (pero con otros valores) y los que volverán a las sociedades tradicionales, quizás mágicas e irracionales, de débil nivel energético de depredación, de contaminación y de consumo.

Las economías tradicionales no son "subdesarrolladas"

Los progresistas replicarán que es un escenario de retorno a un tipo de subdesarrollo voluntario. Los superdotados, arriba, y los subdotados, vegetando debajo.

Este concepto del subdesarrollo es inocuo y estúpido. Es una invención del progresismo para significar que solamente es humano y lícito el modo de vida industrial. Una sociedad rural tradicional no-tecnómorfa no es, en ningún caso, bárbara y "subdesarrollada". En la visión inigualitaria y orgánica del mundo, no hay solamente un eje único de "desarrollo", sino muchos. El verdadero "subdesarrollo, o más exactamente la verdadera barbarie, es el progresismo: son los excluidos del mundo de vida industrial, que han abandonado las sociedades tradicionales de débil crecimiento demográfico por un espejismo, y que se apiñan en las megapolis superpobladas de los países del Sur, transformadas en infiernos humanos.

De otra parte, los miembros de una sociedad tradicional poco monetizada no son más "pobres" ni más desgraciados que los habitantes de Nueva York o de París, superequipados, aunque su medicación y su esperanza de vida sean menores. En tercer lugar, es necesario decir que esta posible escisión socioeconómica de la humanidad durante el Siglo XXI no será el resultado de una planificación voluntaria, sino obra de los efectos de la catástrofe, por el hundimiento caótico del sistema actual.

¿Cómo hacer coexistir varios tipos de sociedad? ¿Los de abajo no querrían imitar otra vez a los de arriba y "desarrollarse"? No forzosamente. De una parte porque el recuerdo del fracaso de la universalización de la sociedad industrial y de la tecnociencia aparecerá como una Edad Negra (como actualmente el comunismo en la Europa central y oriental), y de otra parte porque estas comunidades neotradicionales estarán dotadas de fuertes ideologías irracionales o mágicas que santificarán su modo de vida.

Los que conservarán el modo tecnocientífico de existencia podrán perfectamente vivir en una economía globalizada, pero mucho menos pesada en volúmenes de intercambios y de producciones que la de hoy, y de facto mucho menos contaminante, porque ya no concernirá más que a una pequeña minoría de hombres. Esta minoría ya no estará animada por la escatología del progreso, sino por la necesidad de la voluntad.

La economía tecno-científica solamente es viable en un mundo inigualitario sin universalismos

Después de la inevitable catástrofe del inicio del Siglo XXI, se tendrá que construir pragmáticamente una nueva economía mundial, con un espíritu libre de toda utopía, de todo ideal inaccesible, y sin espíritu de opresión o de neocolonialismo contra la parte de la humanidad que habrá vuelto a las sociedades tradicionales. La concepción de la Historia ya no sería el idealismo progresista, sino una visión realista, concreta y aleatoria de la realidad, de la naturaleza y del hombre. El voluntarismo, pensamiento de lo concreto y de lo posible, se opone al idealismo de la civilización actual, fundada sobre la abstracción de fines irrealizables. Las esferas tecno-científicas compartirían con las neoarcaicas una concepción del mundo inigualitaria y naturalista, los primeros en la racionalidad, los segundos en la irracionalidad.

Evidentemente, algunos temerán que la muerte de la idea de progreso y la nueva organización del planeta pongan fin a toda racionalidad y destruyan tanto la ciencia como la producción industrial... ¿Una regresión general de la humanidad?

Existe un prejuicio corriente que afirma que la tecnociencia está fundada naturalmente sobre un zócalo progresista e igualitario. Es falso. El fin del progreso, el fin del sueño de universalizar la sociedad de consumo industrial, no significa la disolución de la tecnociencia y la condena del espíritu científico. La tecnociencia ha sido pervertida por el universalismo igualitario de los Siglos XIX y XX, que ha querido extenderla hasta la desmesura.

Los que continuarán adoptando la civilización tecno-científica, globalizada pero numéricamente restringida, la fundarán sobre otras bases de pensamiento que el frenesí de consumo, la universalización y el hedonismo generalizado del progreso-desarrollo.

Y será más fácil, porque el verdadero fundamento de la ciencia y de la técnica es fundamentalmente inigualitario (ciencias de la vida), poético y aleatorio. El verdadero científico sabe muy bien que su pensamiento únicamente progresa cuando se destruyen las certezas. Su racionalidad es un medio y no un fin; sabe que nunca llega a mejoras cualitativas a causa de las consecuencias de sus descubiertos; sabe que la experimentación técnica es apertura a lo imprevisto: riesgos incrementados, aumento del campo de lo aleatorio y opacidad ante el futuro. Al contrario, en las sociedades tradicionales, el futuro es previsible, porque la Historia es vivida cíclicamente. El progresismo lineal sería reemplazado en las zonas neotradicionales por una visión cíclica de la Historia, y en las zonas tecnocientíficas por una visión aleatoria y "paisajista" de la Historia (la "concepción" esférica y nietzscheana de Locchi). La Historia se desenrollaría como un paisaje: una sucesión imprevisible de llanuras, de montañas, de bosques, sin legibilidad racional.

Esta escisión de la Historia y del destino incrementa la libertad, la responsabilidad y la lucidez de los que la comparten. Ellos analizan con rigor la verdadera naturaleza de lo real y del tiempo, sin sueños utópicos, conscientes de lo aleatorio; desplegando su voluntad para realizar sus proyectos, que son ordenar la sociedad humana lo más conforme a la justicia, al reconocimiento del hombre tal y como es.

La economía neoglobal después de la catástrofe

Según esta idea, la futura economía mundial a dos velocidades será "globalizada", pero ¿cómo definir este concepto de "globalización" con relación al universalismo? ¿Son realmente oponibles? Sí.

El universalismo es un concepto infantil. Fundado sobre la ilusión cosmopolita. El globalismo es una idea práctica: existen redes planetarias de información y de intercambios, pero conciernen a una pequeña minoría de los humanos. La universalización es la ambición de extender mecánicamente a todos los humanos un modo de vida único, de consumo industrial y de vida urbana. La universalización es perfectamente compatible con el estatismo, y el igualitarismo es su motor. Todos los miles de millones de átomos humanos vivientes deben ser convertidos a la misma regla de vida, la del reino de la mercancía. La globalización describe, al contrario, un proceso de planetarización de los mercados y de las firmas, de internacionalización de las decisiones económicas y de los actores mayores, pero no tiene ganas de ser universalista y puede perfectamente tolerar que muchos miles de millones de humanos readopten diferentes modos de vida tradicionales. De otra parte, y este es un punto capital, la globalización también es asociable con la construcción de bloques semiautárquicos (autarquía de los grandes espacios) a escala continental, practicando sistemas económicos diferentes.

Después del fracaso del progresismo económico y del universalismo consumista, se podría dejar subsistir perfectamente una economía global planetaria (incluso reforzada) que no tendrá la ambición de concernir a todos los humanos, sino concentrarse a una minoría internacional. Hablamos de un escenario para después de la catástrofe, muy realista, porque la tecnociencia y la economía industrial de los mercados no podrán ser olvidadas –ya están demasiado implantadas y en vía de globalización. Pero la universalización de la sociedad industrial a todos los individuos será abandonada, porque es energética, higiénica y económicamente imposible. La economía "neoglobal" para después de la catástrofe será planetaria en cuanto a sus redes, pero de ninguna manera universal. Esta desigualdad congénita permitirá, por la disminución general del consumo energético, la parada de la destrucción del ecosistema y su reconstitución, la mejora del cuadro de vida de todos los pueblos.

Evidentemente, el PIB general de la economía mundial se estrechará considerablemente, como un balón que se desinfla.

Se objetará que el estrechamiento del PIB mundial desecará los recursos fináncieros y hará imposibles las inversiones de

"economías de escala", porque la economía industrial ya no concernirá más que a una pequeña fracción de la humanidad y que, de hecho, los mercados y la demanda se retractarán en grandes proporciones... Esto sería olvidar que esta economía podrá quitarse tres pesos considerables: una menor contaminación que restringirá el enorme volumen de costes externos que conocemos actualmente; el peso de los préstamos a los países "en vía de desarrollo", que ya no existirá porque este objetivo de desarrollo será abolido; los costes de los Estados-Providencia se hundirán porque desaparecerán los presupuestos sociales masivos, inútiles en el cuadro de un retorno a las economías de solidaridad y de proximidad, de tipo neomedieval.

Evidentemente, existe otra solución: guardar el universalismo, en el cuadro de una baja del nivel de vida y del consumo energético de los países ricos para preservar el medio ambiente. Países ricos que compartirían sus riquezas con los países pobres para compensar la industrialización de los "países emergentes". En esta perspectiva astuta y lógica, la de los ecologistas, la solución sería más igualitarismo ...

Pero esta hipótesis es totalmente fantasiosa, idealista e inaplicable. En la Historia la racionalidad nunca ha triunfado. ¿Podemos imaginar que los Norteamericanos renuncien voluntariamente a sus coches y acepten pagar un 100% de impuestos suplementarios para ayudar los países del Sur? Es de risa...

Dicho esto, en el escenario de escisión económica del planeta, unas grandes zonas y fracciones de población en el seno de los países industriales del Norte podrán perfectamente volver a los modos de vida económicos tradicionales de débil nivel energético y centrados sobre una economía rural de subsistencia diversificada.

Una economía inigualitaria

Lo que debe comprenderse es que si la tecnociencia ha tenido efectos desoladores, es porque estaba dirigida por el progresismo universalista igualitario, y no en razón de sus defectos congénitos, contrariamente a lo que creen los tradicionalistas de derecha o los ecologistas dogmáticos. Al haberse extendido desmesuradamente el modelo tecno-científico, se le ha atribuido el don imaginario de acarrear per se, milagrosamente, una multitud de buenos efectos, que ahora está desencantado. En realidad, la tecnociencia, es por naturaleza, propia para efectos solamente a una minoría de la humanidad. Es demasiado devoradora de energía como para generalizarse.

Claro, las bellas almas reprocharán a esta tesis preconizar la exclusión generalizada. Otro concepto parareligioso, hijo de las mentalidades reduccionistas, convencidas que el modelo actual de desarrollo es el único moralmente legítimo para todos.

En realidad, la "exclusión" de las sociedades neotradicionales de la esfera tecno-científica se combina con la exclusión de esta última del mundo neotradicional. Se tiene que abandonar el prejuicio según el cual las sociedades tecno-científicas están "desarrolladas" en relación con las sociedades tradicionales. Es el mito del salvaje de tipo racista.

Las comunidades neotradicionales no estarían, en la hipótesis del escenario precedente, inferiorizadas o subdesarrolladas. Vivirían según un ritmo de otra civilización, y probablemente mejor que ahora. Esta imposibilidad de abandonar los dogmas y los paradigmas progresistas e igualitarios, de imaginar otras soluciones socioeconómicas, es caracteriza toda la clase intelectual occidental.

Pascal Bruckner, por ejemplo, en un artículo publicado en Le Monde, empieza por reconocer el desencantamiento y los fracasos del Progreso, y admite los efectos perversos de la extensión a la Tierra entera de la técnica. Pero añade ingenuamente: "Contrariamente a las esperanzas del Siglo XVIII, el progreso técnico nunca es sinónimo de progreso moral. Pero, por lo menos, disponemos de una guía para la acción: los valores democráticas heredadas del Aufklärung, traducción del mesianismo de los Evangelios y de la Biblia". Esta lengua de leña indigente quiere realmente decir: contra los efectos perversos del progresismo

técnico, heredado del Aufklärung, volvemos... a la filosofía del Aufklärung. Qué imbecilidad ideológica... Bruckner no ve que es precisamente el universalismo progresista igualitario de los Evangelios, reforzado por la ética protestante y la filosofía del Aufklärung, el que ha extendido desmesurada y masivamente la tecnociencia a la Tierra entera, como un motor loco, en lugar de limitarla a unas zonas determinadas.

La tecnociencia como alquimia esotérica

En este nuevo tipo de organización mundial, la ciencia y la tecnología serán confidenciales, como formulas alquímicas, reservadas a una minoría de humanos capaces de domarlas. Efectivamente, debe hacerse salir a la tecnociencia de la mentalidad racionalista... liberarla de la utopía igualitaria que presume que conviene a toda la humanidad.

Sería lógico, en un escenario para el después de la catástrofe, cuando los dirigentes comprendan por fin los peligros de la extensión infinita de la ciencia, de la técnica y de la economía industrial, la nocividad del intercambio incontrolado de informaciones (el exceso de comunicación), que el mundo vuelva a una visión iniciática y esotérica de la tecnociencia, para preservar a la humanidad de los peligros de su desbordamiento masivo e incontrolado.

El ideal sería que esta civilización tecno-científica, muy arriesgada, pero congénitamente enlazada al espíritu de unos pueblos o grupos humanos minoritarios dispersados sobre toda la Tierra, quede encuadrada de forma esotérica. La tecnociencia no puede ser un fenómeno de masas, un fenómeno “abierto”. El planeta rechaza esta hipótesis. Solamente es viable para un 10% o un 20% de la humanidad. Para algunos, la sabiduría y la certeza naturalista de la reproducción de la especie, del tiempo cíclico, del bienestar agrario y tribal de las sociedades tradicionales estables. Para los otros, la tentativa y las tentaciones de un mundo global e historicizado. Para algunos, Guénon, para otros, Nietzsche.

La Economia Local contra la Economia Global

Edward Goldsmith

De momento, debería estar claro que nuestro entorno es cada vez menos capaz de sostener el creciente impacto de nuestras actividades económicas. Por todas partes los bosques están desforestados, las tierras de cultivo sobreexplotadas, los acuíferos extenuados, los recursos marinos casi agotados, y concretamente todo el entorno terrestre y marítimo está contaminado con venenos químicos y radiactivos. Aún peor (si es posible) nuestra atmósfera se está volviendo cada vez más incapaz de absorber los gases que agotan el ozono o los que producen el efecto invernadero, gases que están generados por nuestras actividades económicas que crean nuevas condiciones climáticas a las cuales el hombre no puede adaptarse indefinidamente.

En tales condiciones, solo hay una manera de mantener la habitabilidad de nuestro planeta, y es reducir metódicamente el impacto de nuestras actividades económicas. Desgraciadamente, si embargo, ese proceso al que denominamos "desarrollo económico", al cual estamos totalmente atados, implica aumentar sistemáticamente este impacto.

Esto implica que solo podemos mantener la habitabilidad del planeta cambiando la dirección en la que se mueve nuestra sociedad. Este es un objetivo importante, puesto que significa modificar nuestra sociedad organizada, atomizada, como ahora, hacia una organizada en corporaciones e instituciones de gobierno que, por su propia naturaleza, estén comprometidas con el desarrollo económico. También significa modificar la visión del mundo en la que hemos estado imbuídos, una visión que se refleja fielmente en los

paradigmas de la ciencia y de la economía moderna, a la luz de los cuales el desarrollo económico es visto como proveedor de una verdadera panacea para todos nuestros males, sean estos biológicos, sociales, ecológicos o económicos. En vez de esto, deberíamos tratar de crear una sociedad descentralizada en la que la actividad económica sea dirigida a una escala mucho menor, usando métodos de producción menos energéticos y que utilicen los recursos de manera menos intensiva, para abastecer un mercado local, o a lo máximo regional. Una sociedad que esté empapada de una visión del mundo en la que el bienestar humano esté asegurado por la conservación de nuestro medio ambiente social y ecológico.

Todo esto ha estado bastante claro para los más concienciados miembros del movimiento ecologista desde sus inicios en los años 60, pero muchos de ellos no lo manifestaron explícitamente, por miedo a ser ridiculizados, especialmente durante la euforia tecnológica y económica de la era Reagan-Thatcher. Sin embargo, la situación ha cambiado repentinamente, y está cambiando tan deprisa que, como trataré de demostrar, el desarrollo de tal sociedad se va a necesitar, no solo por razones ambientales, sino para prevenir la desintegración de la sociedad, el hundimiento del estado y el colapso de la economía formal.

Desde el punto de vista de la habitabilidad de nuestro planeta, esta es ciertamente una buena noticia, pues significa que la justificación de la economía localizada no necesita ser exclusivamente medioambiental, un argumento que la mayoría de la gente encuentra distante y abstracto, sino que se puede hacer socioeconómico y por lo tanto está más directamente relacionado con sus intereses cotidianos.

El problema socioeconómico más evidente que se ha agudizado es el crecimiento del desempleo. Hoy (agosto de 1993) hay 17 millones de desempleados en la CE. De acuerdo con los comisarios europeos (Bernard Cassen, 'La Societé Sacrifiée au Libre Echange',Le Monde Diplomatique, julio, 1993) se espera llegar a los 19.2 millones a finales de este año y a 24 millones al finalizar el año 1994. En la Europa del Este era solo el 3.4% en 1989 pero con la apertura de la zona al mercado libre, el desempleo ha escalado y se espera que crezca hasta un 20% durante el año 1994. En Africa Subsahariana, ya alcanzaba el 18 por ciento en 1980 y se predice que llegará al 31% en el año 2000. De este modo tenemos un problema global - excepto en el Suroeste asiático, una zona donde se está fraguando un boom económico temporal- con unos terribles costes sociales y ambientales. De acuerdo con el Dr Mahhub Ul Haq, que ha publicado recientemente el 4º Informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano, se necesitarán, en todo el mundo, más de 1000 millones de nuevos puestos de trabajo y no está claro como se va a conseguir.

Hoy se atribuye este problema a la recesión, y de esta manera al lento, y en algunos países negativo, crecimiento del PNB. Pero esto no es realista, pues hace 20 años que se tiene claro que el crecimiento económico no podría proporcionar empleos a la escala requerida. Un estudio de la OCDE de 1973, por ejemplo, concluía que para eliminar el desempleo y el subempleo en la India dentro de una década, se requeriría un crecimiento de un 30 o un 35% anual, a todas luces imposible.

Un estudio de la Organización Internacional del Trabajo hacía énfasis en que "no hay la menor esperanza de que la economía occidental pueda crear las bases para asegurar empleo para los más de 184 millones de desempleados de la India durante los 27 años que quedan hasta el año 2000. El mismo Banco Mundial reconoció esto ya en 1972 (ver World Bank Development Review, 1972). "Ninguna tasa imaginable de crecimiento de la industria o los servicios puede absorber esta provisión de trabajadores". La única solución, mantenía el informe, era el "desarrollo rural", que fue el tema principal de las campañas durante el período McNamara. El desarrollo rural, sin embargo, fue solo un sueño, puesto que por su naturaleza económica, el desarrollo, la meta global del Banco, solo pudo llevar el vacío a las zonas rurales y la rápida

concentración del grueso de la población en grandes barriadas urbanas. Revitalizar las áreas rurales, si era eso lo que el desarrollo debía hacer, hubiera significado dar la vuelta al desarrollo económico, lo que estaba fuera de toda cuestión.

Al fin los políticos occidentales se están dando cuenta de que no es solo un problema del Tercer Mundo. En Europa, el crecimiento económico, que se está volviendo cada vez más difícil de alcanzar, también está demostrando cada vez menos capacidad de suministrar los puestos de trabajo necesarios. En Francia, por ejemplo, de acuerdo con la Comisión Europea, aún con una tasa de crecimiento de un 2.4 por ciento, el desempleo aumentará desde el 10% de 1993 al 12.6% en el año 2000- una predicción conservadora, pues en el momento de escribir esto la tasa de desempleo ya ha alcanzado el 11.5%.

La seriedad de la situación solo se puede apreciar realmente si consideramos que significa simplemente pobreza material. Un empleo en una sociedad industrial provee algo más que beneficios materiales. También proporciona a la gente, que en una sociedad atomizada ha sido despojada de una familia ampliada y una comunidad cohesionada, un entorno social sustitutivo y, por tanto, un sentimiento de seguridad, una identidad, y todo esto es psicológicamente difícil de prescindir.

No es sorprendente que el desempleo prolongado, y no olvidemos que hoy en la CE el 50% de los parados lo están durante varios años, lleve a toda clase de desviaciones sociales. Las rupturas matrimoniales son las más obvias ya que los maridos desempleados tienden a descargar sus frustraciones y pérdida de autoestima con sus esposas y familias. También conduce a la elevación de las tasas de alcoholismo, drogadicción, y otros males por el aislamiento de las víctimas de un entorno que ha dejado de satisfacer las necesidades psicológicas básicas, así como también a la elevación de las tasas de delincuencia y criminalidad que proporciona una nueva salida a las energías de todos aquellos que no tiene lugar en la economía formal. No es casualidad que la incidencia de todas estas conductas aberrantes esté aumentando rápidamente, ni que sea la más alta entre los adolescentes, especialmente aquellos de grupos minoritarios entre los que el paro es particularmente alto.

Como avisó ya en 1975, Hubert Hill, de la Asociación Nacional para el avance de la Gente de Color (NAACP) (Time Magazine, 17 de marzo de 1975) "La desastrosa tasa de desempleo entre los jóvenes negros es el factor más explosivo entre las múltiples causas de malestar social". Los recientes disturbios de los Angeles solo pueden servir de recuerdo espantoso de las advertencias de Hill, y poca gente puede suponer que serán los últimos y que se ceñirán a Estados Unidos. Ciertamente, la Comisión Europea admiten ya que las tasas de paro que se predicen en la CE plantean un desafío al "buen orden" y a la "cohesión social". El porqué el paro está aumentando es bien conocido, pero generalmente no se aprecia hasta qué punto es inevitable si continuamos con nuestro desarrollo económico y, por tanto, cuán drásticas deben ser las medidas que se tomen para poder controlar la situación.

Una razón es el aumento del número de personas que buscan trabajo. Esto ocurre porque los salarios calculados en términos reales están cayendo a pesar del crecimiento económico, lo que significa que, a la vista del aumento del coste de la vida, un salario por familia ya no es suficiente (una situación a la que se llegó hace años en el Tercer Mundo).

Considérese que en EEUU entre los años 1978 y 1988 se crearon 7.5 millones de nuevos empleos para mujeres, pero para 1988, 18.4 millones de hombres tenían trabajos con salarios a nivel de 1978. Durante la década en cuestión, los salarios cayeron para casi los dos tercios de los trabajadores de EEUU, hombres y mujeres; y no debemos olvidar que los 80 fueron uno años de crecimiento económico sin precedentes (y también irrepetible) (Edward N. Luttwark, Centre of Strategic an International Studies, Washington).

En la CE la situación es similar, y como consecuencia de esto, las mujeres casadas

deben salir a trabajar como sus maridos. En el Reino Unido, solo estaban empleadas el 9.6 de las mujeres casadas en 1911. En 1971 el dato era del 42.3%. Hoy es más alto todavía y sigue aumentado. De acuerdo con la Comisión Europea, se requerirán 42 millones de nuevos empleos para el año 2010 para hacer frente al crecimiento de la fuerza de trabajo de la CE.

Si el número de personas que buscan trabajo debe aumentar, la disponibilidad de puestos de trabajo disminuirá. Esto es porque es económico sustituir gente por máquinas - uno de los métodos básicos de asegurar el desarrollo económico, un proceso que ha llegado ya tan lejos en la agricultura que en EEUU se alcanza la producción masiva con solo el 2% de su fuerza de trabajo. En las industrias norteamericanas más importantes, aunque la producción se incrementó en un 4.5% entre 1950 y 1970, no proporcionaron nuevos empleos de ninguna clase ('Dollars and Sense', Envirmentalist for Full Employment, septiembre de 1976).

En los años recientes ha sido el sector de los servicios (educación, bienestar, viajes, etc,) el que ha proporcionado la mayoría de los empleos. Desgraciadamente, sin embargo, estos empleos han sido automatizados también. El desarrollo de nuevos campos como la robótica, la inteligencia artificial, la imaginería digital y el almacenamiento de datos está reduciendo empleos en el sector de los servicios. Lo que es más, son precisamente estas tecnologías las que el presidente Clinton está impulsando como medio de revitalizar la economía norteamericana (ver Jeremy Rifkin, The New York Times, 24 de febrero de 1993). Ya, como indica Rifkin, el servicio de Correos planea despedir a 47000 trabajadores en 1995 debido a que ya están disponibles nuevos ordenadores que serán capaces de leer cartas y clasificar el correo. ATT se propone sustituir unos 6000 operadores por robots que pueden distinguir ciertas palabras clave. Rifkin considera que 'la mayoría de los trabajadores norteamericanos están realizando tareas que pueden ser hechas por ordenadores, maquinaria autmática y robots'.

El problema se complica por el hecho de que la mayor parte del sector servicios no es rentable, y debe ser apoyado por el gobierno, y como veremos, el gobierno es cada vez más incapaz de afrontar el crecimiento del gasto que genera. Otro problema es que las grandes corporaciones del sector servicios están dominando a las pequeñas, con el avance del desarrollo económico. Así, en el Reino Unido, los supermercados están reemplazando rápidamente a las pequeñas tiendas.

Tesco se propone abrir cada año 25 nuevos establecimientos. Sainsbury's ya controla un sexto de la alimentación del Reino Unido a través de sus 292 tiendas. Este volumen de negocios, habría generado en 37000 pequeñas tiendas de diferentes clases, según Richard Douthwaite (La Ilusión del Crecimiento, Green books, 1992), y hubiera empleado a 130000 personas a tiempo completo y 24000 a tiempo parcial, en comparación con las 38089 a tiempo completo y las 61912 a tiempo parcial que empleaba Sainsbury's en 1990. En otras palabras, la sustitución de tantos pequeños establecimientos por los supermercados Sainsbury's ha supuesto una reducción a la tercera parte en los empleos a tiempo completo, aumento casi del triple en los empleos a tiempo parcial y una reducción de un tercio en el número de empleos.

La tendencia al empleo a tiempo parcial, así como la sustitución de hombres por máquinas, se justifican como un medio de aumentar la eficiencia y la competitividad, que son vistas como condiciones sine qua non para el desarrollo económico. Es parte también de esta estrategia reemplazar hombres por mujeres, puesto que ellas aceptan trabajar por salarios más bajos ganando un 60 por ciento menos que los hombres en el Reino Unido y tienen menos aversión por el trabajo a tiempo parcial. Significativamente, en el Reino Unido, casi el 90% de los empleos creados desde 1970 han ido a parar a las mujeres, de manera que la mitad de la fuerza de trabajo es femenina, la mitad de la cual trabaja a tiempo parcial. El desempleo masculino es mucho mayor que el femenino -14.1% frente al 5.6% para las mujeres (Ver Karen & Rachel Borrel, "El

nuevo proletariado", The Independent, 16 de mayo de 1993).

Por tanto, las mujeres no contribuyen con un suplemento a los ingresos del marido, sino que ahora lo sustituyen de manera importante. Difícilmente esta tendencia es socialmente aceptable. Esto puede aumentar el número de desempleados frustrados, mantenidos por sus mujeres, que ganan un salario miserable. No se sabe el efecto que pueda tener esto en la desintegración de la familia, la delincuencia o el alcoholismo. Yo dudo de que alguno de nuestros líderes políticos o industriales se haya molestado en plantearselo.

Todas estas tendencias se exhacerbarán cuando se implementen todos acuerdos de libre comercio tales como el NAFTA, Maastrich (que proporciona el marco legal de la CE) y La ronda de Uruguay del GATT. Estos acuerdos se justifican de manera importante porque proporcionarán más empleos, pero no hay ninguna evidencia que justifique esta tesis.

Ciertamente, el comercio mundial de mercancías primarias y bienes manufacturados se ha incrementado 11 veces desde 1950, y sin embargo, las tasas de desempleo se han elevado en vez de caer durante este período. Esto no es sorprendente puesto que el libre comercio es sobre todo un mecanismo esencial para el futuro del desarrollo económico, lo que en particular se hace promoviendo el crecimiento de las corporaciones transnacionales que ya controlan ampliamente el comercio mundial.

Considérese que del 80 al 90 por ciento del comercio del te, café, coco, madera, tabaco, cobre, hierro o bauxita está controlado actualmente en cada caso por tres o seis corporaciones transnacionales. (Ver Aspectos Ambientales de las Actividades de las Corporaciones Transnacionales un estudio, -UN Centre of Transnational Corporations, New York 1985). Las barreras comerciales son fundamentalmente barreras a la expasión de estas grandes empresas. Eliminarlas es condenar a la extinción a todos los pequeños granjeros, artesanos, pequeños comerciantes y, en general, pequeñas empresas sobre cuyos negocios tomarán posesión sin compasión. Esto, de por sí, aumentará el desempleo de manera importante. Por ejemplo, solo el tratado NAFTA expulsará de sus tierras a entre 5 y 15 millones de campesinos hacia el mercado de trabajo del interior de su país o de la frontera de EEUU. En los Estados Unidos, el NAFTA elevará aún más el desempleo, al desplazar las corporaciones sus fábricas hacia la frontera, para aprovechar, entre otras cosas, los increíblemente bajos salarios mejicanos.



Edward Goldsmith

El reciente informe publicado por el Comité de Finanzas del Senado Francés, bajo la dirección del senador Arthius, señala que el desempleo actual en Francia es consecuencia del traslado de las fábricas a países del Tercer Mundo, donde los salarios son una reducida fracción de los salarios franceses, y donde hay poca protección social (un fenómeno conocido en Francia como 'deslocalisation'). Arthius señala como la industria textil francesa, que proporcionaba 680000 puestos de trabajo hace 15 años, da ahora solamente 380000, y la del calzado, que proporciona actualmente 44000 en vez de los 84000 que aportaba, en gran parte debido al desplazamiento de las fábricas a países del Tercer Mundo, o a la compra de manufacturas a estos países. La firma de la Ronda de Uruguay del GATT solo puede acelerar masivamente esta tendencia.

"Se nos dijo que el libre comercio 'incrementaría nuestra productividad a través de la inversión y la innovación tecnológica", apunta William Pfaff (The Internatinal Herald Tribune, 7 de junio de 1993). "El libre comercio ha forzado la bajada de los salarios y la transferencia de la producción a países donde los salarios son más bajos. De esta manera, la búsqueda de eficiencia competitiva en los países avanzados durante los años 80 y 90 se ha tornado en una competición para crear desempleo y descender los patrones de trabajo y bienestar". Lo que hace esta situación más alarmante es, sin embargo, que el estado tiene cada vez menos capacidad para afrontar los costes del paro resultante. En el Reino Unido, en 1992, el gobierno gastó 71 mil millones de libras en seguridad social, un tercio del presupuesto del gobierno. Mientras, el desempleo costó 25 mil millones de libras en términos de subsidios, costes que no pueden hacer sino aumentar.

En la CE, en el mismo año, los 12 miembros gastaron 125 mil millones de ECUs en beneficios directos y programas de formación para parados, y no se sabe como se va afrontar este gasto si las tasas de desempleo aumentan a este ritmo. Pero el desempleo es solo una parte del problema. Un país sometido al desarrollo económico debe incurrir en toda clase de costes biológicos, sociales, ecológicos. Y esto se traduce de alguna manera en costes económicos.

Esto queda claro cuando se considera lo que implica realmente el desarrollo económico. En el mundo pre-desarrollado, los ecosistemas se autorregulaban. El hombre tradicional, ya fuera pastor o agricultor, modificaba solo una mínima parte del proceso ecológico. Procesos como la fertilidad del suelo, el control de las plagas, la reposición de los recursos hídricos, la prevención de las inundaciones, la eliminación de los residuos o la regulación del clima estaban garantizados por el funcionamiento normal de los procesos ecológicos.

Sin embargo, con el desarrollo, las corporaciones y las instituciones del estado han procurado manejar estos procesos, lo que, entre otras cosas hace que se hallan vuelto actividades monetizadas. De la misma manera, en una sociedad pre-desarrollada el hombre vivía integrado en una familia ampliada y como miembro de una pequeña comunidad cohesionada. Entre ellos, la familia y la comunidad eran autosuficientes, producían sus alimentos y sus enseres, los distribuían criaban y educaban a sus hijos cuidaban a sus ancianos y enfermos mantenían la ley y el orden y se gobernaban de manera eficiente con poca o ninguna interferencia de una autoridad central. Lo que es más importante, muchas de las actividades realizadas eran gratis. Los padres no cobraban por cuidar de sus hijos, y de manera muy similar, la gente de una comunidad cohesionada proporcionaba servicios a sus vecinos sobre la base de un trato no comercial.

Karl Polany, el gran historiador de la economía, vio que la distribución de los recursos dentro de una comunidad tradicional estaba gobernada por los principios de reciprocidad y redistribución. En el primer caso, se esperaba reciprocidad de aquellos que recibían algún servicio. En el segundo, se esperaba de las personas importantes que distribuyeran de otra manera subvenciones entre la gente, por ejemplo, dando fiestas.

Cuando se trataba con gente ajena a la comunidad también se dieron transacciones comerciales en las que se buscaba optimizar el retorno de algún factor de la producción, pues el comportamiento competitivo implicado era difícil de reconciliar con la conducta cooperativa requerida entre los miembros de la familia y la comunidad. Las conductas desviadas eran raras, pues se evitaban de manera importante mediante la fuerza de la opinión pública, que reflejaba los valores tradicionales, método de control social que parece ser el único que hemos desarrollado.

Cuando surge desarrollo, las funciones que fueron siempre satisfechas por la familia y las comunidades han sido asumidas por las instituciones del estado y las grandes corporaciones. Las implicaciones de esto son

dramáticas. La primera y más importante es que la familia y la comunidad, desprovistas de sus funciones, se atrofian necesariamente y la sociedad se atomiza. Los costes sociales que implica esto son enormes. Los niños que ya no se crían dentro de la familia y la comunidad se hacen emocionalmente inestables e se vuelven difíciles de educar. Recurren cada vez más al alcohol, las drogas y otros medios de aislarse de un mundo que son incapaces de asumir. Caen presos de enfermedades mentales y se entregan cada vez más a actividades autodestructivas y criminales. Estas son las consecuencias inevitables del empobrecimiento social que el desarrollo económico conlleva y cuyos costes debe afrontar nuestra sociedad de una manera o de otra.

Al hacerse cargo las corporaciones y las instituciones del estado de las funciones que previamente eran asumidas por las familias y las comunidades aparecen otras consecuencias serias: tecnologías aún mas intensivas en capital y de mayor impacto ecológico. También la economía se dirige a mayor escala con un incremento mayor de la destrucción del medio ambiente. Por tanto, la sociedad tiene que asumir costes medioambientales que de nuevo toman forma de gastos de control de la contaminación, y otros medios para limitar los daños y la incidencia de accidentes relacionados con la contaminación, como los bajos rendimientos en las cosechas, la reducción de las capturas pesqueras, etc.

Es cada vez más evidente que el estado no podrá soportar por más tiempo el pago de los costes ecológicos, sociales, biológicos, etc. consecuencia del desarrollo. Tomemos el caso de las pensiones estatales. Costaron 25000 millones de libras en 1992 y se espera que lleguen a costar 28000 millones en 1995, cantidad que costará mucho encontrar. Pero todo este dinero se paga a una gente que en una sociedad predesarrollada sería cuidada de manera gratuita por sus familiares, y que tendría acceso a alimentos indispensables y servicios que la familia no podría proporcionar en una economía no monetizada.

En el Reino Unido, uno de cada cuatro niños nace en una familia monoparental, y se espera que dentro de 10 años un niño de cada dos se críe fuera de la familia convencional. Esta situación, que no existiría en una sociedad predesarrollada, es una consecuencia obvia de la desintegración. Cuesta 3500 millones de libras y se paga un 70% de subsidios suplementarios a las familias monoparentales que tiene aún menos posibilidades de afrontar bienes y servicios cada vez mas monetizados.

Además, subsidios de invalidez, que se pagan a una población socialmente empobrecida que está condenada a vivir en condiciones ambientales que serán siempre desfavorables para la salud, costaron 3000 millones de libras en 1988, 6000 en 1992 y se espera que asciendan a 8000 en 1998. (La Muerte del Estado del Bienestar, Paul Routledge & Polly Ghazel, The Observer, 25 de abril de 1993). El estado no puede hacerse cargo. El estado del bienestar está siendo sistemáticamente desmantelado. De este modo, la sanidad gratuita ya no es disponible. Los precios se han incrementado en cuatro veces desde 1981. Los subsidios para alojamiento también se han reducido, y esto puede ser solo el principio.

La situación es similar en casi todos los países de la CE. Los funcionarios de la CE saben que Europa no se puede permitir el nivel actual en los subsidios sociales. Si se implementa la Ronda de Uruguay del GATT, estos subsidios se tendrán que reducir drásticamente si se quiere que las corporaciones europeas sean competitivas con las que están situadas en países donde los costes laborales son mucho más bajos.

Si se implementa el tratado de Maastrich, también se reducirán drásticamente los beneficios sociales. La principal preocupación de quienes han diseñado el tratado es la estabilidad monetaria, lo que es visto como un requisito de que ningún gobierno preste más del 3% sobre su PNB. Esto proscribe los programas sociales, financiados con el déficit, minando de esta manera los fundamentos de la socialdemocracia, lo que se hace particularmente irónico cuando son los

partidos socialdemócratas los que promueven el tratado entre sus electores.

Los economistas de la universidad de Bradford, Brian Burkett y Mark Bainbridge (ver Melanie Philips, The Guardian, 21 de mayo de 1993) consideran que los países de la CE tendrán que recortar sus gastos sociales entre 20 y 50 mil millones de libras. Calculan que en el Reino Unido el personal del servicio Nacional de Salud disminuiría en unas 50000 personas entre 1994 y 1996, el profesorado en 27000 al año durante el mismo período, descenderán enormemente los subsidios para familias y desempleados.

De acuerdo con el Dr Ul Haq, en el informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo admite que nuestros problemas son tan inabordables que tendremos que 'replantearnos la sociedad' y aceptar cambios 'que serán difíciles de asumir por la gente'. Pero ¿cómo debe ser esta nueva sociedad?

Debe ser claramente una sociedad en la que haya empleo para todos, o al menos en la que cada familia pueda ganarse su sustento; una sociedad en la que problemas sociales como la delincuencia, el alcoholismo, la drogadicción, se reduzcan a un mínimo; una sociedad en la que el desembolso estatal sea asumible y una sociedad que sea sostenible, en el sentido de que pueda absorber los efectos en el entorno de sus actividades económicas.

Asegurar el nivel de empleo significa reducir el empleo de capital intensivo. Los mismos comisarios europeos han admitido recientemente que esto no lo puede hacer el crecimiento económico por sí mismo, sino que se requieren 'unas pautas de crecimiento en empleo intensivo en Europa'. Por supuesto que todavía insisten en el 'crecimiento' pero uno de los principales mecanismos del crecimiento es el cambio hacia una economía de mayor capital intensivo, así que ¿como se puede llegar a esto si procedemos al revés?

Si, por ejemplo, la agricultura se hace intensiva en trabajo, ¿qué ocurrirá con la industria de maquinaria agrícola o la industria agroquímica? Por supuesto, cambiar hacia una economía intensiva en empleo será cuestionada por muchos intereses industriales, pero si queremos que nuestra sociedad no se hunda por el peso del paro y de otros costes sociales, estos cuestionamientos se superarán.

Se objetará también que este cambio hará nuestra economía menos competitiva frente a la de nuestros rivales, pero ¿no podríamos llegar a acuerdos internacionales para reducir la intensidad de capital de las actividades económicas? Mal asunto, si no lo logramos. Podemos sobrevivir con un comercio menor. Lo hemos hecho en el pasado, pero lo que no podemos hacer es afrontar indefinidamente un desempleo creciente.

Un medio esencial de incrementar el empleo es diversificar la economía. Pero no podremos hacerlo a menos que dejemos de lado el principio de que lo que producimos y lo que importamos debe estar determinado exclusivamente por consideraciones de contabilidad a corto plazo. Debido a que compramos el carbón en Colombia más barato, nuestras minas de carbón se van cerrando de manera irreversible. Como el material electrónico cuesta menos en Japón, nuestra industria electrónica está siendo sacrificada. Una vez que halla sido firmada la Ronda de Uruguay del GATT se podrá obtener más barato todo lo que hacemos en Inglaterra fuera, a menudo de países cuyos costes laborales son solo una fracción de lo que son aquí, y donde se fabrica todo con medios más perjudiciales para el medio ambiente de los que nos permitimos aquí. ¿Significa esto que debemos cerrar las fábricas y granjas y comprar todo fuera? ¿De dónde sacaríamos el dinero para comprar o pagar los subsidios a un desempleo cada vez más elevado?

Lo que es más, ¿cómo sabemos que el carbón colombiano o los equipos electrónicos japoneses serán siempre más baratos? La verdad del asunto es que no se puede decidir sobre lo que producimos y lo que importamos en base a los mecanismos del mercado, que son totalmente ciegos a consideraciones biológicas, ecológicas, estéticas o morales, y que solo responden a consideraciones económicas a corto plazo.

Al rechazar las 'ventajas comparativas' y la especialización, dejamos desprovistos a nuestros gobiernos y corporaciones de instrumentos clave que impulsan el crecimiento económico, por lo que tales políticas van a ser rechazadas por muchos intereses industriales. Pero, otra vez, no tenemos otra alternativa si queremos evitar el colapso social y crear una sociedad sostenible.

El problema es que haciendo nuestra economía menos intensiva en capital mediante la correspondiente diversificación y reduciendo la escala a la que se dirigen las actividades económicas, tendremos que reducir la productividad per cápita y por tanto el poder adquisitivo. Si adoptamos las propuestas de Ul Haq de semana laboral de tres días, el poder adquisitivo sufrirá un descenso suplementario, y como el estado no será capaz de establecer ayudas, la única solución será crear condiciones en las que la gente pueda llevar una vida satisfactoria con menos dinero.

Tales condiciones solo se pueden dar en una sociedad compuesta por familias ampliadas, construyendo comunidades cohesionadas y que tengan acceso a la tierra. En tales condiciones, las familias podrán producir muchos de sus propios alimentos, su vestimenta y sus instrumentos, criar a sus niños y cuidar de sus parientes enfermos y sus ancianos, como se ha hecho hasta hace muy poco en la historia de los asuntos humanos. La mayoría de aquellos bienes y servicios que no puedan suministrar las familias se proveerían a través de la comunidad mediante el trueque o la compra por un precio que estaría determinado por factores sociales más que mercantiles.

La economía localizada es, por estas razones, probablemente la única en la que las actividades económicas puedan ser intensivas en trabajo y altamente diversificadas, y también proporcionaría sustento satisfactorio para todos. Es la única en la que los síntomas de empobrecimiento social están más ausentes -lo que puede ser verificado empíricamente por todos aquellos que hayan visitado comunidades tradicionales en las zonas donde ha sido posible permanecer durante largo tiempo fuera de la órbita de la economía industrial.

Que esto sea así no es sorprendente, desde el momento en que uno se cría en una familia afectuosa y en una comunidad cohesionada donde las necesidades psicológicas se satisfacen mejor, se trabaja integrado en una economía familiar y comunitaria, lo que tiene mucho más sentido para las personas, un sentido que se pierde en cuanto se trabaja en una gran fábrica que pertenezca a algún consorcio extranjero. En una sociedad cuyo tamaño permita la autosuficiencia se requiere una intervención del estado menor, y no hace falta decir que en una sociedad así las actividades económicas tienen el mínimo impacto ambiental, como bien saben los ambientalistas, y es la única sociedad que es realmente sostenible.

¿Podremos crearla? Aunque nuestro gobierno y los principales industriales hagan todo lo que puedan para evitarlo, se creará por si misma. Mientras el estado y la economía global se van disgregando, la gente sólo sobrevivirá creando este tipo de sociedad. Esto se está haciendo ya en las ciudades de Africa Subsahariana y de Sur América, donde no sobreviviría el grueso de la gente sin la economía informal, a pesar de todos sus defectos. La economía informal también se va desarrollando rápidamente en muchas ciudades asiáticas, y de manera creciente en el mundo industrial occidental.

La cuestión es si la transición será ordenada o caótica, y también si será lo suficientemente rápida como para evitar discontinuidades sociales y ecológicas serias. Por ello, se requerirán líderes destacados que hayan brillado por su ausencia, pero sobre todo de gran cantidad de gente concienciada con las consecuencias que los cambios implican. Por esto es fundamental una presión pública a escala desconocida hasta ahora aplicada a nuestros irresponsables líderes políticos e industriales para que se impongan los cambios necesarios.

Dictadura de la economía y sociedad mercantilista

Stefano Vaj

La sociedad en que vivimos nuestra existencia conoce hoy como carácter calificativo la situación de unidimensionalidad que se ha venido a llamar "dictadura de la economía" y que puede ser reconducida a la hipertrofia patológica de una función social en el marco de un predominio cultural de los ideales burgueses. A su vez, es característica distintiva de esta hipertrofia en el conjunto de sus efectos secundarios la tendencia a fagocitar sucesivamente las distintas expresiones de la realidad humana. Ya escribía Nietzsche, en una página de Aurora: "Nuestra época que tanto habla de economía es sumamente sofocante; sofoca el espíritu".

Las tres funciones sociales milenarias de las culturas indoeuropeas, función político-sagrada, función guerrera, función productiva, presuponían, de hecho, un ordenamiento jerárquico de las mismas; ordenamiento que, en particular, suponía un predominio de los valores inherentes a las primeras dos funciones. Ahora, no sólo la función productiva se encuentra hoy dominada por una de sus subfunciones, la economía, sino que esta última, a su vez, está también dominada por su subfunción mercantil. De modo que todo el organismo social está patológicamente sometido a los valores que expresa la función mercantil.

El liberalismo, históricamente, no tiene otro significado que el de haber fijado las bases teóricas para esta usurpación de la soberanía por parte del hecho económico. Ideológicamente, este se configura, de modo similar al propio marxismo, como uno de los variados reduccionismos contemporáneos. Los hombres en el interior de la especulación neoliberal moderna no pueden ser comprendidos a menos que sean reducidos a factores abstractos que intervienen en un mercado: clientes, consumidores, unidad de mano de obra, etc.

Las especificidades culturales, étnicas, políticas, humanas, todo lo que se opone a la intercambiabilidad, constituyen "anomalías provisionales" ante el proyecto que ha de realizarse: el mercado mundial, sin fronteras, sin razas, sin singularidades. Lo que Julius Evola llamaba americanismo, el fin de la historia en una visión comercial planetaria, constituye hoy probablemente la principal amenaza, ya que esta utopía es incluso más extremista que la del igualitarismo "comunista", y más realizable por cuanto es más pragmática. Se puede decir desde este punto de vista que la sociedad americana es más democrática que comunista la Unión Soviética, y que este democratismo mundialista, en su versión europea, constituye para nosotros verdaderamente el último flagelo.

Por tanto, la nuestra es la "sociedad de los mercaderes", pero no hay que pensar que esté particularmente basada en el intercambio y en el comercio. Cuando hablamos hoy de "sociedad de mercaderes" nos referimos no sólo y no tanto a estructuras socio-económicas, como a una mentalidad colectiva, un conjunto de valores que caracterizan, más allá de la economía, todas las otras instituciones. Los valores del "mercader", útiles e indispensables a su nivel, determinan el comportamiento de todas las esferas sociales y del propio Estado.

Con esto, no pretendemos lanzar anatemas contra el dinero y los beneficios y, ciertamente, no somos prisioneros del odio hacia la economía, o promotores de un nuevo reduccionismo opuesto de forma prejuiciosa a la función mercantil en cuanto tal. Simplemente, sostenemos que los valores y la función económica han de ser aceptados, pero en la medida en que estén subordinados a otros valores; es significativo también como el privilegiar sistemáticamente la economía y el bienestar individual lleva a corto plazo, además de a la instauración de un sistema inhumano y a la desculturación de los

pueblos, incluso a una mala gestión económica.

"Sociedad de los mercaderes" significa, entonces, sociedad en la que los valores no son más que valores mercantilistas. Para mayor claridad, podemos, con Guillaume Faye, Secretario del Departamento de Estudios e Investigaciones del GRECE, clasificar esquemáticamente en tres grandes divisiones los principios que inspiran estos valores: la mentalidad determinista, el espíritu de cálculo, la sistemática prioridad del bienestar económico individual.

La mentalidad determinista es útil sólo en el terreno económico, por cuanto sirve para maximizar los útiles conectando la propia actividad, como variable dependiente, a algunas reglas y funciones: curvas de precios, leyes de mercado, coyunturas, tendencias monetarias, etc. Pero, adoptada por todo el conjunto de una sociedad tiende inevitablemente a convertirse en una coartada para no actuar, para no arriesgarse. Cuando el conjunto de la economía nacional y, todavía peor el poder político, se someten y se dejan guiar por sistemas teóricos deterministas construidos según las necesidades del momento, renunciando a osar y a buscar soluciones de manera creativa, la sociedad se "gestiona" sólo a corto plazo, y permanece irremediablemente bajo la hegemonía de previsiones económicas pseudocientíficas que se consideran ineluctables (la mundialización de la competencia internacional, la industrialización progresiva del tercer mundo, la necesaria evolución hacia el "crecimiento cero", etc). Todo esto mientras, paradójicamente, no se tienen en cuenta las más elementales evoluciones políticas a medio plazo: por ejemplo, el oligopolio de los detentadores del petróleo.

Las naciones mercantilistas renuncian así a su libertad política y las gestiones liberales de los estados no saben más que ir en el sentido de lo que estas creen que se encuentra mecánicamente determinado, por cuanto racionalmente formulado, olvidando que, al final, es el hombre el que establece las reglas del juego. En el siglo de la perspectiva, de la previsión estadística e informática, uno se deja llevar por lo inmediato y se es más ciego que los monarcas de los siglos pasados. Se procede como si las evoluciones sociales, demográficas, geopolíticas no tuviesen ningún efecto. Así la sociedad mercantilista, sometida a las evoluciones y a voluntades externas, por el hecho de creer en el determinismo histórico, hace de los pueblos europeos objetos de la historia.

Otra clave interpretativa de la mentalidad mercantilista es el espíritu de cálculo, también adecuado para la función mercantil pero inaplicable a la totalidad de los comportamientos colectivos. El espíritu de cálculo no afirma, como podría parecer, que el dinero se ha convertido en la norma general, sino, de manera más simple, que lo que no se puede medir ya no "cuenta", tan sólo tiene una "realidad" parcial. Por tanto, hegemonía de lo cuantificable sobre lo cualificable, sustitución sistemática de lo orgánico por lo mecánico, aplicando a todo el único criterio del coste económico teórico. Se pretende "calcular" todo: se programan las horas de trabajo, el tiempo libre, los salarios, la frecuencia de las relaciones sexuales, el consumo, la producción artística. En los datos de siniestralidad laboral se calcula incluso un preciso "coste de la vida humana", ligado a la hipotética productividad unitaria media a lo largo del arco de la existencia personal.

Pero todo lo que escapa al cálculo de los costes, es decir, desde nuestro punto de vista, las cosas más importantes, se pasa por alto. Los aspectos no cuantificables económicamente de la vida humana y de los hechos socioculturales, como las consecuencias sociales del desarraigo debido a los movimientos migratorios, se convierten en algo indescifrable y, por lo tanto, se consideran insignificantes. El individuo "calcula" la propia existencia pero, perdiendo de vista sus raíces, ya no tiene el sentido de su propia identidad. Los estados no toman en consideración más que los aspectos "calculables" de su acción. ¿Una región muere de anemia cultural? Qué importa, si para el turismo de masas su tasa de crecimiento es positiva.

Esta superficialidad pertenece principalmente a esa "gestión tecnocrática" que constituye la grotesca caricatura mercantilista de la función soberana, y que tiende a asimilar las naciones a grandes sociedades anónimas (auténtica definición de las sociedades de accionistas) de las que los gobiernos constituyen el consejo de administración. Desde esta óptica, toda política exterior que no tenga por finalidad procurar salidas comerciales inmediatas, por ejemplo la defensa, carece de sentido. Incluso la economía se ve dañada en la medida en que este mercantilismo a corto plazo no está ciertamente en condiciones de constituir una verdadera política económica.

Finalmente, el tercer aspecto de la sociedad mercantilista es, como decíamos, la prioridad sistemática del bienestar económico individual que genera directamente un "deterioro político del estado" mediante su transformación en estado-providencia, estado dulcemente tiránico. Arnold Gehlen, define la "dictadura del bienestar individual" como la situación en que el individuo, obligado a entrar en el sistema providencialista del estado, ve desintegrarse su personalidad en el cerco consumista, en el que pierde todo dominio sobre su propio destino. El neoliberalismo lleva a cabo de esta manera un doble reduccionismo: por una parte, no se considera que el estado y la sociedad tengan que responder a otra cosa más que a las necesidades económicas de la gente; por otro lado, estas son reconducidas al "nivel de vida" individual- cosa, por lo demás, muy distinta del concepto de "calidad de vida". Y de ahí desciende también la preeminencia, en el interior de la función económica misma, de lo "social" y de lo "consumista" por encima de la producción y de la innovación creadora.

En este marco aparece con claridad como, para un liberal, la única desigualdad entre los pueblos y entre los hombres es la diferencia respecto al poder adquisitivo: por lo que será suficiente, para alcanzar la "égalité", difundir en el mundo la idea mercantilista. He aquí como se reconcilian el humanitarismo universalista y los "negocios", la justicia y los intereses, "Bible and business", según una frecuente expresión de Jimmy Carter. El hecho de que los particularismos culturales, étnicos, lingüísticos sean obstáculos para este tipo de sociedad explica el motivo por el cual la ideología moralizadora de los liberalismos políticos impulsa el internacionalismo, la mezcolanza de los pueblos y de las culturas, la integración racial y las diversas formas de centralismo antirregionalista.

La sociedad mercantilista y el modelo americano amenazan, por tanto, a todas las culturas de la tierra. En Europa y en Japón la cultura ha sido reducida precisamente a un way of life, que es exactamente lo contrario de un estilo de vida. La personalidad del hombre es "cosificada", es decir, absorbida por los bienes económicos poseídos, que son lo único que estructura su individualidad; se cambia de "personaje" cuando cambia la moda y uno ya no está caracterizado ni por sus orígenes (comercializados en el folklore) ni por sus obras, sino sólo por el consumo. En el sistema contemporáneo los tipos dominantes son el consumidor, el asegurado, el asistido, ni siquiera el productor o el empresario, ya que el mercantilismo difunde un tipo de valores para los que vender y consumir resultan más importantes que producir. Y no hay nada más nivelador que la función del consumo: el productor, o el empresario, se diferencia por sus acciones, pone en juego unas capacidades personales; el consumo, en cambio, es la actividad pasiva, la no actividad por excelencia, a la que todos, indiferentemente, pueden acceder. Pero una economía de consumo no puede, al fin y al cabo, resultar más que inhumana porque el hombre es un ser activo, un constructor. En este sentido, hacen sonreír amargamente las acusaciones de resonancia bíblica de cierta izquierda cultural sobre el ser y el tener, sobre la "maldición del dinero" y sobre la "voluntad de poder" de la civilización europea. La sociedad contemporánea, pese a conservar por momentos una vitalidad cancerígena y decadente, para nosotros sólo preocupante, no afirma en absoluto ninguna voluntad, ni a nivel de destino global, como tampoco en el mero plano de una verdadera estrategia económica.

Crisis económica

Aproximación a un modelo económico y social alternativo

Juan Pedro Viñuela

La crisis económica que padecemos desde 2007 es una de las más profundas del capitalismo. En realidad es la más profunda porque en la crisis del 29 se pudo refundar el capitalismo desde la economía keynesiana de la que tenemos mucho que aprender y en éste y otros escritos hablaremos de ello. Lo que sucede y tiene de particular esta crisis es lo siguiente. En primer lugar, no es sólo una crisis de la economía real o productiva, sino de la economía financiera. Una creación esperpéntica del capitalismo salvaje de los últimos cuarenta años, del llamado neoliberalismo. En realidad, siguiendo a Naredo, no es un neoliberalismo ni un neoclasicismo, porque esto significaría aceptar las tesis del liberalismo. Y esto es algo que tiene que ver con la moral. Es un capitalismo sin bridas ni correcciones, fruto de la ambición del hombre y de sus vicios más corruptos, además de un error teórico, que también analizaremos aquí. De modo que la crisis no es sólo de la economía real, sino de la financiera, de la especulación sobre el propio dinero. A ello hay que sumarle también, que lo que entra en crisis es el modelo de la economía clásica que no tiene en cuenta para nada la ecología y las leyes básicas de la física. Por eso, el modelo de esta economía capitalista es el del crecimiento ilimitado. Una auténtica barbaridad desde el punto de vista de las leyes de la física y la ecología. Por otro lado, también hay que sumarle a este asunto la crisis medioambiental en la que nos encontramos, teniendo como problema de fondo el cambio climático. Y, por último, nos encontramos con otro problema que no tenía la crisis del 29, el de la superpoblación. En definitiva, lo que sucede es que además de tener sus semejanzas y sus diferencias, y en el sentido de las semejanzas la economía keynesiana nos puede ayudar, pues lo que ocurre es que la crisis económica es global. Es una crisis sistémica que es necesario abordar desde múltiples disciplinas. En definitiva, lo que se requiere es el cambio en el sistema de producción y en el sistema político e ideológico que lo sustenta. También he puesto el calificativo de crisis Terminal en el sentido de que estamos asistiendo al final de una forma de producción que viene marcada por la imposibilidad física del crecimiento ilimitado que conllevaría un colapso civilizatorio a nivel global. Como sostiene Desmond, muchas de las crisis civilizatorias se pueden entender desde la perspectiva ecológica. No se tomaron las medidas ecológicas oportunas y a tiempo y ello acarreó el empobrecimiento y el fin de las civilizaciones, son muchos los ejemplos de ellos y la obra monumental de este autor, Colapso, da buena cuenta de ello. Lo que sucede es que nuestra civilización es global y, por tanto, el colapso, por primera vez, se plantea de forma global. A no ser que haya una conspiración del poder político y económico en el que se plantee la subsistencias de unos 1500 millones de personas con crecimiento cero. Ésta es una idea de política ficción que se insinúa en la obra de Susan George, El informe Lugano. No tenemos pruebas ni a favor ni en contra de ello, pero lo que sí es cierto, como he sugerido en ocasiones, es que si damos el brazo a torcer a las teorías conspirativas de la historia, nos quedamos sin la racionalidad. Y sin ésta, nos quedamos sin la posibilidad de actuar y, en última instancia, estamos renunciando a la libertad.

De modo, pues, que tenemos claro que nuestra crisis es Terminal, única, aunque semejante en ciertos aspectos a otras crisis cíclicas del capitalismo, pero global y con unas notas ideosincrásicas que la hacen global y más grave. Una crisis frente a la que no sólo sirven las medidas económicas de rectificación, sino que se exige el cambio del propio sistema de producción, esto no implica el final del capitalismo, y el del sistema político. Esto último conlleva la refundación de la democracia en un sentido republicano. Y, por último, una nueva ética, que sustituya a los valores imperantes de la competitividad, el egoísmo e individualismo

consumista, la fama, la juventud eterna y el éxito fácil, que ha conllevado el desarrollo del capitalismo salvaje que ha caído en crisis. Pero antes de proponer una aproximación de modelos económicos y sociales alternativos, quiero aproximarme un poco a los factores sociales, filosóficos y económico-políticos que han desencadenado la crisis. Después analizaré las raíces históricas de la economía clásica, siguiendo a José M. Naredo. Y luego terminaré con una serie de propuestas.

Tras la crisis del 29 que acaba desencadenando la segunda guerra mundial, (las crisis económicas tienden a solucionarse por medio de lo que se llama la economía de guerra. Ésta ha sido la situación de los EEUUU en los últimos años,) sale la nueva economía basada en las propuestas de Keynes. Éste sugiere una regulación del estado en los procesos económicos, sin caer en la socialización de los medios de producción, ni en una regulación absoluta del mercado laboral, pero quiere tener las manos de los empresarios atadas por medio de la regulación del mercado. El mercado no es libre. Lo que se pretende es el pleno empleo, con un crecimiento lento y progresivo, pero que garantice el estado de bienestar y un déficit público moderado. Pero tras treinta años de crecimiento y de consolidación del estado de bienestar se produce la crisis del petróleo que, a su vez, trae consigo, el cambio del patrón oro. Esto significa que la moneda de referencia mundial, el dólar, que era el acuerdo al que se había legado en Bretron Wod, deja de estar respaldada por el oro de la reserva federal. El cambio es al petróleo. Ello conlleva también que la moneda más fuerte entra a formar parte del intercambio y la dinámica monetaria internacional. La respuesta a la crisis es el pensamiento neoliberal. Se dice que el problema es el estado. Antes el estado era la solución, ahora se considera que es el problema. De ahí resurge el neoclasicismo y el neoliberalismo que tiene sus bases filosóficas en Hayeck y su base económica en Friedman y en el consenso de Washington. Hayeck considera que el máximo valor es la libertad. Y la máxima expresión de libertad es la de la propiedad privada. Son herederos esta escuela del pensamiento de la teoría de la propiedad de Locke que comentaremos después. El estado no debe inmiscuirse en la libertad individual, por tanto, el estado debe desregular, de tal forma que el estado se reduzca a la mínima expresión. Lo único que se demanda del estado es la política de seguridad. Estas tesis también se alimentarían de la teoría del estado (anarquismo liberal) de Nozick. En definitiva, el estado debe ser reducido a su mínima expresión, como se solía decir, que quepa en una bañera. Por su lado, los economistas lo que plantean es que la salida de la crisis debe venir dada por la liberalización absoluta del mercado en sus múltiples dimensiones. Se recupera la teoría clásica de la mano invisible que considera que el mercado tiene la posibilidad de la autorregulación. Así surge un credo y un catecismo neoliberal (véase Stiglizt) que se ha aplicado a los países en desarrollo por parte del FMI y del BM y que ha llevado a múltiples países a la quiebra. Esta situación comienza en los setenta y alcanza su máximo apogeo con la caída del muro de Berlín. Esto significó la muerte de la alternativa del socialismo real –en definitiva no era más que el capitalismo de estado- al capitalismo tras lo cual se instaura el famoso pensamiento único y la teoría del fin de la historia y de las ideologías. Sólo existe una forma política y económica de organizarnos que es la sociedad democrática neoliberal. Y una única forma de pensar, el neoliberalismo. No hay sistema político alternativo, ni ideología que pueda reemplazar al sistema político hegemónico. Pero el sistema político hegemónico, instaurado como pensamiento único, es una justificación y apalancamiento del poder económico; es decir, la catapulta del poder económico, aquello que mantiene las manos libres de los grandes empresarios y ricos. Una de las ideas rectoras de ésta economía neoliberal es la del crecimiento ilimitado. Además de ser una idea es una necesidad. El sistema necesita del crecimiento para aumentar su propia voracidad, el ansia de acumular riqueza. Porque hay que tener en cuenta que lo que realmente crece no es la economía de un país, esto ocurre de rebote. El crecimiento es el de las grandes empresas y es el que aumenta el

PIB de un país. Otra medida universal donde las haya, que elimina la política y la ética; en definitiva, el bienestar y la felicidad. Pero, como sabemos, el crecimiento económico, según mantienen los neoliberales, es una cuestión matemática y numérica, neutral, exenta de las valoraciones políticas y éticas. En definitiva, la economía neoclásica se ha convertido en la nueva teología y sus defensores en los nuevos redentores. Pero para alimentar el crecimiento ilimitad es necesario del consumo innecesario y superfluo. El sistema económico parapetado en el político crea las necesidades de consumo transformando los valores sociales. Aparece el individuo consumidor compulsivo que se olvida absolutamente de la existencia de los otros y, sobre todo, de la existencia de la injusticia y el mal. Vive en una burbuja de pseudofelicidad, porque se basa en los deseos insatisfechos. El consumo le hace caer en la dinámica del deseo que es una espiral que no tiene fin. Pero sin consumidores no hay crecimiento. Estos son la base. Así, la economía neoliberal se asienta sobre el pensamiento único que nos viene a decir que la única forma de organizarnos es la que tenemos y que la única vida posible es la que tenemos. De esta manera el ciudadano está teledirigido y se convierte en un siervo-señor, que diría Quesada, La era del siervo señor. Esto significa que la ciudadanía deja de ser tal y se convierte en esclava. El desarrollo del neoliberalismo llega a su paroxismo con la economía financiera. Y ésta es realmente la idea de la globalización. La única globalización ha sido la del mercado financiero y la de las multinacionales. Pero el crecimiento financiero es un crecimiento que no tiene una base real en la economía productiva. Es una especulación sobre los valores del mercado. De ahí que la economía financiera no sea una economía real, sino virtual. Pero que sí tiene consecuencias en la economía real cuando se produce una crisis financiera como ha ocurrido a partir del 2007. Y ello tiene lugar con las hipotecas subprime que animan al consumo (en este caso la adquisición de viviendas) a las rentas que no pueden pagar esas hipotecas y después, para repartir los riesgos, se titularizan esas hipotecas y se pueden comprar. Claro, esto es introducir un veneno en los bancos porque estos no tienen pasivos para responder a la demanda. A partir del 2007 se empieza a sospechar esto y en 2008 entramos en plena crisis. El resto es bien conocido. Aunque sí quiero hacer una matización. En los momentos de crisis –y en realidad hemos estado al borde del colapso económico mundial si no se interviene públicamente a tiempo, y esto por la avaricia de unos cuantos ricos que poseen entre unos pocos los bienes de casi todo el planeta- los neoliberales ya no lo son tanto. Es aquello tan famoso de "privatización de las ganancias y socializacion de las pérdidas". La solución al problema creado por la libertad absoluta del mercado viene dada por el estado que socializa las pérdidas. Ahora bien, las ganancias se reparten entre unos pocos. El neoliberalismo no contempla ningún estado de bienestar. Considera, gran error del que tenemos evidencias históricas, que el mercado produce justicia y equilibrio social por sí sólo. Como sabemos, y no es ningún mantra, es todo lo contrario.

Pasamos ahora a las raíces histórico-filosóficas de la economía clásica. En un principio la economía no estaba desvinculada ni de la moral ni de la política, ni de la naturaleza. Es a partir del siglo XVII y XVIII cuando esto se produce y se consolida en el XIX con los desarrollos teóricos de la economía. En principio la economía estaba dentro de los fisiócratas y estos consideraban que las relaciones económicas formaban un todo con la naturaleza. Qué es lo que sucede. Pues que aparecerá el sistema productivo que lo que hace es desvincular a la actividad económica de la naturaleza. Y ahí es donde apareen por primera vez las ideas de crecimiento ilimitado y de progreso, alimentadas por la idea ingenua y secularizada de progreso de la ilustración. Se empieza a considerar que el sistema productivo es autónomo y tiene sus propias reglas, con lo cual se desvincula del sistema político. Y esto tiene lugar con la revolución francesa y americana, sobre todo la primera. De lo que se trata es de desbancar al antiguo régimen, es decir, sus privilegios, que son, económicos y a raíz de ahí político-sociales. Por eso se dice que la revolución francesa fue una revolución burguesa y por

eso no se pudo llegar a un triunfo definitivo. De lo que se trataba era de un cambio en los privilegios que ahora pasarían a la burguesía. Es decir, que el sistema burgués, su ideología, que veremos en parte, lo que hace es justificar su posición de privilegio. Y esto conlleva la separación del sistema de producción, del sistema político, en el sentido de que éste último no interviene pero si garantiza el estatus quo del primero. De la burguesía emerge la ideología que justifica su situación de poder y de privilegio. Pero lo que podemos sacar en conclusión de aquí es que al separarse ambos sistemas se desnaturaliza la economía descontextualizándola de su origen dentro de las relaciones naturales –algo que habrá que recuperar en la nueva economía- y se separa del sistema del poder político proclamando su independencia. Ello implica de pasada la ausencia de la ética en la economía. Y, precisamente, junto con la desnaturalización, éste es uno de los grandes problemas de la economía, se ha pretendido formar una ciencia que elimina al hombre, que es el sujeto (las acciones económicas, decisiones, expectativas, predicciones) que la hace. Hay que recuperar la economía como ciencia humana y social, que tiene como centro al hombre, y no como ciencia natural. Esto ha ocurrido porque la economía ha intentado imitar, en su intención de garantizar su cientificidad, la metodología de las ciencias naturales. Pero esto es un error que nos ha llevado a la deshumanización de la economía, teniendo en cuenta que lo humano es su raíz, y a la separación de la acción política. Es más, el sistema político se ve supeditado al económico y, de rebote, el ciudadano-esclavo se ve dirigido por los intereses particulares de ambos.

Otro punto importante a tratar sobre las raíces del sistema económico actual es el del origen del concepto de propiedad. Éste lo encontramos en Locke que es el padre del liberalismo económico y político. La propiedad es para este autor un derecho natural. Todos los bienes pertenecen a todos, pero si yo me apropio dentro de la libertad natural de un bien, ya pertenece a mi propiedad. Ahora bien, hasta aquí podríamos estar de acuerdo. Pero el problema es cuando Locke afirma que la hierba que come su cabalo y las frutas que recolecta su sirviente son de su propiedad. Ahora si que nos encontramos con una paradoja y con un intento de justificar la propiedad privada, no basada en la naturaleza, sino en los privilegios sociales admitidos. Y esto es la base filosófica de la propiedad y el fundamento de la justificación de la misma y su progresiva acumulación en detrimento de los otros. Es una aporía, porque el mismo Locke defiende la igualdad. Ahora bien, si lo que recolecta mi sirviente cogiéndolo libremente de la naturaleza me pertenece, es que entonces mi sirviente no es libre. En realidad lo que está justificando Locke es la riqueza adquirida por privilegios, no la propiedad privada como algo natural. Y, de paso, se justifica la propiedad sobre los hombres y se fundamenta el sistema de producción capitalista. El obrero intercambia su mercancía, el trabajo realizado, por un salario para poder comer. No es propietario de lo que produce. Esto lo vieron claro Marx y los anarquistas. Si queremos igualdad hay que abolir la propiedad privada. Por eso Marx ataca al concepto de propiedad de Locke y prefiere a Rousseau. Pero el problema del marxismo es que no escapa al paradigma, a pesar de la crítica a la propiedad, de la economía como sistema de producción separado de la naturaleza. Habrá que esperar al final del siglo XX para que algunos teóricos del marxismo, como Manuel Sacristán, introduzcan el problema ecológico dentro de los parámetros del marxismo. Pero esto requiere un cambio de fondo en toda la concepción económica del marxismo que en su fundamento interno es la misma que la del capitalismo. Por eso la apuesta sería por el ecosocialismo, o una economía ecointegradora que dice Naredo o de la autocontención, en su versión más ética, que dice Riechmann.

Otra idea que está a la base de la economía clásica es la relación de explotación del fuerte por el débil. Es el modelo parásito huésped. Una herencia de una lectura interesada del darwinismo. La economía capitalista neoliberal se ha entendido como competencia. Lo que garantiza el crecimiento, que es la idea rectora, como

venimos diciendo, es la competencia. Ahora bien, esto ha llevado al schock a la economía capitalista porque no ha tenido en cuenta los principios físicos y biológicos de limitación. Si el parásito acaba con el huésped, se acabó tanto uno como otro. Hay que introducir el concepto de cooperación, de simbiosis, en el sentido en el que explica la evolución Margulis, en las relaciones económicas. Y aquí también es necesario introducir una de las ideas más importante. El límite del crecimiento es el límite marcado por la entropía. Al desnaturalizar a la economía, hemos olvidado un principio que lo rige todo y es el de entropía. Hemos considerado que los sistemas económicos funcionan independientemente de la naturaleza y hemos matematizado su dinámica sin el límite que al crecimiento pone la propia naturaleza, por ser limitada y por estar regida ella misma y la economía por el principio de entropía. Y ésta es la gran novedad, que rompe con el paradigma clásico y que aún no se enseña en las facultades, salvo tímidamente con el asunto de las externalidades, que introduce Rogen – Reugescu en su obra Entropía y economía. Un cambio paradigmático en la economía requiere la introducción del principio entrópico lo cual supone la vuelta a la naturalización de la economía y la aceptación de que el crecimiento ilimitado es una utopía. Una utopía que se nos está convirtiendo delante de nuestras narices, en una utopía negativa que puede terminar con todas las conquistas ético políticas de la humanidad.

Con el concepto de simbiosis y cooperación y con el de la entropía hemos puesto las bases de lo que debería ser una nueva economía que no esté separada de la naturaleza. Se requeriría también una acción directa, siguiendo a Naredo, para dar el paso a una economía sostenible o del decrecimiento en el que el lema sería "mejor con menos", sobre la propiedad, el trabajo y el dinero. Habría que replantearse el sentido de la propiedad refutando a Locke y haciendo posible un reparto más equitativo de las grandes riquezas, cosas como la tasa tobin y demás…Lo mismo podemos decir del trabajo. Es necesario, urgentemente, en una sociedad de la autocontención, reducir el trabajo. No se trata de producir mucho, éste es un camino inviable. Se trata de que todos puedan trabajar mínimamente para vivir de forma feliz y satisfecha. Y en cuanto al dinero es necesario un sistema financiero internacional regulado por los estados. Pero, como se puede percibir, para la reforma en estos tres aspectos es necesario voluntad política y para que haya de esto es necesario un cambio político.

La democracia, como la entendemos y la vivimos hoy en día, es insuficiente. Es una plutocracia de partidos en la que los ciudadanos son teledirigidos. Es necesario una reforma radical de éste sistema político que está justificando el sistema económico de explotación y que además es inviable. Es necesario recuperar el concepto de ciudadanía y para eso es necesario arbitrar los mecanismos institucionales que hagan posible una mayor participación de los ciudadanos. Lo cual requiere, de entrada, una modificación de los partidos y de la ley electoral. La reforma de los partidos debe ir encaminada a la democratización de los mismos y la de la ley electoral debe garantizar el pluralismo. Estas dos reformas harían posible una mayor participación de los ciudadanos en la cosa pública. Lo cuál conllevaría una mayor virtud civil. Y esta reforma de la democracia va aparejada también con una reforma de la ética. Y ésta tiene dos dimensiones. En primer lugar su vena política. Fomentar la virtud pública, el compromiso del ciudadano con los problemas de la polis y, en segundo lugar, fomentar la ética del placer, del hedonismo, en el sentido de los epicúreos. El placer se puede obtener y se puede obtener con poco. Los placeres naturales, los de la alimentación y el vestido, son fácilmente accesibles. Ante lo superfluo hay que ser austeros. Es necesario fomentar la amistad para ser feliz. Los mayores placeres son los derivados de la contemplación. Los que proceden de la ciencia y el arte. No hay que afanarse en tener, sino en ser. Y estos placeres que hemos expuesto escuetamente son los de la autocontención, que es la idea que baraja Riechmann.

La crítica de la Economía de Mercado en Karl Polanyi:

el análisis institucional como pensamiento para la acción

Arturo Lahera Sánchez

Presentación

La obra de Karl Polanyi permite acceder a los fenómenos económicos desde una perspectiva y una mirada crítica que supone una de las contribuciones más apasionantes a las ciencias de la cultura y a la sociología económica. El hilo conductor de su reflexión se centrará en rastrear el origen sociohistórico y cultural de la economía de mercado mediante su comparación crítica con las formas en que otras sociedades históricas han organizado las esferas de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios. Esta comparación exhaustiva y compleja le permitirá establecer no sólo las características de la economía de mercado, sino fundamentalmente la forma en que ésta transformó las relaciones sociales sobre las que se organiza la sociedad. Al mismo tiempo, este objetivo pasará ineludiblemente por realizar una crítica del pensamiento económico tanto en sus aspectos disciplinares como respecto a sus concepciones sobre la naturaleza del ser humano y la sociedad.

El objeto de análisis de la reflexión contenida en este artículo se centra en presentar e interpretar el marco teórico y metodológico que Polanyi construirá para explicar y comprender la aparición histórica de la economía de mercado. Primeramente, se realizará un estudio del esquema conceptual de este autor reflejado en el análisis institucional como herramienta epistemológica de crítica al análisis económico clásico y neoclásico. A continuación, se conectarán esos componentes de su análisis institucional con la visión antropológica que Polanyi desarrolla sobre el ser humano, caracterizada por inscribir las prácticas sociales de los sujetos dentro de procesos culturales de socialización y acuñación de comportamientos, todo ello en relación a la forma en que las diferentes sociedades históricas organizan la provisión colectiva del sustento humano. Una vez establecido el aparato conceptual del análisis institucional polanyiano, se presentarán los sistemas axiológicos en que se sostienen tanto el análisis económico criticado por Polanyi como su alternativa institucional, que se empleará seguidamente para rastrear histórica y culturalmente los procesos sociales de movilización e inversión de recursos que permitieron la construcción de la economía y la sociedad de mercado.

Por último, se concluirá esta reflexión recuperando el carácter transformador y político de la obra de Karl Polanyi, ya que tanto su edificio teórico y conceptual, analizado a lo largo de este texto, como sus estudios empíricos sbre las sociedades y economías del pasado tan sólo tienen sentido si se consideran como apuestas para construir una nueva forma de integrar la sociedad y su sustento al margen del mercado como institución, con lo que se defenderá en este artículo la necesidad de considerar las aportaciones de este autor heterodoxo no exclusivamente como una contribución intelectual y académica, sino también como un llamamiento desesperado a la movilización política para transformar la realidad: su obra supone esencialmente un pensamiento para la acción transformadora.

1. La crítica al análisis económico: la alternativa del análisis institucional

La obra de Karl Polanyi se centrará en resolver el problema del lugar que ocupa la economía en la sociedad y el desplazamiento que la esfera de los fenómenos económicos ha sufrido dentro de las matrices de relaciones sociales y culturales que han configurado las diferentes sociedades históricas.

Ahora bien, Polanyi tiene presente en la formulación de este problema el sistema económico de mercado como fenómeno

social a explicar, lo que implica rastrear la constitución de un orden social basado en mercados autorregulados y formadores de precios fluctuantes como piedra de toque de la economía. Surge así la pregunta de «cómo, cuándo y dónde nacieron el comercio de mercado, los precios fluctuantes, las cuentas de ganancias, los métodos de mercado y todas las características de una economía organizada en torno al mercado». Esto lleva, asimismo, a explicar la plausibilidad de los presupuestos que aparecen en el análisis económico construido por la teoría económica clásica y neoclásica para analizar y caracterizar la economía de mercado de nuestro tiempo, así como si esos presupuestos pueden ser aplicables a las diferentes formas de organizar la economía en el pasado.

Esta economía de mercado estaría fundada en la socialización de una mentalidad capitalista dedicada a obtener ganancias mediante la maximización del beneficio obtenido en el intercambio de todo tipo de mercancías y servicios (incluyendo el trabajo y la tierra) a través de un gran mercado único autorregulado mediante precios fluctuantes: supone, por tanto, una conducta economizadora y la creación de precios a partir de la relación oferta-demanda como controladora de la producción.

Para conseguir establecer y desvelar cuáles han sido los lugares ocupados por la vida económica en la sociedad, Polanyi parte de considerar que la economía de mercado, tanto en su formulación teórica como en su realidad empírica, no es más que un fenómeno histórico único y específico dentro de la historia de la humanidad. Esta premisa es el eje a partir del cual Polanyi articulará, por un lado, una crítica epistemológica y ontológica a las teorías que estructuran el análisis económico para explicar el comportamiento económico de los individuos en la sociedad y, por otro lado, una crítica política a la forma en que la economía de mercado organiza el tejido social, todo ello para establecer alternativas políticas para reconfigurar y transformar ese orden social de mercado. Sin embargo, sería necesario enfatizar que ambos momentos críticos están íntimamente ligados, puesto que la crítica teórica sólo tiene sentido en la búsqueda de una plasmación práctica o pragmática de sus presupuestos mediante el establecimiento de un pensamiento para la acción sobre la realidad.

En la resolución de este problema, Polanyi se interrogará sobre la fiabilidad del análisis económico para analizar la economía del pasado y del presente, y sobre si sus conceptos teóricos basados en la institución del mercado son aplicables a todo tipo de sociedad y, sobre todo, a aquellas sociedades históricas sin mercado.

1.1. La falacia económica del análisis económico: economía formal versu economía sustantiva

Para Polanyi, el análisis económico se basa en una «falacia económica» que iguala la economía general humana a lo largo de la historia con una economía organizada alrededor de la institución del mercado, concretada en el mecanismo «oferta-demanda-precios fluctuantes» como forma de adquisición de bienes y servicios de reproducción individual y social: «reducir la esfera del género económico a los fenómenos del mercado es borrar de la escena la mayor parte de la historia del hombre. Por otro lado, ampliar el concepto de mercado a todos los fenómenos económicos es atribuir artificialmente a todas las cuestiones económicas las características particulares que acompañan al fenómeno del mercado».

Para desconstruir esta falacia, Polanyi elaborará una serie de conceptos teóricos alternativos, unas herramientas conceptuales de análisis, que permitan comprender la existencia de formas de organizar la economía y la sociedad de manera esencialmente distinta a la economía de mercado, es decir, de formas sociales alternativas de construir el orden social.

Para ello, distinguirá entre «economía sustantiva» y «economía formal»:

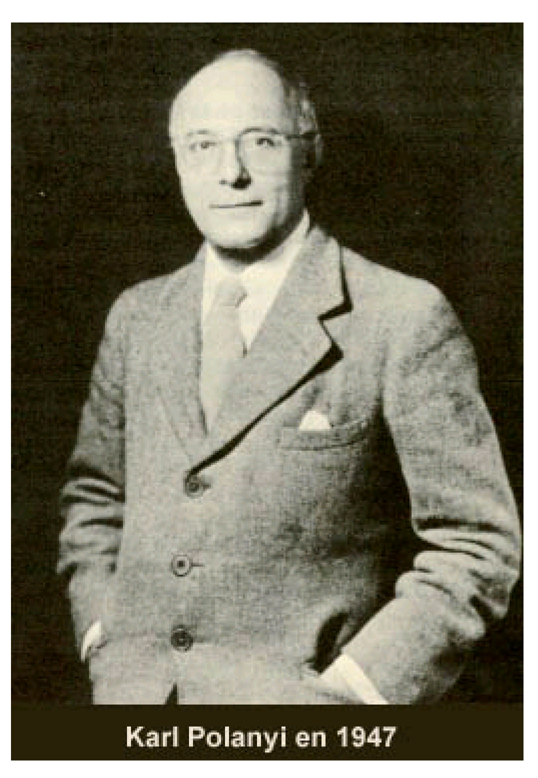
— El significado o definición sustantiva (real) de la economía supone que los seres humanos requieren un entorno físico que les sustente, siendo dependientes de la naturaleza y del resto de seres humanos para

lograr su sustento y su reproducción a través de una interacción institucionalizada. Desde esta perspectiva, la economía es el proceso por el que se obtienen medios de sustento para satisfacer las necesidades materiales (y de integración social).

— El significado formal del término «económico» depende de la relación lógica que se establece entre medios y fines para la adquisición de sustento, que es a su vez dependiente de la noción de «ahorrar» o «economizar». Este significado expresa términos de escasez respecto a los medios de subsistencia, lo que implica la necesidad de obtención del máximo resultado en el empleo de esos medios escasos para obtener el sustento, es decir, en su maximización. Este contenido teórico (y las prácticas socializadas a que dará lugar) es la base de la acción racional en la que la escasez hace necesaria la elección; de ahí que en el sistema de la economía de mercado las elecciones individuales se regulen por precios fluctuantes que reflejarán la asignación de recursos escasos, todo lo cual es el objeto del análisis económico. Esa escasez supone la existencia de medios insuficientes para la subsistencia y la competencia de los seres humanos por esos medios. Para Polanyi, esta concepción sobre la que se basa la economía de mercado postula la insuficiencia de todas las cosas materiales y, por tanto, la competencia entre los seres humanos por la subsistencia, dando lugar «a la creencia universal de que no había suficiente para todos».

Ahora bien, para Polanyi, el significado formal de la economía sólo es característico de la economía de mercado como forma de organizar la adquisición del sustento, con lo que sus contenidos sólo son aplicables a ésta y no a las diferentes formas históricas en que las sociedades han organizado real o sustantivamente la esfera económica. Sin embargo, Polanyi advierte que en la alternativa de construcción del orden social establecida por la economía de mercado los significados sustantivos y formal han sido fundidos en la realidad, organizando las actividades del sustento humano a partir de las normas de elección y competencia entre seres humanos: en otras palabras, la economía formal se desarrolla realmente al convertirse en economía sustantiva, coincidiendo ambos significados en las prácticas sociales.

Es precisamente esta fusión la que impide conocer cuál ha sido el lugar de la economía en la historia de las diferentes sociedades en las que han existido gran variedad de instituciones diferentes de los mercados en las que estaba integrada la actividad económica del sustento y que, por tanto, no pueden ser explicadas por un conjunto de conceptos analíticos que se ajustan tan sólo a la economía de mercado4, es decir, no pueden ser explicadas por el significado formal de lo económico, pero sí por el sustantivo, que permitiría conocer cómo se organizaba realmente el sustento sin elementos de mercado y acción racional.


Karl Polanyi en 1947

Cabe destacar que esta distinción conceptual establecida por Polanyi tiene no sólo implicaciones metodológicas en el estudio e investigación de las esferas económicas que no sean o no hayan sido organizadas exclusivamente por la institución del mercado, sino que en términos políticos supone demostrar que las relaciones sociales establecidas por la economía de mercado son tan sólo una opción histórica para la construcción del

orden y la sociabilidad humana, y que por tanto han existido y podrían existir formas alternativas de organización social. Por todo ello, la falacia económica denunciada epistemológicamente por Polanyi supone también una «falacia política» al ocultar en el pasado formas de integrar a los individuos al margen de la economía de mercado para la satisfacción de sus necesidades, abriendo el campo de la discusión política al planteamiento de un orden social que permita la obtención del sustento de forma diferente: «políticamente, la historia debería darnos respuestas para resolver algunos de los problemas morales y prácticos más candentes de nuestra época».

A partir de todo esto, la obra de Polanyi intentará rastrear cómo se ha producido el desplazamiento de la economía en la sociedad de manera que el significado formal de lo económico haya acabado siendo la forma real o sustantiva en que los seres humanos adquieren el sustento; en definitiva, cuál ha sido y cómo se ha desarrollado la forma en que se ha construido la economía de mercado.

1.2. El análisis institucional: las formas de integración y la acuñación del comportamiento social

Para lograr este propósito, Polanyi retomará y desarrollará perspectivas teóricas y metodológicas centradas en considerar y abordar la economía como una actividad institucionalizada a través de la cual se satisfacen las necesidades materiales de los individuos en sociedad. En esta actividad aparecen las interacciones con el medio físico y las interacciones humanas, pero lo fundamental es que todas ellas están reguladas a partir de una serie de principios de actuación creados culturalmente y que dan lugar a un conjunto de prácticas socializadas en relación a las instituciones sociales que las modelan, por las cuales los seres humanos trabajan, disponen de sus posesiones y realizan actividades en un proceso para la supervivencia. Este proceso en busca del sustento, y por tanto económico, no tiene una existencia independiente del tejido ecológico, tecnológico y social de su contexto histórico, sino que depende de una situación espacio-temporal conformada por una serie de estructuras institucionales que le dan sentido, y ordenan y organizan las acciones de los individuos. Por tanto, para comprender las diversas formas históricas en que se ha organizado la esfera económica, incluyendo la economía de mercado, se debe localizar el origen social de los derechos y obligaciones que sancionan los movimientos de mercancías y personas en el proceso económico o, lo que es lo mismo, el uso productivo y distributivo de personas y cosas. Para Polanyi, «las propiedades de unidad y estabilidad, estructura y función, historia y política, confluyen en la economía a través de su investidura institucional».

El estudio (y la transformación) de la actividad económica y de la sociedad desde la perspectiva polanyiana del análisis institucional «exige tratar con la totalidad de los aspectos sociales, culturales y psicológicos de la comunidad, pues hasta tal punto están entrelazados que es imposible comprender uno de ellos sin tener en consideración todos los demás». De ahí que todo científico social «que se proponga estudiar sólo religión, o bien tecnología u organización social, por separado delimita el campo de su investigación de forma artificial y eso le supondrá una seria desventaja en el trabajo». Es necesario relacionar el proceso económico con las esferas culturales y políticas de la sociedad, puesto que tan sólo adquiere sentido dentro de esas matrices culturales. Polanyi recoge así las perspectivas o formas de mirar la sociedad de la antropología cultural de Boas, Malinowski o Thurnwald, cuyo enfoque destacaba que la producción y distribución del sustento está incrustada o embebida en relaciones sociales en las que no existía una red de instituciones económicas separadas. Para Polanyi, será precisamente la separación institucional del sistema económico respecto al resto de la sociedad lo que caracterice a la economía de mercado. Sin rgo, ésta sigue siendo consecuencia de la institucionalización de un modo concreto para organizar la economía y la sociedad. El análisis institucional permite así recuperar los procesos de su constitución y mantenimiento al considerar al mercado como una institución organizadora del trabajo, la producción y el consumo: una

forma institucional de obtener el sustento humano.

A partir de todo esto, para Polanyi, la actividad económica debe su existencia a una interacción de características culturales, siendo dependiente de estructuras institucionales definidas. Estas estructuras tienen como finalidad el sustento de la sociedad a través del mantenimiento de ésta en términos de integración y cohesión social. Por ello clasificará empíricamente las economías reales históricas como «formas de integración». De esta manera, «las formas de integración designan los movimientos institucionalizados a través de los cuales se conectan los elementos del proceso económico, desde los recursos materiales y el trabajo hasta el transporte, almacenamiento y distribución y mercancías»: los movimientos de los bienes y las actividades de las personas están institucionalizados o mediados socialmente, requiriendo estructuras institucionales definidas.

Polanyi distinguirá como principales formas empíricas de integración de la economía humana:

— La reciprocidad: describe el movimiento de bienes y servicios entre puntos de un agrupamiento simétrico que se corresponden y cuyos miembros actúan en los asuntos económicos de forma similar en ambas direcciones (por ejemplo, los habitantes de las islas Trobriand o los bánaro de Nueva Guinea).

— La redistribución: representa un movimiento de los medios de sustento hacia un centro y posteriormente desde éste hacia fuera; de ahí que la organización central redistribuidora sea fundamental en la organización social o las instituciones redistribuidoras del Estado de Bienestar).

— El intercambio: se produce un movimiento de bienes y servicios entre dos puntos dispersos o fortuitos del sistema. El intercambio requiere la presencia de la institución del mercado, en el que el movimiento bidireccional de bienes entre personas se basa en la obtención del máximo beneficio a partir de la relación oferta-demanda, creando precios fluctuantes para la integración de las actividades económicas de la sociedad (el máximo exponente será la sociedad de mercado occidental del siglo XIX).

Aparece también la forma de integración de la hacienda basada en la producción para uso propio de un grupo autárquico. Ahora bien, cabe destacar que las formas de integración no suponen etapas necesarias de desarrollo en un orden o sucesión respecto a una supuesta evolución de la humanidad, sino que, por el contrario, pueden aparecer en una misma sociedad histórica. Por tanto, no son partes fragmentadas de un desenvolvimiento único y progresivo hacia un fin necesario, sino diversas discontinuidades y direcciones. Lo que constituye la originalidad de todas ellas es el modo particular de resolver problemas, que son aproximadamente los mismos para todas las sociedades (Lévi-Strauss, 1995), a partir de unos valores culturales específicos. Respecto a la economía de mercado, Polanyi rechaza su aparición exclusiva en la economía occidental del siglo XIX, al haber jugado un papel significativo en la integración de la economía en otras sociedades, aunque sin tener un carácter dominante o hegemónico, tan sólo complementario. De ahí que elementos de la modernidad (en términos weberianos) como la contabilidad y el beneficio aparezcan también en épocas premodernas: «las semillas de muchos factores que asociamos con el surgimiento de occidente se sembraron en otros lugares diferentes de la Europa occidental» (Goody, 1990).

A partir de la clasificación conceptual sobre las diferentes formas de integración sobre las que se organiza la sociedad y su sustento, uno de los elementos fundamentales del análisis institucional de Polanyi se centra en relacionar las estructuras institucionales que dan lugar a una forma de integración con las actividades y comportamientos de los individuos de una sociedad. Para su perspectiva institucionalista, son precisamente las instituciones culturales de integración las que acuñan los comportamientos de los individuos, con los que éstos no obedecen a tendencias innatas o naturales (como, por ejemplo, un comportamiento natural hacia el

trueque y la búsqueda de beneficio defendido por el análisis económico), sino que surgen de la socialización de prácticas basadas en acciones colectivas y no individuales en situaciones estructuradas a partir de procesos culturales de construcción de estructuras de apoyo que modelan los comportamientos de los miembros de la sociedad: «la estructura de la sociedad está incrustada en el más escurridizo de los materiales: el ser humano». Por todo ello, todas las actividades de la sociedad dependen de cómo se construyen y orientan las motivaciones de los individuos, las cuales sólo tienen sentido dentro de la matriz institucional y de relaciones sociales en que se integran, dentro de las unidades semánticas del contexto social. Polanyi destacará que «los meros agregados de conductas personales no bastan para producir las estructuras»; de ahí que las conductas individuales dependan de la existencia de determinadas condiciones institucionales que apoyen y socialicen esas conductas: «las actitudes personales individuales no consiguen tener efectos sociales en ausencia de las condiciones sociales necesarias».

Aparece así la complejidad contextual en que se desarrollan las relaciones sociales de un grupo humano, en la que tan sólo la consideración de la forma en que ese contexto cultural ha sido construido históricamente permite entender las interacciones de los individuos. Aparece así la noción de «configuración social», es decir, «la estructura de interdependencias culturales que vinculan a los individuos mutuamente y que es accesible a la investigación empírica; de esta manera, se puede comprobar o reconstruir el campo de decisiones y actuaciones de un individuo concreto dentro de sus cadenas de interdependencias y de su autonomía, así como aproximarse a su explicación».

Este enfoque se contrapone así al elaborado por el individualismo metodológico del análisis económico centrado en suponer que la organización social es el resultado espontáneo de las interacciones entre los individuos, que dan lugar al crecimiento también espontáneo de estructuras sociales ordenadas en un proceso evolutivo del que el exponente final y más evolucionado sería la propia economía de mercado (Hayek, 1995). Por el contrario, para el análisis institucional no existe tal espontaneísmo, sino procesos históricos de construcción social de instituciones con un determinado contenido axiológico que ha dado lugar al diseño e inversión en estructuras de apoyo (tanto materiales e ideológicas como de conocimiento) para la socialización de prácticas en los individuos, en los que esas instituciones y los valores en que se basan quedan encarnados. Por todo ello, Polanyi se acerca a la economía de mercado (al igual que al resto de sistemas económicos) reconstruyendo los procesos culturales y materiales que llevaron a su surgimiento como consecuencia de su construcción deliberada (Hayek, 1995).

Precisamente Hayek rechazará esta visión, que denomina «constructivismo racionalista», que pretende defender la posibilidad de transformar la realidad a partir de proyectos basados en el designio o diseño humano y que irían en contra del orden espontáneo y evolutivo de las instituciones, cuyo más perfecto exponente será el producido por el mercado, «que hace prósperas a las naciones» (Hayek, 1995). Se opone así a la idea de que se pueda construir una estructura social concebida por los hombres e impuesta a través del cambio en las instituciones. Lo interesante es ver cómo Hayek afirma que el surgimiento de la economía de mercado es resultado no intencional y espontáneo de las interacciones individuales, mientras Polanyi demostrará precisamente que aquélla es resultado de un amplio y violento proceso de construcción deliberada de sus instituciones, de un proceso político de movilización de recursos materiales y simbólicos que encaja perfectamente en ese constructivismo racionalista denostado tanto por Hayek y el individualismo metodológico del análisis económico: la institución del mercado en ninguna parte se ha creado por el mero azar de los actos de intercambio (Kaplan, 1976). Para Hayek, el mercado es básicamente una estructura informacional de asignación de

recursos, en la que desaparecen sus estructuras institucionales.

Por tanto, es necesario explicar el origen de las instituciones y las prácticas socializadas por ellas para comprender el comportamiento de los individuos, que al aparecer inmersos en un contexto de relaciones culturales y sociales están sujetados (de ahí que sean «sujetos») a esa configuración social contextual. Por todo ello, las diferentes formas de integración no sólo dan lugar a la movilización, producción y consumo de bienes, sino que son también productoras de sujetos al quedar acuñados en éstos los comportamientos basados en los valores contenidos en las instituciones que regulan la organización del orden social. La consideración de las matrices culturales e institucionales en que se desarrollan las actividades económicas y el comportamiento de los individuos conducen a considerar estos fenómenos como «actos sociales totales». Esto implica que se deba relacionar lo social con lo individual, puesto que ambos son sólo reales en cuanto a que se encuentran integrados en un sistema que les da sentido. La estructura social impone al individuo unos usos y actividades determinados a través de sus instituciones (jurídicas, económicas, religiosas...) en un contexto histórico determinado. Por tanto, es necesario observar el comportamiento del individuo enmarcado y acuñado en la totalidad social para averiguar su sentido: «un estudio de lo concreto que es por lo mismo lo completo» (Mauss, 1979).

En definitiva, a partir de todas estas construcciones teóricas que enmarcan y definen el análisis institucional, Polanyi pretenderá dar respuesta al surgimiento de la economía de mercado, analizando el proceso histórico de su constitución, para lo cual será necesario recuperar el origen de los valores culturales que fundamentan la institución del mercado y cómo se reflejan en los sujetos y en las estructuras que apoyan su construcción. Asimismo, la comprensión y desvelamiento de este proceso cultural permitiría considerar las posibles alternativas históricas y políticas a la forma de organizar la sociedad a partir del mercado.

2. Estructuras de pensamiento: sistemas axiológicos y culturales de construcción del orden social

La economía de mercado, en tanto que forma de integración o configuración social, está basada en unos principios de organización social determinados, en principios culturales, políticos y económicos que crean orden en la sociedad (Pearson). Estos principios se articulan en estructuras de pensamiento que dan sentido a una determinada visión sobre los caracteres de los seres humanos y sus relaciones o interacciones. Para comprender la formación histórica de la economía de mercado es necesario conocer la estructura de pensamiento y los valores en que se basa la institución del mercado, que impone una determinada estructuración de la sociedad (Prieto, 1996). Esta estructura de pensamiento queda recogida en la noción del homo economicus defendida por el individualismo del análisis económico.

2.1. El individualismo: el homo economicus como individuo del mercado

El hombre recreado por el análisis económico y, por tanto, el modelo de comportamiento en una economía de mercado está referido a la estructura axiológica del individualismo. Aparece así la valoración de un ser humano individual, libre e igual a los demás humanos, pero cuyo valor social general es que subordina las necesidades de la sociedad a sus propias necesidades (Dumont, 1982). Esta visión supondrá una revolución moderna de los valores y de la ideología común de una sociedad, en este caso la sociedad ordenada a través de la institución del mercado. El sujeto así privilegiado, tanto en la teoría como en la realidad, es un individuo independiente y autónomo, es decir, no social, que pretende separarse de las limitaciones del tejido social (Dumont, 1982). De esta forma, este individuo está separado de sus relaciones sociales, es un ser aislado que, sin embargo, forma parte de un orden natural de las cosas y cuyo eje vital se centrará en la satisfacción de sus deseos ilimitados (Bilbao, 1996).

Este individuo es una realidad natural que posee unas características inmanentes a

su propia naturaleza. La naturaleza del individuo de esta estructura de pensamiento individualista se especifica en su tendencia innata al intercambio, al trueque para la satisfacción de esos deseos ilimitados. Surge así un individuo egoísta que se mueve por las determinaciones internas del deseo, que debe vencer cualquier límite que se oponga a su consecución. Para la perspectiva individualista, la libertad humana consiste en actuar de acuerdo con esa naturaleza egoísta (Schopenhauer, 1993; Bilbao, 1996), que separa lo que sucede al individuo de la totalidad social en que se inscribe. Su único fin natural es la adquisición ilimitada o indeterminada de bienes por satisfacer un deseo también ilimitado.

De esta forma, en esta concepción del hombre desaparecen las relaciones entre personas como fundamento del orden social, puesto que ahora serán las relaciones entre el individuo y las cosas (que se convierten en objetos de deseo) las que organicen la sociabilidad humana. Las interacciones entre los individuos se objetifican, es decir, los individuos se consideran mutuamente como medios para la obtención de cosas y no como fines en sí mismos. Esta diferenciación está en la base de las nociones de «comunidad/asociación» de Tönnies (1992), de «solidaridad mecánica/orgánica» de Durkheim (1992) y en las de «comunación/socialización» de Weber (1986), e incluso en la noción de «fetichización de la mercancía» en Marx (1978).

Asimismo, el individualismo acaba encarnando un prototipo de comportamiento representado por su homo economicus. La naturaleza de este constructo teórico será la búsqueda de su interés individual centrada en la posesión de bienes materiales en competencia con el resto de los individuos. De esta forma, este enfoque individualista afirma que en «el origen de los servicios económicos que los hombres mutuamente se prestan está la inclinación al trueque, justificado por su deseo natural de obtener ganancias» (Lucas, 1994). Por tanto, el utilitarismo del individualismo creado por el análisis económico establecía la competencia entre los seres humanos como el eje fundamental de organización de la sociedad, todo lo cual obedecía a un orden natural y, por tanto, irrebatible (lo que Polanyi denomina solipsismo económico): sus resultados son siempre necesarios y buenos. Ahora bien, el despliegue libre de esta naturaleza humana tan sólo se puede realizar en el mercado como plasmación de las leyes naturales que deben regir las relaciones sociales (Bilbao, 1996) y que proceden de una evolución espontánea de las sociedades humanas.

El individualismo y su expresión en el homo economicus que actúa exclusivamente en búsqueda de una ilimitada adquisición de objetos de deseo supone la separación de lo económico de la totalidad social, la construcción de un dominio autónomo (Dumont, 1982) autorregulado y basado en el móvil de ganancia como justificación del comportamiento de la vida cotidiana. Lo fundamental, dirá Polanyi, es que la esfera económica, el sustento del hombre, se desincrustará de la sociedad y subordinará a todas las instituciones de ésta, pasando a ser el mercado el organizador de las relaciones sociales entre los individuos. En otras palabras, se sustantiviza el significado formal de lo económico en el que «el "hombre económico" era el hombre real y el sistema económico era realmente la sociedad». «Ese individuo somos nosotros mismos, no ha sobrevivido ninguna transformación radical: entronizamos la propiedad privada, escogimos ser individuos posesivos y productores, volvimos la espalda tanto a la totalidad social como a nuestro vecino» (Dumont, 1982).

Lo que planteará la obra de Polanyi es la necesidad de explicar cómo surge y se construye esta estructura individualista de pensamiento y, sobre todo, cómo acaba construyendo una realidad en la que los individuos terminan adquiriendo sus comportamientos utilitaristas. La premisa fundamental de Polanyi será que, frente a su pretendido carácter natural, el homo economicus no es más que resultado de un proceso cultural a explicar, es artificial, puesto que de nuevo la historia ofrece ejemplos de formas diferentes de organizar la sociedad a partir de concepciones

alternativas del hombre opuestas al individualismo.

«La economía primitiva no se basaba en el egoísmo, ni en un instinto de intercambio, ni en el estímulo de la ganancia individual. Si el egoísmo es natural, las sociedades salvajes eran contranatura (unnatural)» (Polanyi, 1947). Asimismo, se debe destacar que, en términos de racionalidad, el homo economicus del análisis económico acaba integrado en un mundo sumamente idealizado, en el que los individuos actúan con una total información y previsión, adoptando tan sólo decisiones económicas racionales para la maximización de sus fines, sin aparecer en este esquema teórico ningún tipo de limitación cultural; todo lo cual tiene poca relación con el sistema económico real y concreto, y con las posibilidades y situaciones en que los individuos actúan realmente (Kaplan, 1976). La racionalidad como optimización aparece así como independiente de toda opinión en cualquier localización espacial y temporal (Mirowski, 1990). Para analizar esa complejidad real y teórica de las supuestas acciones racionales y las dificultades de un comportamiento humano perfectamente racional, Keynes (1943), Shackle (1976), Izquierdo (1996) y Mirowski (1996). Esta nueva concepción de las relaciones humanas encuentra su expresión formal más precisa y altamente elaborada en la ciencia económica y en una gran parte de sus investigaciones (Orlèan, 1991).

2.2. Sistemas axiológicos y estructuras de pensamiento alternativas: el holismo en las sociedades sin mercado

Si la tendencia al trueque y a la obtención egoísta del máximo beneficio fuera natural, el homo economicus tendría que haber sido encontrado en épocas diferentes de la historia. Sin embargo, los estudios sobre historia y antropología económica del propio Polanyi pretenderán refutar el inmanentismo del individualismo a través de la recuperación de experiencias históricas en las que las instituciones, las relaciones y pautas de comportamiento en que la sociedad produce, distribuye y consume los bienes y servicios no tienen nada que ver con el individualismo utilitarista ni con el significado formal de lo económico (con el economizar).

Para Polanyi, frente al móvil de ganancia basado en la competencia entre los individuos, las instituciones económicas en las sociedades arcaicas se crean no sólo para la obtención del sustento, sino, por el contrario, también para mantener la solidaridad comunal, excluyendo así el antagonismo del beneficio basado en el egoísmo (es decir, asegurar las relaciones pacíficas sobre el sustento basando los intercambios en fines no lucrativos. De esta forma, la vinculación de bienes no se basa en el cálculo utilitario, de beneficio y de pérdidas, sino que satisface necesidades emocionales y estéticas de un orden más elevado: la integración y reproducción social (Frazer, en Malinowski, 1986). Asimismo, la organización de la vida económica no depende de interacciones entre individuos aislados en lucha por la maximización del sustento, sino que se garantiza éste para todos «excluyendo la motivación del beneficio económico individual en la producción e intercambio de bienes, que es resultado de comportamientos pautados por un sentimiento generalizado de desprendimiento y solidaridad» (Lucas, 1994): el destino económico individual respecto del sustento se identifica con el destino colectivo. Este ejemplo está referido a las comunidades de las islas Trobriand, del Pacífico, que sirve para ilustrar una organización del sustento y de la sociedad de carácter holista y opuesto al homo economicus, rompiendo así con el mito del comportamiento utilitarista del «salvaje» primitivo recogido por el análisis económico (Malinowski, 1986).

Polanyi afirma que la economía humana y el sustento del hombre en estas otras sociedades históricas (que van desde la sociedad de Hammurabi y el reino de Dahomey a las civilizaciones americanas precolombinas, de la Grecia clásica a las islas Trobriand...) no tenía su origen en el carácter ilimitado de deseos y necesidades del ser humano o en el fenómeno de la escasez, sino en otro tipo de instituciones no económicas (estatus, magia, vasallaje...) (Polanyi, 1976). En estas sociedades la situación económica

está entrelazada con múltiples relaciones sociales diferentes (Polanyi, 1976), con lo que la esfera económica no es autónoma: sigue incrustada en la sociedad. Los restos contemporáneos de estas sociedades han desaparecido bajo el formidable efecto de erosión, mutación o de destrucción radical consecuencia de la dominación del sistema capitalista (Godelier, en Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976): «Todo ha sido barrido por el choque con la civilización capitalista: organización social, cultura, modos de producción material, etc.» (Lucas, 1994).

Este enfoque que recoge la totalidad social (y que recordemos es el eje fundamental del análisis institucional polanyiano) puede ser denominado, siguiendo a Dumont (1982), como holismo, enfrentándose a las concepciones del individualismo al valorizar el orden social a partir de la conformidad de cada elemento a su papel en el conjunto social, o, lo que es lo mismo, subordinar las necesidades del individuo a la colectividad. En este orden primarían las relaciones entre sujetos y no entre individuos y cosas (Dumont, 1982), todo ello con el objeto de mantener la cohesión de la sociedad (Polanyi, 1976). «La solidaridad de la tribu se cimenta en una organización de la economía que neutraliza los efectos destructivos del hombre y del deseo de la ganancia, explotando al máximo las fuerzas de un destino económico común». En el enfoque holista la sociedad no es reductible a una simple agregación estadística de los comportamientos individuales, sino que tiene una identidad específica que se sitúa por encima del individuo y otorga prioridad a fines colectivos, incluyendo fines que coartan los deseos individuales; la sociedad es una totalidad orgánica donde todo sujeto está unido a todo el mundo a través de una compleja red de relaciones (Orlèan, 1991).

Polanyi ejemplificará este enfoque sobre la naturaleza del individuo y de sus relaciones sociales mediante la recuperación de la obra de Aristóteles y su modelización de una noción de individuo opuesta ontológicamente a la propia noción de homo economicus del individualismo. Frente a éste, el individuo aristotélico es un sujeto que para su sustento adquiere bienes limitados y en cuya actividad tiene en cuenta los deseos y necesidades de los demás, siendo por tanto un sujeto cuyos movimientos de adquisición están determinados por su relación con los demás, centrada en el mantenimiento de la integración social, no pretendiéndose una separación egoísta de lo que acontece al individuo de lo que sucede a la totalidad (Bilbao, 1996: 76-81): «la suficiencia no es el vivir solo, sino para los ciudadanos» (Aristóteles, 1989). Por tanto, el comportamiento de este individuo no se rige por la competencia o el incentivo de ganancia individual, sino por la buena voluntad o la amistad (philia) respecto a los demás (Polanyi, 1976), puesto que todos forman parte de un destino colectivo común, en el que el sustento se concibe como el reconocimiento de un derecho moral de pertenencia a una comunidad humana (Dalton, 1968). Por todo ello, Polanyi afirma que el carácter natural del deseo ilimitado es falso y que, por tanto, ha sido y podría ser posible organizar la sociedad a partir de otros valores sociales.

Polanyi defiende entonces la posibilidad (demostrada históricamente) de construir la sociedad a partir de valores sociales diferentes. De hecho, pretende rastrear el movimiento ideológico que provocó la transición de una estructura de pensamiento holista al individualismo sobre el que se funda la economía de mercado, lo que implica reconocer que las ideas y valores son un aspecto fundamental de la vida social (Dumont, 1982).

Asimismo, ambas concepciones difieren en su consideración o construcción social del valor económico. La adquisición determinada de bienes en la sociedad holista no se basa en la búsqueda de ganancia, con lo que el intercambio se centra en el valor de uso de los bienes, que, por tanto, deben ser equivalentes en su valor para la satisfacción de necesidades (de ahí la noción de precios fijos administrados socialmente con base en la equivalencia); esto implica la necesidad de valorar objetivamente los elementos intercambiables en relación a un precio justo. Por el contrario, la adquisición indeterminada o ilimitada del

individualismo, basado en el egoísmo y el deseo, se centra en un intercambio basado en el valor de cambio de los objetos, pero ese valor de cambio no puede ser establecido objetivamente para establecer sus equivalencias, sino que parte de la subjetividad del deseo de los individuos que buscan la obtención de un beneficio también subjetivo en su antagonismo, lo que queda reflejado en un precio fluctuante según la disparidad de valores que los individuos atribuyen a las mercancías. Por tanto, el comportamiento en la economía de mercado no es la cobertura de necesidades a través del intercambio de valores equivalentes (basado en la «amistad social» con los demás), sino la obtención de un beneficio subjetivo (o plusvalía de deseo) a través del antagonismo y la competencia con los demás (González León, 1996). Para analizar la historia de la teoría del valor del análisis económico desde una perspectiva hermenéutica sobre la teoría social del valor, Mirowski (1991). Por otro lado, desde una configuración social de carácter holista, el principio básico de organización social será la virtud, entendida como un comportamiento ético referido a satisfacer las expectativas sociales de los demás en el mantenimiento de la cohesión y armonía social. Por el contrario, el individualismo establece el comercio como elemento sobre el que construir la sociabilidad humana, en la que la virtud se sustituye por los intereses egoístas de satisfacción de deseos, que el individualismo supone tendrá como resultado no intencional la promoción del bien común (Pascual, 1996).

A partir de todo esto, su obra analizará cómo los valores ideológicos del individualismo y su concepción sobre la supuesta naturaleza humana basados en la ficción mercantil del análisis económico, junto a su falsa pulsión innata al beneficio, transformarán en un muy breve período de tiempo la esencia misma de la sociedad humana. Lo fundamental será que esta estructura de pensamiento acabará endurecida en la realidad a través de enormes procesos de inversión material, ideológica y de conocimiento, y de amplias movilizaciones de todo tipo de recursos para construir las estructuras de apoyo que configurarán la institución del mercado y la estructura de pensamiento en que se fundamentaba.

En definitiva, frente a su supuesto carácter natural, espontáneo y evolutivo, Polanyi opondrá una visión de la economía de mercado como resultado de una violenta institucionalización deliberada y artificial basada en el poder y la coerción: «una organización económica extraordinariamente artificial» (Polanyi, 1989).

3. La institucionalización de la economía de mercado: el proceso de construcción social de la sociedad de mercado

Polanyi analizará la construcción sociohistórica de la economía de mercado en lo que se considera su obra fundamental, La gran transformación, que supondrá la base del resto de sus obras posteriores. Como hemos visto, para este autor, la economía de mercado supone una forma de integración y una construcción del orden social características de los dos últimos siglos y que supone una ruptura radical con el modo en que las anteriores sociedades históricas habían obtenido el sustento: «una civilización única en la historia».

El fundamento sobre el que se desplegarán los diversos procesos culturales, políticos y de inversión y movilización de todo tipo de recursos está basado en la estructura de pensamiento que hemos denominado individualismo y analizada anteriormente. Polanyi considera a esta visión antropológica sobre la naturaleza humana como una utopía que desencadenará inmensos procesos ideológicos, materiales y de conocimiento para acabar siendo instalada o moldeada en la realidad. Esta utopía individualista y liberal «será el principio organizador de una sociedad que se afanaba por crear un sistema de mercado».

La realización de la economía de mercado promovida por la utopía liberal se basará en organizar el sustento de la sociedad a partir del móvil individual de la ganancia frente al móvil de la subsistencia colectiva. La articulación del principio de lucro individual se realizará a través de la idea de un sistema de mercados

autorregulados y gobernados exclusivamente por precios fluctuantes según la denominada «ley de la oferta y la demanda» (por el análisis económico y su significado formal de lo económico). Todo esto supondrá organizar las actividades diarias de los seres humanos a través de mercados basados en el beneficio, la competencia y los valores utilitaristas, es decir, toda la organización social queda subordinada al propósito de lucro, convirtiéndose así la ganancia económica en un fin absoluto.

Estos mercados se autorregulan por la formación de precios libres, lo que supone acabar con las regulaciones institucionales que sobre ellos las formas de integración de otras sociedades habían establecido para la obtención del sustento y la reproducción de la sociedad. En la institución del mercado, todo lo que forma parte del sustento aparece como una mercancía para su venta y adquisición libre en el mercado, con lo que éste rige el destino de todos los componentes de la vida económica (y extraeconómica) (Prieto, 1996).

De esta forma, las mercancías serán todo lo producido para el mercado, pero éste también regulará otros elementos fundamentales para el sustento y la sociedad como el trabajo y la tierra, que originalmente no son mercancías puesto que no son producidas para el mercado, sino para la reproducción de los individuos y la sociedad. Sin embargo, el mercado autorregulador mercantilizará ambos factores: mercantilizará la humanidad y la naturaleza, subordinando así la sustancia de la sociedad a este nuevo orden de organización social.

Por todo ello, es fundamental seguir el proceso de mercantilización forzada (Prieto, 1996) del trabajo y de la tierra como origen de la propia economía de mercado. Respecto al trabajo, su mercantilización se referirá al fomento del hombre para el trabajo en el mercado a través de la destrucción de los vínculos sociales que anteriormente evitaban su integración y disposición en el mercado. De esta forma, a la socialización del impulso de la ganancia como fin último se añadió un impulso más ineludible: el incentivo de evitar el hambre. Para que el hambre obligara a los sujetos a integrarse en el mercado era necesario separarles de sus medios de subsistencia, o, lo que es lo mismo, forzarles a obtener su sustento sólo a través del propio mercado34. En este proceso se separará súbita y violentamente a grandes masas humanas de sus medios de subsistencia a través de la expropiación de la propiedad de sus tierras (y de las tierras comunales de sustento colectivo).

Tras esta expropiación, aquellos que se mantenían mediante el suelo que cultivaban necesitarán ganarse el sustento trabajando para otros (Gaudemar, 1989) y viéndose obligados a integrarse en el mercado para satisfacer sus necesidades (Marx, 1978) Este movimiento establecerá como elementos de organización social el incentivo del hambre y del beneficio. Asimismo, la mercantilización de la naturaleza supondría eliminar los límites a su explotación sin tener en cuenta su posible destrucción en relación a la producción de sustento (alimentos y materias primas).

La instauración de la institución del mercado supuso, por tanto, la transformación de la esencia de la sociedad humana a través de una ruptura violenta de las condiciones de integración social precedentes. Todo ello condujo a que la sociedad fuera gestionada en tanto que auxiliar del mercado puesto que todo quedará incluido en su funcionamiento.

Ahora bien, como hemos visto al analizar las bases teóricas de las propuestas de Polanyi, la economía de mercado entendida como una forma de integración institucionalizada requiere el establecimiento de estructuras de apoyo sin las que no hubiera sido posible su constitución (legislaciones, instituciones, códigos, escuelas, metrologías y conocimientos...). La inversión en formas y la movilización de recursos para la destrucción masiva y violenta de las bases tradicionales de la sociedad, para la creación de un mercado autorregulado, requirió la participación del poder político del Estado para crear y mantener el experimento utópico del

liberalismo; por todo ello, la institucionalización del laissez-faire tendrá un origen estatal para desarrollar en la realidad las teorías del individualismo liberal, lo que se conseguirá a través de un continuo intervencionismo de la autoridad central: en definitiva, los defensores del liberalismo recurren al Estado para crear y mantener el laissez-faire.

Aparece así claramente no sólo el carácter artificial de la economía de mercado, sino su base política, es decir, su establecimiento a través de procesos políticos centrados en el uso del poder de forma violenta para la creación de las estructuras que permitieron organizar la sociedad y el sustento del hombre alrededor de la institución del mercado. Por tanto, la economía de mercado y su expresión formal en el análisis económico tienen su origen en la política y la lucha por el poder para la aplicación pragmática de sus postulados: de ahí que su artificialidad dé lugar a una economía política.

Todos estos procesos históricos implican que «el homo economicus, lejos de ser el núcleo fundamental y originario de la naturaleza humana, fuera el resultado histórico de una violenta institucionalización» (Lucas, 1994). Ahora bien, esta institucionalización requiere la socialización de prácticas en los sujetos de manera que acaben no sólo integrados en el mercado autorregulado, sino que se mantengan en él, lo que da lugar a la necesidad de un continuo y sostenido esfuerzo político de disciplinamiento y vigilancia para imponer su legitimación e interiorización (Prieto, 1996).

Por tanto, Polanyi realiza una arqueología tanto de las bases axiológicas del individualismo como de sus prácticas en la realidad, con lo que se desvela la construcción de la economía de mercado como modelación en la realidad de esos valores que comenzarán a darle sentido. A este respecto, toda alternativa a la economía de mercado requiere, por tanto, una crítica teórica sobre la que fundamentar sus prácticas; así es como se puede considerar y entender la obra de Polanyi.

A través de La gran transformación comprobamos cómo la utopía liberal e individualista acaba por hacerse realidad, es decir, es una hipótesis que acabó cumpliéndose a sí misma mediante los procesos de institucionalización cultural y política que acabamos de recoger: «ninguna concepción errónea del pasado se reveló nunca como una mejor profecía sobre el futuro».

La institución del mercado a partir de la cual se organizará la economía dio lugar al desarrollo de una sociedad embutida en ese mecanismo, es decir, provocó el surgimiento de una sociedad de mercado, que Polanyi ejemplificará empíricamente en la sociedad europea occidental del siglo XIX. El ideal de la utopía acabó creando realidad y acuñando el estilo de vida de los individuos mediante su socialización en una cultura completa, identificada en la imagen del hombre y la sociedad del individualismo45. Frente a las otras formas de integración en que la esfera económica estaba incrustada en lo social, la nueva sociedad de mercado conllevará la autonomía de lo económico; sin embargo, esto no significa que la economía se separe de la sociedad, sino, por el contrario, que ésta y todas sus esferas acaban subsumidas en la lógica del mercado: la sociedad se mercantiliza.

La creación histórica de esta sociedad supondrá, para Polanyi, fomentar la aniquilación de la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad a través de la destrucción del anterior tejido social. Todo ello provocó la dislocación catastrófica de la vida del pueblo, su pauperización y disciplinamiento violento, el desgarro de la sociedad: «permitir que el mercado dirija y decida la suerte de los seres humanos conduce a la destrucción de la sociedad». El cambio cultural en las formas de vida que supuso esta organización social desgajó al ser humano de sus raíces y de un entorno con sentido, desplazándole a nuevos espacios donde sólo podrá trabajar míseramente a través de la sanción física del hambre. La sociedad de mercado, y la revolución industrial que desencadenó, produjo la desintegración cultural de las víctimas, de sus instituciones sociales y de sus formas de

integración. En definitiva, «el edificio de la economía clásica supuso el más formidable de los instrumentos conceptuales de destrucción».

Finalmente, Polanyi recoge la oposición social que el proceso de instauración de la sociedad de mercado provocó en el tejido social, es decir, un contramovimiento de protección de la sociedad frente al mercado. Esto suponía el surgimiento de conjuntos de ideas o de estructuras de pensamiento alternativas al mundo del mercado autorregulado. Estas nuevas estructuras pretenderán durante las primeras décadas del siglo XX una nueva acción de autodefensa que impidiera el establecimiento del mercado a través de la intervención en su libre funcionamiento.

Esto supone, por tanto, crear visiones sobre la sociedad y el ser humano que se referirían a posibles nuevas formas de integración que aseguraran la protección de la sociedad. Básicamente, estos procesos de autoprotección llevarán finalmente a la articulación de alternativas teóricas, pero sobre todo políticas, que intervendrán en la sociedad de mercado para mantener las exigencias de la integración social (e fascismo y el socialismo supusieron fuerzas fundamentales en la transformación institucional que acabó con la economía de mercado del siglo XIX). De nuevo, estructuras de pensamiento pusieron en marcha procesos políticos de inversión y movilización de recursos para reorganizar la sociedad, al igual que anteriormente había hecho la utopía liberal. Estas nuevas estructuras fueron fundamentalmente el keynesianismo y el New Deal, la revolución soviética, pero también el fascismo (el fascismo supondrá una reforma de la economía de mercado, extirpando todas las instituciones democráticas y forzando procesos de resocialización por métodos científicos de tortura para mantener el mercado y evitar y reprimir las alternativas políticas a su funcionamiento, básicamente las del movimiento obrero. El establecimiento de estas nuevas políticas y de sus instituciones provocará que «la civilización del siglo XIX fuera destruida por las diversas medidas adoptadas por la sociedad para no verse aniquilada por la acción del mercado autorregulador» (será precisamente a los resultados de las políticas de estas estructuras de autoprotección de la sociedad a los que Polanyi denominará «gran transformación», y no a la constitución de la propia sociedad de mercado). De nuevo, unos procesos basados en el pensamiento y el conocimiento para la acción política.

4. Una visión política de Polanyi: de la crítica epistemológica a la acción política

Estos movimientos de defensa fueron finalmente articuladores de nuevas medidas políticas también de movilización de recursos y procesos que provocaron la transformación institucional de la sociedad de mercado, actuando y regulando sobre esta institución como forma de organizar la sociedad. Será fundamentalmente durante los años treinta de este siglo cuando se produzca la gran transformación, es decir, una nueva revolución de los valores que actuará contra las ideas sobre las que se construyó la propia sociedad de mercado. La capacidad de esas nuevas estructuras de pensamiento para la acción política llevará al fin de la ficción mercantil: «la civilización del siglo XIX se ha derrumbado». Su intervención política supuso, por tanto, una nueva forma de unir la sociedad, una nueva forma de integración institucional del sustento del hombre.

Por tanto, la política recuperará su papel de constructor moral de la sociedad, que había perdido en la sociedad de mercado al quedar reducida a una administración de las cosas dentro de un mundo ordenado por las leyes del mercado (Bilbao, 1996), que, recuérdese, son naturales: «las leyes del comercio son las leyes de la naturaleza y, por consiguiente, las leyes de Dios», con lo que la intervención política tan sólo requería aplicar y respetar esas leyes del mercado. Frente a esto, esas nuevas estructuras ideológicas concebirán el uso del poder político como una intervención para evitar los resultados de la aplicación de esas leyes; por ello, el poder político optará por la regulación de la vida económica para evitar la desintegración social.

Todo ello supondrá recuperar una visión sobre las relaciones humanas de carácter holista centrada en «el sacrificio de los intereses particulares al interés general» (Durkheim, 1992). La reglamentación de la esfera económica evitará que el resto de las esferas sociales se subsuman a ella (Durkheim, 1987).

Como consecuencia de la llegada al poder de estas estructuras de pensamiento se producirán procesos de creación de nuevas instituciones para la producción, distribución y consumo del sustento. Estas formas de integración o de regulación social se centrarán en la limitación o supresión de la economía de mercado o, en otros términos, en la desmercantilización de las relaciones sociales. Su plasmación práctica o pragmática irá desde el derecho social y del trabajo al Estado del Bienestar a través del keynesianismo, y a los planes quinquenales de las estructuras políticas con origen en la revolución soviética, cuyo modo de producción burocrático sin mercado constituirá una forma de integración de la sociedad alternativa no sólo a la sociedad de mercado, sino a la del propio keynesianismo. En ambas formas de integración reaparecerán la redistribución y la reciprocidad como elementos institucionalizados de regulación social que establecerían de nuevo prácticas socializadas en el comportamiento de los sujetos.

La crítica epistemológica a la que Polanyi somete al análisis económico, y a los fundamentos ideológicos de la economía de mercado a través de los conceptos de su análisis institucional, cobra únicamente sentido desde una perspectiva política, es decir, como base para la acción transformadora de la realidad; en este caso, como alternativa teórica y política a la sociedad de mercado. Por tanto, la acción política requiere una crítica teórica: «el sentido de recuperar la preeminencia de la sociedad y de la política sobre la economía ha de pasar necesariamente por la crítica de la ciencia económica como tal» (Prieto, 1996). Por todo ello, «el significado profundo y el tema unificador de su obra está en la esfera de la filosofía social y política» (Pearson).

Como se señalaba en la presentación, tan sólo dentro de este marco de intencionalidad política, Polanyi creerá pertinente realizar un inmenso esfuerzo para rastrear los orígenes de la economía formal convertida en sociedad de mercado. Su esfuerzo pretende contribuir a la resolución de los problemas básicos a que se enfrenta la humanidad contemporánea y cuyos ejes fundamentales sitúa en las posibilidades libertad/centralización e iniciativa/planificación, que, como vemos, siguen siendo los elementos que impregnan el debate político y social en la actualidad, más de tres décadas después de la muerte de Polanyi (1964). Para éste, su obra tiene un objetivo: «ensanchar nuestra libertad de modificaciones creativas y por ende mejorar nuestras posibilidades de supervivencia», así como cambiar el eje económico a uno moral y político.

A través de su reflexión teórica y empírica pretenderá impulsar el cambio deliberado de las instituciones humanas para restablecer los ideales de la justicia, la ley y la libertad mediante la recuperación de una cultura política que permita establecer fines al margen de la economía de mercado y su administrativismo de las cosas, lo que conlleva recuperar el papel de las instituciones políticas en el establecimiento de esos fines, los cuales deben pretender que la tecnología industrial para la obtención de sustento sirva a las necesidades de la comunidad humana (Dalton, 1968).

A partir de su obra, Polanyi planteará una serie de principios de acción política que permitan dar respuesta a los referidos problemas de la humanidad a partir de una nueva estructura de pensamiento que supere «nuestra obsoleta mentalidad de mercado» (Polanyi, 1947). Tan sólo «la supresión de la economía de mercado acabará con la explotación de unos sobre otros, con las ganancias sin servicio a la comunidad, con un uso de las tecnologías que no produce beneficios públicos y con la obtención de beneficios mediante las calamidades de los demás» (Polanyi, 1947). Solicitará Polanyi, por tanto, una vuelta a una economía socialmente incrustada que no empobrezca a los individuos, incluso «al precio de una

sociedad tecnológicamente menos eficiente» (Polanyi, 1947), todo lo cual requiere un poder central organizado que regule la economía de mercado.

Ahora bien, el propio Polanyi rechaza algo que sus críticos le reprochan, su supuesto romanticismo respecto al altruismo y la solidaridad de unos idealizados «primitivos» (Kaplan, 1976), afirmando que una vuelta a los ideales del pasado no puede enseñar el camino (Polanyi, 1947), ni tampoco una huida hacia una nueva era neolítica. El camino tan sólo podrá encontrarse reconociendo que la economía de mercado ha venido para quedarse de manera irreversible, pero buscando formas alternativas para su organización a través de un cambio dirigido para la conservación del bienestar colectivo.

Frente a los que suponen ese romanticismo antimercado en Polanyi, éste vuelve a demostrar la complejidad de su análisis al afirmar que la sociedad de mercado, sin embargo, posee libertades que son positivas, como la libertad de pensamiento, de conciencia, de reunión, etc. (esta ambivalencia respecto a la positividad de las libertades del individualismo liberal aparece también en Simmel, el cual destaca que la modernidad -relacionada con el desarrollo de la economía de mercado- ha permitido la liberación de los individuos de las relaciones sociales comunitarias que coartaban su comportamiento), pero enfatizando que las garantías institucionales de la libertad personal son compatibles con cualquier sistema económico: «creemos firmemente en el progreso y las libertades, pero también en alcanzar un nivel de integración humana que comprenda la economía sin dejarse absorber por ella» (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976). Estas libertades sólo podrán ser realmente socializadas para conseguir más libertad para todos a través de la regulación social de la economía.

Finalmente, Polanyi planteará que «en una verdaderamente democrática sociedad el problema de la industria se resolvería mediante la intervención de los productores y los consumidores, lo que mantendría su libertad» (Polanyi, 1947). Todo ello requiere una nueva forma, o una nueva estructura de pensamiento, de ver a los seres humanos y a la sociedad, distinta de la heredada por la economía del mercado.

Conclusión

La estructura de pensamiento recogida en la obra de Karl Polanyi es una de las aportaciones que permitirá reflexionar sobre la sociedad actual a través de la articulación de una pertinente, exhaustiva y elaborada crítica epistemológica que sólo podrá tener sentido como una crítica política con efectos en la realidad y con una inversión en formas de reconstruir el orden social. En definitiva, un pensamiento para la acción transformadora que es sumamente relevante en una situación en que los principios del individualismo que fundamentan la economía de mercado vuelven a convertirse en pensamiento y acción política hegemónica creadora de realidad.

Polanyi desarrollará todo un enfoque teórico y metodológico institucionalista que permite comprender el proceso de construcción de la economía de mercado, cuyos principios de articulación siempre aparecen como evidentes y sin necesidad de ser explicados. El desvelamiento del origen y de los fundamentos de esos principios permitirá a Polanyi, a través de sus elaboraciones conceptuales (economía formal/sustantiva, formas de integración, holismo...), orientar su crítica al pensamiento económico hacia una perspectiva política centrada en afirmar la necesidad de rechazar y transformar la economía de mercado a través de la construcción de un orden social basado en principios diferentes y opuestos a aquellos sobre los que ésta se sustenta.

Por tanto, el trabajo intelectual de Polanyi sólo adquiere sentido desde una perspectiva política, desde un enfoque centrado en la elaboración de un pensamiento para la acción.

Por la independencia económica de Europa

Guillaume Faye

Desde la aparición de la crisis energética y del desempleo, el librecambismo, en torno al que giran no sólo los ultraliberales, sino también los social-democrátas, ha sido fuertemente criticado. Nadie hasta el momento se había atrevido a cuestinar el dogma de que una economía mercantil, incluso estatalizada, debía de tener interés en desarrollar un mercado mundial, con el fin de reducir sus costes y dar salida a sus productos a través de una "división internacional del trabajo".

Hoy en día, estas tesis han sido ampliamente rebasadas, y el entusiasmo con que los "nuevos economistas" las defienden, al denunciar los "peligros" de un nuevo proteccionismo, significa quizás que combaten ya en retirada. En efecto, por una parte, los países del Tercer Mundo intentan sustraerse a la división internacional del trabajo puesta en marcha por el Occidente liberal; por otra, en la propia Europa, se alzan numerosas y prestigiosas voces, criticando el modelo de librecambio. En nombre de tres argumentos: el riesgo de una desindustrialización europea, generadora de paro obrero; el predominio de Estados Unidos, Japón y de las empresas multinacionales sobre nuestra economía y el peligro de colonización cultural y de dependencia económica que supone una organización planetaria de mercado.

Dos economistas acreditados acaban de aportar a este crítica de librecambismo el peso de su competencia: el primero es André Grjebine, profesor del Instituto de Estudios Políticos de Paría, que ha publicado *La nueva economía internacional.* El segundo es François Perroux, cuyo libro se titula *Por una nueva economía de desarrollo.* Ambos autores se inclinan por una fórmula moderna y abierta de "autarquía de grandes espacios", que recuerda en muchos puntos a las tesis expresadas desde 1979 por la Nueva Derecha.

La autarquía, conforme a su etimologjía griega, no designa el repliegue, sino la independencia económica de uno o de varios estados. Aunque Grjebine rehúsa emplear este término, es esto mismo lo que, sin embargo, concibe, en estricta teoría económica, con su vocablo de "desarrollo autoconcéntrico". En realidad, preconiza una autarquía de "expansión", que permite controlar los intercambios, y que se opone en definitiva tanto a la autarquía de "repliegue" del colbertismo o de los regímenes totalitarios, en los que se rechazan los intercambios, como al liberalismo comercial, que se subordina a éstos.

El liberalismo internacional se ha vuelto para Gjrebine inaplicable desde los años 70 [del siglo pasado], ya que reposa sobre la peligrosa idea de que el aumento del precio de las materias energéticas importadas nos obliga siempre a exportar más y a "reconvertir" nuestra industria. Ahora bien, no sólo el precio del petróleo puede bajar, sino que esta reconversión implica la desindustrialización, causante del paro, estratégicamente peligrosa y derrochadora de exportaciones de tecnología a futuros competidores. Por otra parte, la carestía de las materias primas importadas limita nuestras inversiones, lo que desmiente la necesidad de exportar mucho para pagar nuestras necesidades energéticas. Además, se nos escapa una variable exterior: las alzas brutales en la cotización de las materias primas, debidas a los saltos de humor políticos. En el mismo momento en que se produce tal alza, el frágil equilibrio exterior, duramente obtenido, se derrumba: la salida de divisas paraliza la inversión y relanza la inflación. Incluso "la moneda de pago" exterior preconizada por los librecambistas, es decir, las exportaciones industriales, es cada vez más difícil de sacar. Además, ¿quién nos dice que se seguirán solicitando en un futuro próximo nuestros productos manufacturados, nuestras fábricas "llave en mano"? Ya la India, Corea y Taiwan, no

solamente le hacen la competencia a nuestros proveedores de petróleo, sino que también nos la hacen a nosotros en nuestro propio mercado. ¿Cuál sería entonces el margen de maniobra estratégica de un continente alimentado con petróleo del Sur, gas del Este y soja del Oeste? Asimismo, la importación masiva de materias primas y energía, defendida en nombre de una falsa rentabilidad a corto plazo, se muestra desastrosa. "Todos los países que practican una política similar, apunta Grjebine, ven cómo se agrava su situación. El desempleo aumenta, la inflación persiste y el equilibrio exterior queda seriamente comprometido". Es necesario crear "una nueva política económica". Grjebine precisa: "Los países europeos deberían lanzar un plan comunitario de gran envergadura, con vistas a incrementar en un breve plazo su autonomía. La reconversión industrial tendría por objeto, no una especialización todavía más estrecha, sino todo lo contrario, un desarrollo más autoconcéntrico de Europa, priviligiando la demanda doméstica".

Y esto es factible. Con sus [500] millones de habitantes, Europa posee un formidable mercado interior, que inteligentemente administrado, podría dar lugar a un fuerte dinamismo competitivo. El argumento de la "esclerosis" económica aducido por los "nuevos economistas" no es válido. La esclerosis es la que hoy en día nos impone la economía multinacional, cuyos mecanismos están trucados en realidad por los efectos de monopolío de las firmas gigantes, las presiones políticas americanas y las especulaciones del mercado monetario internacional. Por otra parte, no debemos olvidar que los propios Estados Unidos han vivido en autarquía de expansión hasta 1975: su comercio exterior no representaba más que el 5% de su PNB. Hoy en día, añoran esa etapa, muy diferente de la recesión actual.

Para estimular la demanda interior es necesario imponer políticamente a las industrias y a los gobiernos la compra de productos europeos, aunque sean un poco más caros, y practicar un proteccionaismo sectorial. Las escasísimas pérdidas económicas que conlleva a corto plazo tal estrategia de "demanda pública orientada" quedarían ampliamente compensadas por su efecto de "tracción" sobre toda la economía en un plazo breve.

Es lo que ha puesto en práctica el Japón para lanzar su electrónica: en un primer momento los industriales se han abastecido de productos japoneses, incluso más caros; la industria electrónica, estimulada por este *dumping*, creador de competencia interna, ha podido luego rápidamente abaratar los costes y mejorar la calidad. Después de la protección viene la ofensiva. El resultado de esta estrategia es manifiesto: la electrónica japonesa copa todos los mercados.

Sin embargo, la adopción de tales estrategias en Europa supone la admisión de una idea revolucionaria para nuestros economistas: la intervención del Estado debe de ser política y no burocrática; hay que estimular a los productores, pero no suplantarlos o machacarlos a impuestos. Actualmente se "nacionaliza", pero no se obliga a los bancos estatales, ni a las empresas públicas a tener un comportamiento europeo preferente. Compran material IBM y piden prestados aurodólares. Están "estatalizados", pero siguen siendo mercantilistas. En el modelo de desarrollo autoconcéntrico, por el contrario, la industria puede ser a la vez privada y nacional. Dicho de otro modo, construir una "economía al servicio de la nación", es velar para que el tejido industrial nacional (o europeo) dependa menos de las firmas transatlánticas que nuestros actuales grupos nacionalizados, que no dudan en vender sus activos a los americanos para financiar las indemnizaciones a los accionistas.

En el plano de la independencia monetaria, Grjebine se pronuncia a favor de la creación de un auténtico sistema monetario europeo, independiente del mercado mundial de capitales y del dólar. Es necesario, por lo atnto, relanzar el [euro] … El Fondo Europeo de Cooperación Monetaria (FECOM), ya existente, podría sustituir al FMI para financiar operaciones destinadas a aumentar la autonomía de los países europeos. Por ejemplo: grandes programas

de energías nuevas y autogeneradas, hechas posible gracias a la técnica moderna, como la nuclear de fusión. Semejantes programas, indica Grjebine, que desmitifica el monetarismo y la inflación, podrían ser lanzados incluso por un solo país, mientras los demás quedan a la expectativa. ¿Cómo? Financiando, por medio de un déficit presupuestario masivo y una creación monetaria controlada, un plan de autonomía energética y un programa de relanzamiento industrial que empezaría por encargos públicos y ayudas a la inversión interior.

El déficit y la inflación no serían más que provisionales. En realidad, la inflación no es nociva más que cuando es improductiva (gastos de asistencia o compra de petróleo); pero una inflación de relanzamiento podría ser dinamizadora. Las empresas se interesarían, puesto que sus libretas de pedidos rebosarían, y no estarían endeudadas, al contrario de lo que pasa con la actual inflación que incrementa sus gravámenes. Esta fue la política seguida por el Japón, que tiene ahora una de las tasas de inflación más bajas.

Estas ideas, tercera vía entre el "retro-liberalismo" de Margaret Thatcher o de Ronald Reagan y el "retro-marxismo" del Estado dinosaurio de los socialistas franceses, reposan sobre una noción de sentido común: una economía depende de la calidad y de la cantidad de "trabajo nacional", es decir, del producto industrial bruto interior.

La inflación productiva, creadora de inversión, es pronto reabsorbida (sobre todo si el mercado está protegido de "fugas"), simplemente porque es la producción la que crea la moneda y no al revés, como parecen creer Raymon Barre y Jacques Delors.

En efecto, la inflación provisional resultante de una política de inversiones voluntarista es suficientemente compensada por los efectos conjugados de un relanzamiento interior y de una disminución de los gastos energéticos exteriores. Las divisas que actualmente salen de Europa para comprar materias primas o productos extranjeros sustituibles, serían reinyectadas en nuestro propio aparato productivo, que de esta forma pasaría a ser exportador. En consecuencia, el objetivo primordial del desarrollo autoconcéntrico es la constitución de una economía europea ofensiva dirigida contra el orden económico americano-occidental, privándole de su mercado europeo e incitando al Tercer Mundo a reconquistar su espacio económico. Es con objeto de alcanzar una auténtica descolonización que François Perroux utiliza, aunque en este caso para los países en vías de desarrollo, el modelo de la autarquía de los grandes espacios.

El orden económico internacional según la idea de "nuevo desarrollo" que prevé, es cada vez más apreciado por los economistas del Tercer Mundo, y se fundamenta en sólidas investigaciones econométricas que rechazan la noción de economía internacional del liberalismo y del marxismo. François Perroux parte de una crítica del igualitarismo de los agentes económicos y de la confusión entre lo económico y lo político. "Nos hallamos frente a una construcción teórica, escribe, donde la política y la economís son indistinguibles, y en la que (…) se superponen las funciones del Estado y las del mercado. La sociedad de mercado o *pseudo-market-society* es una sociedad sin poder –la anarquía en sentido etimológico". Para enmascarar las relaciones de dominación, la filosofía del librecambismo recurre al orden natural de los derechos humanos y presenta el intercambio económico como "el encuentro espontáneamente irénico y fecundo de átomos movidos por una ley de la naturaleza, o de sosias cooperando espontáneamente". "Por su obsesión mercantilista, su despersonalización de las relaciones entre los seres humanos, su publicidad agobiante y su búsqueda de la ganancia monetaria a toda costa –incluida la especulación financiera- añade François Perroux, el mercado y el capitalismo tienden a desestabilizar las normas culturales y a reificar los espíritus. Por no hablar de toda la corrupción que engendran en las relaciones entre administración pública e intereses privados". El mercado mundial, no sólo suprime la soberanía de los Estados jóvenes, sino que también los "decultura" a través de

su modelo de consumo occidental. Así pues, para Perroux, lo cultural debe preceder a lo económico: "Cada hombre, escribe, y más en particular cada sociedad humana, busca darle sentido a su destino: esto es lo cultural", y precisa: "La cultura es un conjunto de valores que dan cohesión a un grupo (…); es suficiente afirmar que la relación cultural es un desafío al cálculo y más concretamente al cálculo económico". Así pues, prosigue, "en Occidente, la actividad económica se ha distanciado peligrosamente de los valores culturales, proclamados insistentemente, pero no vividos …".

Esta "deculturación" encuentra su legitimidad en el mito del progreso. Pero como señala Perroux "los pueblos desfavorecidos han tomado conciencia del engaño del que han sido vícitimas, aceptando pasivamente nociones que les venían impuestas por Occidente, y que sólo servían a los intereses de éste. Entre estas nociones, se encuentra el igualitarismo de la economía pura, que para establecerse no tiene necesidad más que del mercado y de su espacio supuestamente homogéneo, en donde intervienen individuos pretendidamente semejantes e iguales"; también encontramos la idea de desarrollo a la occidental, que ha conducido realmente "a someter a las poblaciones al dictado del precio mundial, al protectorado bajo una potencia extranjera (…) y a empobrecerlas al mismo tiempo".

Pero este "progreso" y este "desarrollo" de una economía planetaria han destruido también el hábitat humano. Este no es otro, para Perroux, que el marco de la nación soberana. "El orden del mercado, comenta, elimina la realidad nacional y (…) crea la separación asbsoluta de lo económico y de lo político", a fin de neutralizar y de confinar este último en manos de los "especialistas de la *political sciencie*, que definen el orden público mundial, como aquél que asegura el libre funcionamiento del mercado". De esta forma, la política que es por naturaleza "jerarquizante" se convierte en "anarquizante": todas las naciones son iguales y equivalentes, sometidas al mismo derecho pacifista y humanitario, cuyo objeto es, en realidad, ratificar "la ausencia de jerarquía, salvo la de los poderes adquisitivos".

El instrumento de este proyecto es el comercio internacional, en todas sus facetas. "La estructura de los países en vías de desarrollo por lo que respecta al comercio exterior, escribe Perroux, les supedita al extranjero. Su desarrollo es extravertido al recibir inversiones directas, lo que entraña la desviación de su comercio y los expone a un progreso de descapitalización: el flujo de capitales exportados por las empresas extranjeras sobrepasa al de los recibidos". De ello se deduce una pérdida de sustancia económica, de la que la emigración constituye un ejemplo (y en Europa la fuga de cerebros). El librecambio ejerce por consiguiente una influencia estructural sobre las economías nacionales de Europa y del Tercer Mundo. Sus producciones son "estructuradas" y dirigidas desde el exterior, conforme a finalidades que no son las necesidades culturales, humanas o políticas de las poblaciones locales. Pero hoy en día, los islotes hiperindustrializados que permiten a los expertos de la OCDE y a los nuevos economistas hablar de "alza de los niveles de vida en términos monetarios", no logran disimular la depauperación la "deculturación" de grandes masas.

Para terminar con este cosmopolitismo mercantil, ya sea "socialista" o "liberal", es necesario construir una nueva economía basada en la "búsqueda de la compatibilidad entre la necesidad de cooperar con el extranjero y la exigencia de un desarrollo autónomo". Ésta debe asentarse sobre la capacidad de decisión de los poderes nacionales. "El poder público, señala Perroux, es un decisor, un actor y no un aparato inerte; emana de la nación e impregna a ésta en todos sus aspectos. La nación es un actor, no es un objeto".

Por lo tanto, "para los países en vías de desarrollo, la defensa de los intereses y la salvaguardia de la dignidad de las personas pasan por la nación". "Las naciones (…) añade, por muy pobres que sean, buscan su autonomía en la interdependencia que las une desigualmente a otras". Para hacer

fracasar "el dominio de los grandes y las multinacionales" que violan sus fronteras, deben coaligarse las naciones en bloques emparentados que sean "vastos subsistemas estructurales", comercial e industrialmente auto-concéntricos y regulados por un "orden político". Perroux se refiere, en definitiva, a la constitución de imperios federales, que harían coincidir espacios políticos, espacios económicos y espacios financieros, agrupando a naciones económica y culturalmente próximas.

Ahora bien, semejantes "espacios autónomos" están a punto de constituirse. Los intercambios industriales (Sur-Sur) progresan másrápidamente que el comercio propiamente occidental. La India, por ejemplo, exporta su tecnología a otros países del Tercer Mundo, y los países "talleres" del sudeste asiático están a punto de constituir con el Japón una esfera nueva de coprosperidad industrial y tecnológica, original y autónoma.

Proponiendo este modelo de autarquía regional, François Perroux interpreta a su manera la fórmula de la UNESCO que define el objetivo moral del "desarrollo" como la "dinamización de la sociedad en su propio ser". Esta dinamización segnifica para él el sostenimiento de las aspiraciones nacionales, y no del bienestar individualista. La finalidad del desarrollo "no es otra, precisa Perroux, que la liberación de un pueblo respecto del extranjero". Y añade: "una nación es un pueblo que crece". El objetivo del crecimiento del nivel de vida individual, en términos occidentales, no es para él un "objetivo necesariamente compatible con la independencia nacional". Y precisa: "La historia registra numerosos casos, en donde el "bienestar", el confort de un pueblo, se han adquirido por la aceptación de su servidumbre o de su subordinación".

¿Cómo puede ayudar Europa inteligentemente a la constitución de espacios económicos en el Tercer Mundo? Proporcionando una ayuda cuya finalidad sea totalmente diferente de las asistencias americanas [o soviéticas]. Desarrollar los productos locales, crear mercados regionales de absorción de los productos locales, dejar de comprar al Tercer Mundo una energía que nosotros podemos generar, incitarles a revitalizar su agricultura y a no importar productos de consumo extranjeros, tal podría ser el género de ayuda europeo. Nuestro interés frente a la economía multinacional es común. Europa sacaría ventajas políticas y geo-estratégicas considerables si ayudase a construir en el Tercer Mundo espacios semi-autárquicos realmente descolonizados.

Imaginémonos una Europa organizada como un gran espacio autónomo, al margen de la influencia occidental y americana, que coopera con "imperios" económicos y políticos, todos "diferentes" pero "solidarios".

Aquí reside, sin duda, la opción más lúcida y justa.

Más que al desprecio, a la condescendencia o a la compasión humanitaria por los pueblos del Sur, es hacia una gran alianza histórica con ellos a lo que Europa debe tender. Más pronto o más tarde se rebelarán contra el sistema occidental. Cuando llegue ese momento, que no se nos confunda con este último. Vayamos a la cabeza de la rebelión. Tenemos el mismo enemigo. Este debe ser el diálogo ofensivo de los pueblos, el verdadero diálogo Norte-Sur.



¿Decrecimiento o barbarie?

Serge Latouche

Conferencia: El modelo económico actual conduce directamente al desastre

La conferencia de Latouche se centra en explicar el sentido de su teoría del decrecimiento, que ha expuesto en numerosos libros y escritos, especialmente en el artículo 'Por una sociedad en decrecimiento', publicado en Le Monde Diplomatique en el año 2003. Latouche ha sido reconocido por sus trabajos en antropología económica y ha dirigido su crítica a la ortodoxia en los planteamientos de la teoría económica actual.

Las preguntas clave

En una sala completamente llena, Latouche iniciaó su intervención citando a Woody Allen, en referencia a las tres preguntas clave para la humanidad formuladas por el cineasta: ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos? y ¿qué hay para cenar hoy? Una metáfora con humor, que ha querido hacer suya por introducir una visión extremamente crítica del mundo actual.

Respeto a la primera pregunta ha dicho que venimos de una sociedad en la cual el crecimiento ha dejado de ser una manera de satisfacer necesidades reales para devenir como finalidad en sí mismo, mientras genera necesidades ficticias "El crecimiento ha devorado la economía y hemos pasado de ser una sociedad con crecimiento a una sociedad de crecimiento' De esta premisa se deriva, según Latouche 'una dictadura del mercado en qué los gobiernos ya no deciden".

La segunda cuestión ha servido al conferenciante por afirmar con rotundidad - y lo ha hecho varias veces- que vamos hacia la 'catástrofe'. Ha citado, para ilustrarlo, toda una serie de documentos y estudios desde el Club de Roma de los años 70 hasta el informe del panel de científicos sobre el cambio climático, pasando por el informe Stern.

La respuesta a la última pregunta le ha permitido mencionar las dificultades que tiene gran parte de la humanidad por alimentarse, mientras que una pequeña parte sufre los problemas derivados de un exceso de alimentación como la obesidad y otras enfermedades: "comemos demasiada carne, demasiadas grasas, demasiadas de todo" - ha subrayado- como un reflejo claro de la pérdida de la medida que comporta la sociedad del crecimiento ilimitado. Sobre esta última idea, Latouche ha afirmado, de nuevo con humor, que "hace falta ser loco o quizás economista por creer que el crecimiento puede ser indefinido con un planeta con recursos limitados". Por completar esta explicación ha hecho una analogía entre ciertas especies de algas que colonizan los lagos y la incidencia de la economía industrial sobre el planeta en los últimos 200 años. El punto en común entre estos dos procesos es que al inicio son lentos pero, cuando más tiempo pasa, más velocidad adquieren.

Un modelo con tres patas

Según Latouche los fundamentos de la sociedad del crecimiento son la publicidad, la obsolescencia programada [es decir una caducidad programada de los productos de consumo] y el crédito. Sobre la primera ha dicho que supone 'una polución visual, sonora y espiritual y a bulto de todo un consumo de recursos completamente innecesario para la finalidad que persigue'. Y ha remarcado que "cada francés recibe 50 kilos de publicidad en papel al año". Con respecto al segundo concepto - obsolescencia programada- Latouche ha querido denunciar que si las personas no ceden a la persuasión publicitaria y rehusan de cambiar los objetos que tienen "habrán de convertirse en consumidores forzados puesto que los objetos hoy se fabrican de tal manera que duran poco; cuando se estropean sale más caro repararlos que comprar de nuevo". Finalmente se ha referido al crédito como

una opción que permito endeudarse cada vez más y ha puesto de relieve que muchos economistas saben que esta situación es insostenible pero no dicen nada.

El decrecimiento como eslogan

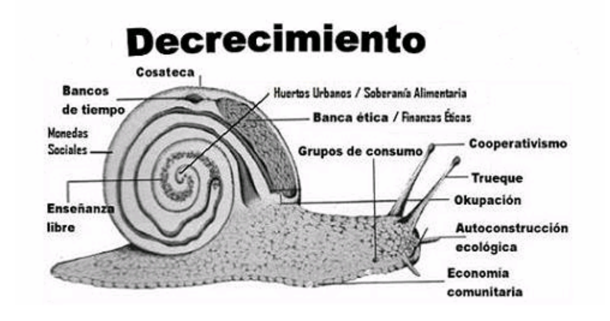
Ante un cierto desconcierto de parte del público, Serge Latouche ha dicho que el decrecimiento no es ningún concepto. “Se trata -ha revelado- de un eslogan mediático creado por escandalizar, por crear impacto” En este sentido ha querido dejar claro que hacer decrecer la economía porque sí, sin objetivo o alternativa, seria tan absurdo como hacerla crecer sin finalidad. El decrecimiento, para Latouche, es una posibilidad de atreverse a pensar un mundo diferente y sobre todo de “salir de la economía” una expresión utilizada por él desde hace tiempo.

Esta actitud, para la cual hace falta un esfuerzo intelectual, es en cualquier caso “urgente” puesto que la forma de vida actual y el modelo económico que resulta no son, según Latouche, “ni sostenibles, ni deseables”. Hace falta pues - ha indicado - un cambio de paradigma para una nueva economía, con un enfoque completamente diferente al actual y con nuevas herramientas de medida, puesto que las tradicionales variables macroeconómicas no reflejan bien la realidad en toda su complejidad. En este sentido, ha mostrado la disparidad existente entre un indicador diseñado por valorar el grado de satisfacción de las personas y el crecimiento del PIB entre 1950 y el año 2000 a los Estados Unidos; mientras este último ha ido siempre arriba en medio siglo, el primero, denominado GPI (Genuine Progress Indicator) se mantiene igual, e incluso baja últimamente. Un hecho sin duda contradictorio con la idea bien establecida que el consumo incrementa sin cesar la satisfacción individual.

Momento para la utopía

Serge Latouche ha dicho que el decrecimiento es una utopía pero que es “absolutamente necesario” por provocar un cambio que, de no producirse “nos trae directamente al desastre”. De alguna manera ha dejado entrever que esta utopía podría hacerse realidad cuando se pusiera en marcha una clase de círculo virtuoso. La llave de este círculo seria el cambio de valores sobre el significado de riqueza pobreza y bienestar que comportaría la emergencia de nuevos conceptos y una reestructuración de la economía actual, si bien exigiría “salir del capitalismo aunque manteniendo el mercado”. Esto llevaría a relocalizar la producción y en consecuencia se frenaría la globalización -que Latouche ha vinculado al incremento exponencial de la impronta ecológica- El consumo de recursos, a su vez, se moderaría y esto, con la reutilización y el reciclaje, como culminación, conduciría de nuevo al inicio -en este caso a retroalimentar los nuevos valores.

Por demostrar la viabilidad de esta utopía, Latouche ha finalizado la conferencia haciendo un ejercicio de traducción del contenido del círculo virtuoso del decrecimiento a un hipotético programa político en Francia, que defendería -ha subrayado irónicamente- en el supuesto de que se presentara a las elecciones presidenciales. En este programa se encontrarían medidas como: internalizar las externalidades; hacer pagar el verdadero precio del transporte; fomentar la agricultura biológica y local; aprovechar el aumento de la productividad por reducir el tiempo de trabajo; promover el ahorro energético; establecer una moratoria en la búsqueda científico-técnica y penalizar la publicidad. Latouche ha dicho que creía en todos los aspectos del programa pero que “de resultar elegido como presidente con unas medidas como estas sería asesinado en una semana”. El economista francés sabe que la sociedad puede ser reacia a muchas medidas y piensa que el decrecimiento como forma de pensar todavía lo tiene muy difícil por pesar el mundo de las ideas políticas, pero está plenamente convencido de que vale la pena intentarlo.



Decrecimiento

Hacia un nuevo paradigma económico

Luis Picazo Casariego

El modelo de crecimiento continuo o la cuadratura del círculo entrópico

La actividad económica no escapa a las leyes de la física: el estado de organización de la economía sólo se incrementa (es decir, sólo mantiene baja su entropía) en tanto en cuanto disminuye el del sistema en su conjunto (que avanza hacia una mayor entropía). En palabras de Georgescu-Roegen "en términos de entropía, el coste de cualquier empresa económica o biológica es siempre mayor que el producto que obtiene, de forma que las actividades necesarias para llevarla a cabo reflejan necesariamente este déficit termodinámico". O dicho de otro modo, hay que incorporar energía al proceso económico para producir bienes de baja entropía, a costa de aumentar la entropía del medio ambiente (residuos, calor).

Según una visión global de la segunda ley de la termodinámica, es fácil deducir que todos los sistemas complejos altamente ordenados, se desarrollan y crecen (incrementan su orden interno), necesariamente a expensas de incrementar el desorden de niveles superiores en la jerarquía del conjunto de sistemas.

La economía humana es un sistema altamente ordenado, complejo y dinámico. Es un subsistema abierto contenido por la biosfera. Así pues, el funcionamiento de la economía depende de la materia-energía de baja entropía de la biosfera y de su capacidad de asimilación y transformación de los residuos. O lo que es lo mismo, el crecimiento continuo del proceso productivo sólo es posible a base de incrementar el desorden (entropía) en la biosfera.

Respecto a la materia, la biosfera es un sistema cerrado. Pero en términos de energía el sistema es abierto: el flujo de radiación solar que llega es continuo y crucial. La radiación solar es energía de baja entropía que queda disponible en la biosfera a través del mayor y más eficiente sistema de transformación de energía en materia: la fotosíntesis, sin la cual, no existiríamos. Como dijimos, el problema entrópico es irresoluble para un sistema cerrado, pero afortunadamente vemos que el planeta no es un sistema cerrado gracias al astro rey que todas las culturas adoran, y ya sabemos por qué.

Los combustibles fósiles o la biomasa, la energía eólica o la hidraúlica, además evidentemente de la energía solar directa, son recursos energéticos que en última instancia provienen del sol. Efectivamente, los combustibles fósiles son energía solar concentrada por organismos vivos durante miles de años. Y todo el sistema bioclimático del planeta es activado gracias a la energía solar. Las únicas fuentes de origen estrictamente no solar son la energía nuclear (que recordemos es una fuente no renovable) y la geotérmica. Así pues, la energía solar es la única razón por la cual existe todo sistema organizado de baja entropía en la biosfera, como los seres vivos o nuestro sistema económico.

Nicholas Gerogescu-Roegen, al cual debemos el análisis que incorporó el concepto de entropía a los procesos económicos, propuso un modelo que comienza con el reconocimiento de que la naturaleza contribuye con un flujo de recursos naturales de baja entropía. Según este, las materias primas son transformadas por un caudal de capital y trabajo que no viene físicamente incorporado al producto.

El capital y trabajo constituye la causa eficiente de la riqueza, y los recursos naturales la causa material. Los caudales de trabajo y capital se gastan y reemplazan en largos períodos de tiempo, sin embargo los flujos de los recursos se consumen (transforman) en productos en cortos períodos de tiempo. Existe una posibilidad de sustitución significativa entre estos dos

caudales, trabajo y capital, o entre los flujos de recursos, por ejemplo, aluminio por cobre o carbón por gas natural, pero hay muy poca sustitución entre caudales y flujos.

Los caudales y los flujos, las causas eficientes y las materiales, son complementos, no sustitutos, en el proceso de producción. Dicho de otro modo: se puede construir la misma casa con menos carpinteros, menos dinero y más sierras mecánicas, pero ni la cantidad de carpinteros ni la de las sierras mecánicas disminuirán en mucho la cantidad de madera ni la de clavos. Por supuesto, se pueden usar ladrillos en vez de madera, pero esto sería la sustitución de un flujo de recursos por otro, en vez de la sustitución de un caudal por un flujo.

Como hemos visto, tenemos dos fuentes básicas de baja entropía: la solar y la terrestre (que indirectamente proviene en su mayoría del sol). La energía solar tiene unas reservas prácticamente ilimitadas pero es de naturaleza difusa e intermitente. La fuente terrestre (los combustibles fósiles, los minerales, las materias primas) está estrictamente limitada en la dimensión de sus reservas, pero se puede usar al ritmo que nos convenga y con márgenes muy amplios. La industrialización representa una mudanza de una dependencia básica de la fuente solar abundante (en forma de alimentos que nos proporciona la biosfera y que el esfuerzo del músculo humano o animal transforma en trabajo mecánico), hacia una mayor dependencia de la limitada fuente de recursos terrestres, para aprovechar el ritmo variable de explotación que podemos tener con estos.

Basado solamente en esta consideración, Georgescu-Roegen pudo predecir, ya en los años 60, cuando la mayoría de los economistas hablaban de alimentar al mundo con petróleo, que terminaría sucediendo una sustitución justamente opuesta: que terminaríamos moviendo nuestros coches con alcohol de las cosechas de alimentos que capturan la luz solar.

Ahora podemos ver de forma clara como la actividad económica es entrópica. Los recursos naturales (la materia-energía de baja entropía) se agrupan, se procesan y se convierten en bienes y servicios. En cada paso de este proceso, se producen residuos y se consume energía. La cantidad de materia prima es igual a la cantidad de residuos más los productos que posteriormente se convierten también en residuos, pero las dos cantidades son cualitativamente diferentes. La diferencia se mide en términos de entropía.

La producción económica es totalmente dependiente de la disponibilidad de insumos de baja entropía y tiene como resultado una disminución de energía disponible. No es suficiente con la primera ley de la termodinámica (conservación de la energía) por mucho que se empeñen muchos economistas para cerrar un ciclo materia/energía – producción –consumo– residuos/reciclaje, ya que en cada vuelta del ciclo hemos perdido energía útil.

La tecnología ha permitido a la economía humana dejar en suspenso, temporalmente, su dependencia de los insumos de origen solar de baja entropía y de bajo ritmo de explotación mediante la explotación masiva de los combustibles fósiles y otros recursos no renovables. Pero la tecnología no puede abolir la segunda ley de la termodinámica.

Conscientes del problema y con la consolidación del concepto de desarrollo sostenible, los economistas han incorporado actualmente en el modelo el criterio del "ahorro termodinámico": la idea de reducir el consumo de potencial termodinámico en el ciclo de producción. En este sentido, podemos considerar tres políticas:

* mejorar el reciclaje,

* ampliar la vida útil de los bienes,

* y mejorar la eficiencia termodinámica del proceso productivo.

Dada la tecnología actual, el reciclado es el que proporciona los menores ahorros. No podemos obviar que los residuos no pueden convertirse en recursos a menos que apliquemos una fuente externa de energía. Si bien el reciclaje es deseable en términos ambientales, entrópicamente no soluciona gran cosa.

La ampliación de la vida útil del producto tendría un impacto importante en la disminución del problema de la entropía, pero exigiría sin embargo un cambio en las técnicas de fabricación y los hábitos del consumo. Algo que, como podemos comprobar a diario, no le gusta nada a un sistema económico de crecimiento continuo: los productos son cada vez menos duraderos, y la cultura del usar y tirar y de la renovación permanente se estimula desde una poderosísima maquinaria publicitaria al servicio del consumo creciente, base y fundamento de este modelo.

Respecto al último punto, aumentar la eficiencia del proceso productivo, puede suponer un ahorro muy importante para un nivel de producción dado. Pero todo ahorro, en un sistema esquizofrénico de crecimiento y expansión, conlleva frecuentemente un incremento en la producción. Esto es lo que se llama la paradoja de Jevons: aumentar la eficiencia disminuye el consumo instantáneo pero incrementa el uso del modelo, lo que provoca un incremento del consumo global. Es decir, a medida que el perfeccionamiento tecnológico aumenta la eficiencia con la que se usa un recurso, lo más probable es que aumente el consumo de dicho recurso. Por ejemplo, si compráramos un coche que consumiera la mitad de gasolina, probablemente utilizaríamos más el coche que antes.

No digo que todo esto no sean soluciones al problema termodinámico, al contrario, son políticas muy necesarias. Sin embargo lo que cuestiono es el sistema en el que se implementan estas políticas: el del crecimiento continuo. Es esta forma de entender el mundo la que las hace prácticamente ineficaces, cuando no incompatibles. He aquí el gran dilema, la incompatibilidad física entre el crecimiento continuo y el ahorro termodinámico. Y cualquier intento de conciliar ambos conceptos es pura demagogia, de ahí la gran crítica, como veremos, al concepto de desarrollo sostenible.

A veces, desde sectores bien intencionados del movimiento ecologista, se apuesta por la energía solar como solución milagro para alimentar eternamente el ciclo económico. Es cierto que esta energía es la que capacita a la biosfera para convertir residuos de alta entropía en recursos de baja entropía, superando así las restricciones de la segunda ley. En este sentido, es crucial una política de residuos biodegradables ampliamente extendida. Y, por supuesto, contamos con su captación directa mediante tecnología solar.



Serge Latouche

Sin embargo, la transición a infraestructuras recolectoras de energía solar requiere también mucha energía (que hoy por hoy proviene de fuentes no renovables en su inmensa mayoría). Y por otro lado, la magnitud del consumo energético de la sociedad moderna superaría con mucho la capacidad de generación de un hipotético sistema de producción de energía solar masivo. Lo que no quiere decir en absoluto que no sea fundamental la inversión en este sector como parte importante de una solución futura, especialmente en un escenario de modelo económico decreciente. Pero no seamos ingenuos, hoy por hoy, la energía solar no nos va a resolver la papeleta ni en nuestros sueños más optimistas.

Por último, hay que mencionar el factor demográfico. De hecho es el factor limitante. Antes de la revolución industrial, la cantidad de población que había sobre la tierra podría haber estado abastecida indefinidamente con los recursos naturales del planeta, quizás incluso a un nivel económico y de consumo

postindustrial, porque la tasa de renovación de los recursos era más que suficiente.

Sin embargo, a la revolución industrial ha seguido la pesadilla de un crecimiento demográfico desbocado, a la par que un aumento en el consumo de recursos per cápita imparable alentado por la espiral del crecimiento continuo. Antes de la revolución industrial, digamos en 1800, la población mundial no llegaba a los mil millones de habitantes. En 1960, se había triplicado, pasando a los tres mil millones. Hoy en día, nos acercamos a los siete mil millones, previstos para 2012. En lo que yo llevo de vida (¡y todavía soy joven!) la población ha aumentado en… ¡¡¡3.200 millones!!!

A falta del descubrimiento de una fuente de energía continua, la opción del decrecimiento se perfila como la única alternativa lógica a la entropía económica. Este puede llegar de forma brutal, trágica y desequilibrada en forma de crisis, desempleo masivo, carestía de productos esenciales o guerras por recursos. O bien podemos enfrentar la situación de forma racional, justa y solidaria implementando un modelo decreciente en la planificación económica.

Decrecimiento, hacia un nuevo paradigma económico.

Ante todo, el Decrecimiento no es una simple inversión del proceso económico. Una disminución del consumo y de la producción sin una adaptación del modelo tendría probablemente consecuencias catastróficas en nuestra sociedad. Se trata de implementar de forma gradual, controlada y asimétrica una disminución de la producción económica.

Cuando digo asimétrica quiero decir que no todos los sectores ni todos los países deben disminuir su producción. Es evidente que no se le puede proponer a los países en vías de desarrollo, que aspiran legítimamente a mejorar sus condiciones de vida como lo han hecho los países enriquecidos, que no sólo no deben aumentar su crecimiento económico sino que además tienen que decrecer. A nadie se le ocurriría semejante disparate. El decrecimiento se dirige a los países más industrializados, que además se han enriquecido, y lo siguen haciendo, en gran parte, a expensas de los recursos naturales de los países empobrecidos. Se trata de buscar una convergencia donde encontrarnos para avanzar juntos hacia un nuevo paradigma económico coherente con la capacidad de regeneración de la biosfera.

El objetivo principal sería sobre todo acabar con la idea del crecimiento por el crecimiento, de asociar el bienestar y la calidad de vida con el incremento del consumo. No se trata sencillamente de consumir menos, sino de forma diferente y en equilibrio con la naturaleza.

Parece obvio, aunque todavía haya gente que le cueste asumirlo, que un sistema económico de crecimiento ilimitado en un planeta de recursos limitados es inviable. En este sentido es útil el concepto de huella ecológica, un indicador que corresponde al área de territorio ecológicamente productivo (cultivos, pastos, bosques o ecosistemas acuáticos) necesaria para sustentar a una población dada con un modo de vida específico de forma indefinida. Esta herramienta, evalúa el impacto sobre el planeta de un determinado modo de vida comparado con su capacidad de regeneración.

Desde un punto de vista global se ha estimado en 1,8 hectáreas la biocapacidad del planeta por cada habitante, o lo que es lo mismo, si tuviéramos que repartir el terreno productivo de la tierra en partes iguales nos corresponderían 1,8 hectáreas por habitante para satisfacer todas nuestras necesidades durante un año. Con los datos de 2005, el consumo medio por habitante y año es de 2,7 hectáreas, por lo que, a nivel global, estamos consumiendo mucho más recursos y generando más residuos de los que el planeta puede generar y admitir.

El consumo de los recursos y la producción de residuos no se reparte de forma equitativa. Además, los países de mayores ingresos consumen en parte los recursos de los países de menores ingresos. Es por esta razón puramente ética que el decrecimiento ha de ser asimétrico y se refiere a los países ricos.

Esta asimetría también se puede aplicar a los diferentes sectores de la producción. Hay sectores que son grandes consumidores de recursos y que generan muchos residuos: automoción, infraestructuras de comunicación y transporte, determinadas industrias, construcción, etc. en contraposición a otros sectores mucho menos "agresivos" como la educación, la cultura, el ocio, etc. generadores de bienestar y que la económia no contabiliza de la misma manera en sus indicadores.

Se podría identificar esta búsqueda de convergencia hacia un nivel de sostenibilidad con el concepto de desarrollo sostenible (tan de moda actualmente entre políticos y economistas y tan denostado hace tan sólo 15 años, ¡quién les ha visto y quién les ve!). Para los ideólogos del decrecimiento, como Serge Latouche, este término es un oximorón: es decir, un nuevo concepto creado a partir de dos conceptos opuestos. En efecto, si asociamos desarrollo con crecimiento, que como hemos visto es insostenible, el término desarrollo sostenible encierra una contradicción en sí mismo. Por esta razón, los decrecentistas hablan también de decrecimiento sostenible.

La puesta en práctica de esta reducción en el consumo, requiere una reasociación conceptos y un cambio en la escala de valores. Calidad de vida no significa aumento de consumo material, sino que se asocia a la satisfacción de las necesidades humanas básicas: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, identidad, libertad, ocio, participación y creación. Poder adquisitivo y nivel de vida se contraponen al concepto de simplicidad voluntaria. La sostenibilidad no es sólo cuestión de ecoeficiencia sino de suficiencia humana y sobriedad. Seguramente habrá un impacto en el empleo y serán necesarias duras reconversiones, además de buscar nuevas fórmulas del reparto del trabajo y aprender a vivir mejor con menos.

Serge Latouche propone como los pilares del decrecimiento o el modelo de las "8 R" los siguientes conceptos:

* Reevaluar: sustituir los valores globales, individualistas y consumistas por valores locales, de cooperación y humanistas.

* Reconceptualizar: a una nueva visión del estilo de vida, calidad de vida, suficiencia y simplicidad voluntaria.

* Reestructurar: adaptar el aparato de producción y las relaciones sociales en función de la nueva escala de valores, como por ejemplo, combinar ecoeficiencia y simplicidad voluntaria.

* Relocalizar: llamamiento a la autosuficiencia local para satisfacer las necesidades prioritarias disminuyendo el consumo en transporte.

* Redistribuir: el reparto de la riqueza, sobre todo en las relaciones entre el norte y el sur.

* Reducir: con respecto al cambio del estilo de vida consumista al estilo de vida sencilla.

* Reutilizar y reciclar: alargar el tiempo de vida de los productos para evitar el consumo y el despilfarro (recordemos el gran impacto que esto tiene sobre el ahorro termodinámico).



Nicholas Georgescu-Roegen

El decrecimiento no es una meta en sí mismo, sino un camino a seguir consistente en reducir los ritmos de consumo energético y material hasta un nivel acorde con la capacidad de regeneración del planeta, para posteriormente continuar con una etapa acrecentista que permita cubrir las necesidades básicas. En términos

termodinámicos, esto equivale a disminuir el aumento de entropía del sistema para llegar a una situación de equilibrio termodinámico con la capacidad de regeneración de recursos de baja entropía por parte de la biosfera.

Nadie dice que esto sea sencillo… ni siquiera posible. Pero es imperativo intentarlo. Y es necesaria la implicación de todos los actores de la sociedad para construir un nuevo paradigma económico necesitado de nuevos y sólidos cimientos políticos, técnicos y filosóficos.

Hemos llegado a una situación de sobreconsumo y despilfarro que ni siquiera aporta lo único que al fin y al cabo importa, pasar por este mundo siendo lo más felices posible. Muy al contrario, asistimos a un aumento de las situaciones de insatisfacción, ansiedad, depresión y estrés en las sociedades más ricas. Y todo ello a costa de un mayor empobrecimiento de gran parte de la humanidad.

Tarde o temprano es inevitable una situación de decrecimiento. El planeta se nos ha quedado pequeño, como nunca antes había ocurrido en la historia. Podemos elegir entre ser nosotros los gestores de esta nueva situación o dejar que sea la regulación ciega y salvaje del mercado y el colapso medioambiental el que condene a una buena parte de la población. Y en este sentido hay que señalar que somos cada uno de nosotros, como individuos hacia los que se dirige toda acción de producción y donde termina toda acción de consumo, los que con nuestra forma de estar en el mundo podemos iniciar el cambio. El activismo más revolucionario empieza por nosotros mismos, por cambiar nuestra forma de vida por una simplicidad voluntaria que rechace todo consumo innecesario para nuestro verdadero bienestar. Somos nosotros el verdadero motor de la maquinaria económica y en nuestra mano está el desacelerar para provocar el cambio. No podemos esperar de los políticos la iniciativa, ya que actúan con plazos electorales y financiados en gran medida por los agentes económicos, pero sí su conversión inevitable si el cambio se generaliza.

Economía del Bien Común

Un modelo económico alternativo

Entrevista a Christian Felber

La Economía del Bien Común es un modelo económico sostenible que se encuentra situado entre el sistema capitalista y la economía planificada. Es una idea desarrollada por Christian Felber en el libro "*La Economía del Bien Común*" publicado en agosto del 2010. Uno de los objetivos del libro es escapar de la estéril dicotomía "lo que no es capitalismo tiene que ser comunismo" ofreciendo una alternativa.

En Alemania y Austria un 90% de la población desea un sistema económico alternativo (comenta Felberg, yo pienso que en el resto del mundo ocurre igual) la cuestión es ir hacia una economía más ecológica, más social, de distribución más justa de la riqueza. Una economía más democrática, que ponga el foco en el ser humano y su dignidad. La "Economía del Bien Común" quiere incluir un poco de todo esto.

Este modelo económico tiene en cuenta la dignidad humana, la sostenibilidad ecológica, la justicia social y la cultura solidaria, entre otros valores. No podemos seguir asumiendo como sociedad que las dos únicas reglas de juego que guían el mercado sean: el afán de lucro y la competencia; estas dos coordenadas producen comportamientos que impiden una relación correcta y adecuada entre las personas. Se trata de que las empresas puedan redefinir el éxito económico, no sólo teniendo en cuenta valores monetarios. Sólo el dinero no puede medir lo que es importante para los seres humanos. El dinero no mide la felicidad, la confianza en el futuro, la satisfacción de un trabajo bien hecho, por ejemplo.

¿Cómo pueden contribuir las empresas a la Economía del Bien Común? El Balance del

Bien Común mide cómo una empresa percibe la dignidad humana, la solidaridad, la justicia social, la sostenibilidad, la democracia, entre otros valores, entre todos los que mantienen contacto con ella, los suministradores, los proveedores financieros, los empleados, los clientes, etc. El modelo no está terminado, acaba de empezar, y está esperando la contribución de todas las personas para terminar de definirlo.

Christian, ¿Podrías hacerme una breve descripción en qué consiste la Economía del Bien Común?

La esencia del modelo es la resolución de la contradicción entre los valores que se viven en el mercado, por ser recompensados –egoísmo, avidez, desconsideración, irresponsabilidad, avaricia-, y los valores que permiten florecer nuestras relaciones humanas y ecológicas. Estos últimos valores son universales y forman parte de nuestras constituciones: dignidad, solidaridad, justicia, democracia. Los "valores económicos", en cambio, no son valores constitucionales. La Economía del Bien Común (EBC) propone resolver esta contradicción cambiando las dos principales reglas legales que guian el comportamiento de los actores económicos –afán de lucro y competencia– por dos otras: contribución al bien común y cooperación. El èxito económico ya no se mide con indicadores monetarios, sino cualitativos: el PIB es relevado por el Producto del Bien Común en el nivel de la economía nacional; y el balance financiero por el balance del bien común en el nivel de la empresa. Cuánto más cooperativas y empresas, solidarias, ecológicas y democráticas se comporten y organicen, mayor será su éxito, debido a la recompensación de buenos resultados del balance del bien común. De esta forma, la meta del actor económico singular se pone de acuerdo con la meta global: la maximización del bien común.

Christian, dada la situación en la que vivimos, donde la palabra "crisis" ha llegado a nuestras vidas y parece que va ser difícil olvidarnos de ella ¿Crees que la Economía del Bien Común podría poner los cimientos a un modo de vida distinto y esperanzador?… ¿por qué?

Es una contribución importante por dos razones: Primero, pondría las bases éticas para la economía que permite vivir ecológicamente durable y socialmente más justo y solidario; segundo, el proceso de implementación es un proceso eminentemente democrático, si se quiere, la EBC propone una democracia 2.0 después de la democracia de meros partidos y parlamentos. Sin embargo, la EBC no resolverá todos los problemas; se entiende a sí misma una faceta importante en el mosaico del futuro. Finalmente, sólo es un próximo paso posible después de las experiencias de capitalismo y planificación dictatoria. Sin embargo, este posible próximo paso cambiaría la sociedad del fondo.

En los últimos días hemos conocido la reforma laboral que el Gobierno de España ha regulado. La reforma viene a facilitar el despido. ¿Qué medidas o cambios propondríais para la creación de empleo?

Serían varios mecanismos que se reforzarían mutuamente: 1. Mientras haya paro, las empresas serán recompensadas por una contribución individual a la reducción del paro repartiendo el trabajo remunerado a más personas. 2. El tiempo del trabajo regular se cortará según las preferencias de la gente. Encuestas europeas indican que esto sería entre 30 y 33 horas. 3. La EBC prevé un año libre por cada diez años de empleo para dedicarse a otras prioridades existenciales. Tan sólo esta última medida "aliviará"el mercado laboral un 10 por cien. 4. El más importante cambio sería sistémico: Como ya no habrá ingresos de capital de ninguna manera y el éxito de las empresas se medirá en la contribución al bien común, la contradicción entre la meta de incrementar el capital y la creación de empleo (con sentido!) se disolverá. El efecto será la creación de más empleo, de empleo más ecológico y con más sentido que hoy.

¿Cómo incide el modelo de la Economía del Bien Común en la creación de negocios?

El motivo será una contribución al bien común, la satisfacción de necesidades básicas, la elevación de la calidad de vida; y

no la acumulación de valores monetarios. La creación de un negocio puede ser un medio para conseguir ambas metas. Mientras que la última es cuestionable e incluso dañina, la primera es el fin de la economía. El motivo monetario no se anularía en absoluto: Se puede ganar dinero montando un negocio y habrá desigualdad, aunque sólo de forma limitada. El límite de la desigualdad será definido de forma democrática.

Otro de los temas muy debatidos actualmente es la sostenibilidad del Estado del Bienestar ¿Cómo sería el Estado del Bienestar bajo el modelo de la Economía del Bien Común?

En parte, persistirá y será reforzado, como sería en el ejemplo de las pensiones. El "contrato entre las generaciones" será refortalecido. Por otra parte, como la dinámica sistémica se invirtirá del hoy "primero acumular, después compartir" (el mínimo obligatorio) a "primero contribuir, después participar en el bien común creado", ya no habrá o apenas habrá exclusión. Por lo tanto, los costes de la exlusión – paro, ayuda social, costes de sanidad – se reducirán notablemente. De la misma manera, los costes de sanidad se reducirán globalmente porque el trabajo será más sano y las desigualdades menores: esto surte un efecto muy positivo a la salud en general. Tercero, las personas que realmente necesitan ayuda – por enfermidad o limitación alguna– por supuesto gozarán de una ayuda solidaria que les permite vivir en dignidad.

Las instituciones financieras y los políticos son, hoy por hoy, los dirigentes de nuestro presente y nuestro futuro. La crisis actual ha puesto en tela de juicio el papel de estos poderes. El sistema capitalista aunque en un primer momento se habló de que el modelo necesitaba una profunda revisión, nada mas lejos de la realidad, el capitalismo mas neoliberal esta cada vez mas fortalecido, de tal manera que se ha invertido y subordinado los valores de la política a los intereses del capitalismo financiero ¿Cómo entiende vuestro modelo el papel de los políticos y la banca en la sociedad?

En cuanto a los políticos, el modelo democrático de la EBC ya no les permitirá que ejerzan una "dictadura temporal" sobre quienes los han elegido porque el pueblo soberano obtendrá una serie de instrumentos de control y corrección de sus representantes tal y como lo he insinuado más arriba. Un elemento importante será la democracia directa, otras asambleas democráticas para redefinir las constituciones. De esta forma, los políticos se convertrirán en verdaderos "ministros", que en latín quiere decir servidores del pueblo. Y los bancos se convertrirán en servidores de la economía y la sociedad porque ya no tendrán como objetivo la maximización de sus beneficios monetarios ni la creación de dinero sin trabajo, sino las tres tareas conservadores de un banco: administración segura de los ahorros; transferencias por cuentas giro y créditos alcanzables a las empresas y hogares. El casino se cerraría totalmente.

El petróleo no para de subir el precio. Países como España, donde dependemos del exterior para suministrarnos de petróleo, gastamos mucho dinero en la compra de este bien material y escaso. El modelo de Economía del Bien Común, ¿qué medidas recoge en materia de energías?

En vez de maximizar la productividad laboral la productividad ecológica será incentivada hasta llegar a un nivel de consumo de recursos –una "huella ecológica"– globalmente justo y sostenible. Cuánto más ecológicas las empresas producirán (en algunos casos esto significa dejar de producir ciertos productos o producir productos o servicios alternativos), mayor será el resultado de su balance común y mayor su "éxito empresarial" y, con ello, la probabilidad de persistir en el mercado. Las empresas no atentas con la naturaleza y de baja productividad ecológica obtendrán resultados muy bajos y correrán el riesgo de salir del mercado. Los incentivos se aumentarán hasta que la UE sea totalmente independiente de importaciones de recursos energéticos: un requerimiento indispensable a una sociedad sostenible.

Christian, la misión de este espacio es la de aprender, compartir, divulgar y generar debate. Con las entrevistas a personas como tú qué aportáis ideas más que interesantes y

utilizáis las redes sociales para compartir y difundir. ¿Crees en el poder de las redes sociales?…¿cómo utilizáis éstas?

Si no creyera en las redes sociales, no habría fundado Attac Austria (junto con otros) ni el movimiento de la EBC. En tiempos del fracaso del sistema democrático y político son el tejido que mantiene solidaria y democrática a la sociedad. De este tejido espero que surga en los años que vienen la democracia 2.0.

Christian, ¿de qué manera podemos trabajar para que la Economía del Bien Común sea una realidad?

Seis posibles contribuciones:

1. Difundir la información: gracias.

2. Para empresas: implementar el balance del bien común.

3. Para personas privadas: fundar con otros un "campo de energía"en tu comunidad.

4. Para comunidades: hacerse una "comunidad del bien común" iniciando, entre otras, una asamblea económica democrática, en la que se averigua las 10 o 20 reglas del juego legales fundamentalse que dirijan la economía.

5. Quien no tiene tiempo, puede contribuir financiando la organización: la infraestructura necesita empleo remunerado.

6. Permitirse la libertad de pensar alternativas, hablar de ellas y apoyar a aquellos quienes se ponen a implementarlas.

Por último, me gustaría que me aconsejaras un libro.

Por supuesto me gustaría que leyeras la economía del bien común. En serio: El libro de Alfi Kohn *"No contest. The case against competition"*, me ayudó enormemente a fundamentar las bases teóricas de la EBC. En castellano hay un libro actual *"Hay alternativas"*. Este es el lema del momento.

Charles Champetier:

Por una subversión de la lógica economicista

Diego L. Sanromán

En 1994 y bajo la advocación de su maestro Alain de Benoist y del MAUSS (Movimiento Anti-Utilitarista en Ciencias Sociales), Charles Champetier presenta la obra *Homo Consumans, Archéologie du don et de la dépense.* El texto, ambicioso en sus objetivos, quisiera ser un "proceso a la modernidad" y un intento de superación de los parámetros antropológicos en los que el mundo moderno se ha desarrollado. Según Champetier, tal proceso ha de partir de la pregunta esencial *¿Qué es el hombre?*, pues "el hombre vive ante todo en la concepción que se hace de sí mismo y que refleja en sus grandes relatos. De ella se deducen las relaciones con sus semejantes y con el mundo que le rodea. Así la *definición* del hombre implica siempre el *fin*: de-finir es dar una dirección, producir un sentido. La *taxis* es el producto del *telos*". Pues bien, la modernidad, según Champetier, ha estado fundamentalmente dominada por una concepción utilitarista del hombre, que ve a los seres humanos como seres necesitados [*étre-de-besoin*] enfrentados a un mundo como fuente inagotable de recursos para dar satisfacción únicamente a sus intereses. Interés y utilidad son los paradigmas dominantes en un universo sometido a las leyes de cálculo de la razón instrumental.

Y la razón instrumental es la razón económica por excelencia. La modernidad se concibe a sí misma según conceptos, representaciones y metáforas extraídos de los saberes económicos. Champetier reconoce, casi en términos marxianos, el carácter infraestructural, fundante del factor económico. La economía es el destino de los modernos –lo que, en razón de la naturaleza

expansiva y consustancialmente *imperialista* de la concepción moderna del mundo, implica ya a todo el globo- y sólo luchando en el terreno económico será posible debelar al economicismo y clausurar una éproca que ha entrado a todas luces en franca decadencia. No se puede huir de la economía, ni se trata tampoco de "negar la doxa y la praxis económicas, sino más bien de *subvertirlas*, de investir su hermosa máquina bien programada de significaciones nuevas y de informaciones contradictorias que perviertan su funcionamiento, desarreglen su sentido y anulen su uso". Las nociones de don y de derroche [*dépense*], activas en los modos de relación social y de distribución de cualquier tipo de recurso (ya sea propiamente *económico*, de prestigio, de poder o simbólico) en las comunidades tradicionales, podrían desempeñar, pues, esa función subversiva y favorecer el cortocircuito de los mecanismos discursivos de la razón moderna desde sus propios presupuestos de funcionamiento y en el interior de sus mismas estructuras.

A mediados de la década de 1920, el antropólogo francés Marcel Mauss expone en el *Anée Sociologique* los resultados de sus investigaciones etnográficas en la Polinesia, la Melanesia y el noroeste americano. El estudio de varias comunidades en todas estas zonas geográficas le lleva al reconocimiento de la existencia de una forma original y dominante de circulación de los bienes: el don. Frente a la mitología moderna, que afirma el dominio eterno del intercambio mercantil, los análisis de Mauss revelan la presencia, en las llamadas sociedades arcaicas, de intercambios no sometidos al imperativo del interés económico. El *potlatch* indio, el *kula* de los habitantes de las islas Trobiand y el *hau* responden todos ellos a una misma lógica: en primer lugar, revisten un carácter *colectivo o comunitario*, y no individual o privado; no afectan únicamente a los –por así decir- bienes utilitarios; se trata de una circulación continua de bienes, espacios y personas sometida al principio de reciprocidad y emulación (dar-recibir-devolver); y, en último término, poseen, bajo la apariencia de dádivas y regalos voluntarios, un cariz obligatorio, cuya vulneración podría terminar en enfrentamientos particulares o generales de mayor o menor violencia. Se trata, en fin de un *hecho social total* (conforme a los términos empleados por el propio Mauss), generador de vínculos comunitarios de intensidad variable entre los diferentes miembros del grupo. De ahí que, como señala Champetier, las grandes ceremonias del don tengan lugar en ocasiones de "*concentración comunitaria* que *dan sentido* al estar-juntos", y particularmente, en los grandes festejos en los que los miembros del grupo se abandonan, se ofrecen despendiosamente a los otros.

Los trabajos en el campo de la lingüística de Émile Benveniste dan prueba de la existencia del don como hecho social total también entre los antiguos pueblos indo-europeos. El estudio comparativo de los orígenes de las lenguas del continente europeo ofrece resultados sorprendentes. La raíz común **do* presenta una curiosa ambivalencia semántica que, en ocasiones, adquiere la forma de una clara contradicción de significados. El hitita *da* significa, por ejemplo, tomar; *kaufen y verkaufen* quieren decir, respectivamente, comprar y vender, y los términos griegos *daneidzo y daneidzamai*, prestar y tomar prestado. Beneviste concluye: dar y tomar aparecen en esta lengua primordial como términos que se encuentran orgánicamente vinculados, de tal forma que no resultan pensables ni las relaciones sociales ni la circulación de bienes –insitas en esas relaciones- sino es bajo la forma de una reciprocidad en los intercambios. El vocablo latino *hostis* y sus equivalentes gótico (*gasts*) y eslavo (*gosti*) poseen asimismo una significación dual: *hostis* alude anto al *extranjero* –en tanto que extraño, *hostil*- como a la *hospitalidad*. El don es, pues, también el modelo básico de aprehensión de la alteridad. El sufijo **-nes,* por su parte, presente en términos latinos como *pirnus, fenus, funus o facinus*, alude a obligaciones de tipo jurídico o social contraídas a título público y con vistas al bien común; de su combinación con la raíz *mei*-* procede la construcción *communis*, que dará lugar a *comunidad*, y que quiere decir literalmente "aquellos que toman parte en

los *munia*" (y *munus* significa tanto *cargo, obligación* como *regalo u ofrenda*; de ahí proceden *munícipe, municipal,* etc). El don aparece así, entre los indo-europeos, estrechamente ligado a los vínculos de parentesco, a las relaciones intra- y extra-comunitarias (distribución interna de los privilegios, conflictos armados) y a la jerarquía. El comercio, por el contrario, designa una actividad que se encuentra puesta al margen de todos los oficios, prácticas y técnicas de ese juego de compromisos y correspondencias que implica el don comunitario, como demuestran los términos que a él se refieren: el griego *emporos* designa el hecho de viajar por mar y el latino *negotium* no es sino la negación del *otium*, un simple *estar ocupado.*

El análisis de los primeros textos de la tradición literaria europea ofrece hallazgos no menos reveladores. Los testimonios homéricos lo asocian a la vida noble, en la cual el don se presenta como un factor de alianza que sirve para establecer relaciones entre los pares. Curiosamente, en los poemas de Homero, los bienes que poseen un valor superior son aquellos que han sido objeto de múltiples donaciones y que, en consecuencia, han pasado por las manos del mayor número de personajes prestigiosos. Se origina así una suerte de *circuito del don* que, además de crear esos vínculos de camaradería ya citados, sirve a la construcción de una continuidad temporal por medio de los recuerdos que le están asociados y que son ocasión de narraciones y relatos. Esta dimensión temporal de la circulación de dones tiene su confirmación en la transmisión hereditaria de los bienes y honores conseguidos por los ancestros. El intercambio de ofrendas es además un medio de reconocimiento mutuo del coraje del hombre noble comprometido en el combate; el reparto del botín tras la victoria, por ejemplo, establece una jerarquía entre los vencedores determinada por el valor que cada cual ha mostrado en la batalla. La ruptura de ese circuito, ya sea por no ofrecer un don debido, ya por obviar un contra-don obligdo, conlleva a menudo la desgracia o incluso la muerte del contraventor.

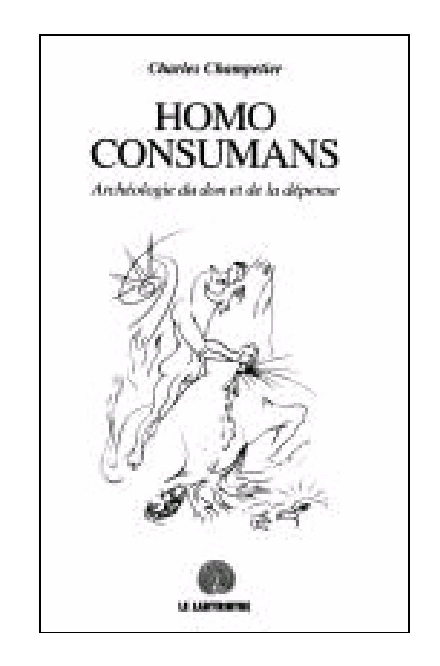
Los trabajos de los autores del MAUSS han venido a demostrar, en los últimos años, la pervivencia del don incluso entre las sociedades contemporáneas hiperdesarrolladas. Alain Caillé ha descubierto su preponderancia en el ámbito de las relaciones de *socialidad primaria* (parentesco, amistad, vecindad) y su práctica desaparición en el de las relaciones de *socialidad secundaria* dominantes (Estado y mercado). Champetier clarifica la diferencia empleando términos de la sociología alemana clásica: "el don sigue siendo la regla de intercambio simbólico de las *comunidades* en tanto que el *interés* se convierte en el modo de agregación de las *sociedades*". Si las primeras adquieren la forma de un tejido electivo en el que las personas importan más que las cosas, en las segundas los asociados o societrios aparecen principalmente como productores, consumidores y usuarios. Serge Latouche llega, por su parte, en sus investigaciones sobre la llamada *economía informal*, a conclusiones semejantes: quienes sobreviven en los márgenes de la sociedad mercantil, ésos a los que el autor llama náufragos del desarrollo, tienden a organizarse siguiendo pautas que responden a la lógica del don/contra-don. Lejos de ser un simple residuo arcaico, el don resultaría ser así *la cara oculta de la modernidad* y el factor espontáneamente organizador de un mundo vivido a la sombra de los condicionamientos tecno-económicos dominantes en el marco de la distribución de mercancías. Universal por su presencia en todos los ámbitos geográficos e intemporal por su vigencia en todas las etapas de la historia, el don viene a ser la expresión de una imposición de sentido a los intercambios materiales y ofrece, en negativo, una imagen de la modernidad como una anomalía o anormalidad del desarrollo, sometida a las exigencias de una razón egoísta que pugna por la maximización de las propiedades individuales y conduce ineluctablemente a la debilitación y despersonalización de los lazos sociales y a un estado de conflicto permanente (ya sea latente o abierto) tanto entre los individuos como entre las colectividades.

El don establece, pues, el orden jerárquico que rige en el interior de la comunidad y asegura la perennidad del grupo mediante una circulación sin interrupción ni fin. Ahora bien, jerarquía y orden social son nociones que se encuentran en el corazón mismo de lo político, del poder. "El poder es siempre y antes que nada poder efectivo de dar, de dar más, de crear una deuda insoluble en el donatario, deuda que le obliga, en su incapacidad para devolver, a aceptar la dominación del donador. El jefe *da* órdenes sin recibirlas jamás, como los padres *dan* la vida al niño sin que pueda devolvérsela, como el guerrero *da* su vida defendiendo su comunidad sin que se pueda re-adquirir [*racheter*] su gloria". En las comunidades tradicionales, la obediencia responde, pues, al reconocimiento de una donación originaria o irreversible, el que mantiene la eterna circulación de los hombres y los objetos, traza, al mismo tiempo, el círculo de pertenencia en el que es reconocido su poder y tiene derecho a llamarse legítimamente jefe. El cierre, sin embargo, no es hermético; siempre cabe la posibilidad, para el que recibe, de invertir la situación mediante la devolución (incrementada) del don.

La modernidad es, propiamente, una rebelión de esclavos. La abolición de los señores no ha conducido a la liberación de los dominados sino más bien a la generalización del tipo humano consagrado a las actividades serviles y productivas. Desaparecido el viejo orden comunitario, la modernidad instituye un espacio social neutro, sometido a la lógica anómica de la competencia, en el que se enfrentan mónadas idénticas en una situación de conlicto más o menos larvado y permanente. Champetier se sirve aquí del recurso a Aristóteles: señor y esclavo no designarían tanto meras posiciones dentro de la jerarquía cuanto, más bien, categorías de seres diferenciados por su actitud ante la vida. El esclavo, decía Aristóteles, es esclavo en sí mismo, por naturaleza. El señor se realiza en el don, que, en último término, puede llegar a implicar el *dar la propia vida*; el esclavo, sin embargo, no hace sino *con-servar y conservarse* y, en este obedecer al simple principio de la conservación, permanece esclavo del mundo y de sí mismo. Champetier retoma aquí –sin mencionarlo- la vieja concepción evoliana de la modernidad como inversión de la organización jerárquica tradicional.

En línea con las últimas investigaciones de su mentor Alain de Benoist –basadas fundamentalmente en los estudios genealógicos de Louis Dumont-, Charles Champetier dedica unas páginas al análisis de la degeneración que la lógica del don sufre en la teología cristiana y al carácter fundante que esta transformación posee con respecto a la modernidad. El don adquiere, con el cristianismo, una forma individual; deja de ser un modo de relación entre los hombres para transformarse en un medio de relación con un Dios trascendente. Se transforma, de esta suerte, en una relación de la conciencia consigo misma, en una "forma de autonomía en la que el otro no interviene más que como mediación". La deuda adquiere igualmente un carácter individual, trascendente y absoluto; no hay sino una deuda común a todos los hombres: la contraída por el sacrificio de Jesús. El mundo queda depreciado –y, en consecuencia, todas las relaciones que en él puedan establecerse-, disminuido en su consistencia ontológica, cada cual deviene juez de su propia conciencia y la obligación de dar –en último término, sin contrapartida- no implica más que al individuo y a Dios. La semilla para que los lazos que mantenían unidos a la comunidad se debilitasen ya estaba plantada. Esa misma concepción del mundo como no-ser frente al ser absoluto de Dios, conduciría curiosamente al surgimiento del modo de producción capitalista. Baitaille lo explica así: "Es natural que el hombre, al admitir que vive en vistas a un más allá, haya podido rechazar por una parte las prodigalidades inútiles que son las fiestas. La modestia, la continencia, la sobriedad, el cuidado de los pobres, todas las virtudes que se han asociado para él al logro de la "redención", le comprometían a evitar el despilfarro de las riquezas". La *economía de la salvación* de la fe cristiana conducirá así, paradójicamente, a la *salvación por la economía* de la sociedad burguesa triunfante, que, en cierto modo, no

es –como ya sabemos- sino su forma secularizada y perfeccionada.



Pero el ciclo se cierra. Después de dos mil años de hegemonía de una concepción del mundo basada en el individualismo, en el interés, en el ahorro y en la búsqueda de la satisfacción de las propias necesidades, es posible expulsar a la razón occidental del lugar preponderante que ha ocupado durante todo ese tiempo. "No se trata tanto de *comenzar otra cosa* como de olvidar la *modernidad*, reincribiéndose en la *eternidad*. Hace falta tiempo para ello –hace falta incluso matar el tiempo y, en la ociosidad de ese tiempo muerto, reaprender a contemplar el inútil esplendor de las estrellas". Eterno retorno del ser: retorno de lo eterno.